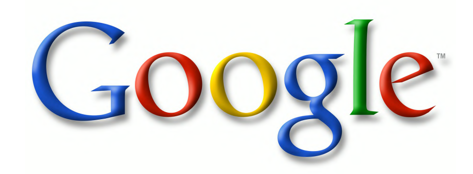
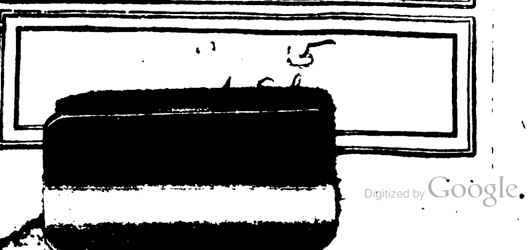

Google


UC-NRLF
$B 268 080



HISTORIA
DE LA VIDA, HECHOS, Y ASTUCIAS SUTILÍSIMAS
DEL RÚSTICO BERTOLDO,
LA DE
BERTOLDINO SU HIJO,
Y LA DE
CACASENO SU NIETO:

obra de gran diversion y de suma moralidad, donde hallará el sabio mucho que admirar, y el ignorante infinito que aprender.

REPARTIDA EN TRES TRATADOS.

Traducida del idioma toscano al castellano por D. Juan Bartolomé, agente de la refaccion del Smo. Sr. infante cardenal, &c.

MADRID MDCCCXXIII.

EN LA IMPRENTA DE D. LEONARDO NUÑEZ, *calle de los Remedios número 20.*

Gift of J. G. Gebrian.

PRÓLOGO AL LECTOR.

Benigno y querido lector mio, no te contaré el juicio de Páris, ni el rapto de Elena, ni el incendio de Troya, ni el paso de Eneas, ni los grandes errores de Ulises, ni las indignas operaciones de Circe, ni la destruccion de Cartago, ni el egército de Giges, ni las victorias de Alejandro, ni la fortaleza de Pirro, ni los triunfos de Mario, ni las loadas mesas de Lúculo, ni los grandes hechos de Scipion, ni las victorias de César, ni la fortuna de Octaviano; que de semejantes hechos la historia dará al que leyere individual noticia de todo. Y solo ahora será el tema la explicacion de la rara figura de un hombre rústico criado entre asperezas de montañas, y en un todo ageno de la habitacion y comunicacion racional; pero además de ser casi monstruo de naturaleza, era al mismo tiempo tan perspicáz y sutilísimo, que lo profundo de su entendimiento, y lo ingenioso de sus agudezas, disimulaban con tan airoso desempeño lo ridículo de su extraña figura

parecia no era posible hallarle segundo en aquellos tiempos, pues cotejando lo extrínseco de su feísima apariencia con lo frondoso y fructífero de sus talentos, era como un amenísimo jardin guarnecido y resguardado de espinos y cambroneras estériles, en cuyo interior espacio se dejan registrar las mas exquisitas flores, y árboles frondosos y fructíferos, cuyas aromáticas fragancias atraen á su recreo aun á la mas estragada voluntad, la que espero te conmueva el imán de las sentencias, agudezas, astucias, refranes y estratagemas de que usó dentro y fuera de la corte con suma presteza y gracia; pues te aseguro, amado lector mio, que luego que ví esta historia en idioma extraño me dediqué á su traduccion al nuestro, con el fin de complacerte y darte en que diviertas los ratos de ociosidad; y si midieses tu gusto con aquel con que yo te he deseado servir, colmarás en un todo la medida de mi deseo. No te haga novedad el que no me haya valido de conceptos delicados, pues mi fin no ha sido otro que hacer sin etimologías una traduccion para todos,

pues como enseña la remontada pluma del águila de la Iglesia San Agustin, lo especial de los escritores no está en hacer volúmenes abultados, sí en adornarlos de dulzaras para el gusto, y de utilidad para el gobierno de la república. En las frases rústicas de este corto volúmen hallarás, mirándolas por de fuera, suma complacencia al gusto, sin que te estrague la voluntad en su recreo; pero si te introduces á lo interior de su moralidad, hallarás que no tiene palabra, aun de las mas ridículas simplezas, que no se dirija á tu comun provecho y económico gobierno. Y así, lector discreto, te encargo lo leas con cuidado, para que no te se desperdicie el fruto que en él se encierra, suplicándote procures suplir la duplicacion de términos que encontrares; pues el idioma toscano muchas veces es variable á la lengua española, y solo me ha llevado el deseo de tu diversion, como lo puedes ver en el afecto con que te ofrezco mi tarea. Vale.



Casa y gente de Bertoldo.

HISTORIA DE LA VIDA, HECHOS, Y ASTUCIAS SUTILÍSIMAS DEL RÚSTICO BERTOLDO.

TRATADO PRIMERO.

INTRODUCCION.

En el tiempo que Albuino, Rey de los Longobardos, era casi dueño de toda la Italia, teniendo su sólio real en la hermosa ciudad de Verona, llegó un dia á palacio un paisano, el cual tenia por nombre Bertoldo. Era hombre disforme y de feo aspecto; pero donde faltaba la perfeccion de su persona, suplia la sutileza y vivacidad de su ingenio, pues era muy agudo y pronto en responder á cualquier asunto. Además de lo dicho era tambien súmamente malicioso, y de natural melancólico, como por la mayor parte suele acontecer con toda gente rústica y campesina. Su estatura y fisonomía se explican tales como eran.

LA FATAL FIGURA de Bertoldo.

Era súmamente pequeño de cuerpo, la cabeza muy gorda y redónda á modo de bola, la frente muy arrugada, los ojos muy colorados brotando fuego, las cejas muy largas y cerdudas, las orejas eran borricales, la boca grande y un poco tuerta, con el labio de abajo colgando á modo del de los caballos; la barba bermeja, tan larga que le caía al pecho, y á lo último hacia una punta que imitaba á la del macho; las narices muy agudas y enfaldadas ácia arriba, siendo largas en extremo; los dientes le salian de la boca, á modo de colmillos de jabalí, con tres, ó cuatro papadas en la garganta, que hacian tal ruido cuando hablaba, que parecian ollas que cocian á la lumbre. Tenia las piernas cabrunas, á manera de nigromántico, los pies muy largos, el cuerpo súmamente belludo, que todo él le cubria como un pellejo de oso; las medias que llevaba eran de lana, muy burda, todas remendadas á manera de tapices viejos, los zapatos muy gruesos, y á proporcion los tacones muy altos. De este hombre se puede decir que era todo al revés de Narciso.

AUDACIA DE BERTOLDO.

En fin, despues que nuestro Bertoldo llegó á palacio se introdujo en las primeras antecámaras, y prosiguiendo adelante se internó en donde estaban todos los grandes, validos y ministros. Pasó por medio de todos hasta poder ver al Rey, y sin quitarse el sombrero, ni hacer el menor acto de cortesía, se fué á sentar junto la real persona, quien como era benigno y piadoso, y que su gusto le tenia en ver semejantes figuras, se imaginó que este hombre sería de ingenio gracioso y bufon, contemplando que muchas veces suele influir la naturaleza con algunos dones particulares, y que no á todos se les concede una gracia tan especial. El Rey, sin dar muestra de enfado ni alteracion alguna, le empezó cariñosamente á preguntar, diciendo:

PREGUNTAS Y RESPUESTAS entre el Rey y Bertoldo.

Rey. Quién eres tú? Cuándo naciste? Y de qué tierra eres?

Bert. Yo soy un hombre, nací cuando mi madre me parió, y mi tierra este mundo.

Rey. Quién son tus ascendientes y des-

cendientes? — *Bert.* Las judías en la olla, porque cuando cuecen suben y bajan, y comiéndolas yo, vienen á parar en mí.

Rey. Tienes padre y madre, hermanos y hermanas?

Bert. Si los tengo, pero todos han muerto.

Rey. Pues cómo los tienes, si dices que se han muerto? — *Bert.* Porque cuando salí de mi casa los dejé á todos durmiendo, y por eso digo que todos han muerto, pues uno que duerme está como si lo fuera; y yo hallo tan poca diferencia del uno al otro, que creo evidentemente que el sueño es hermano carnal de la muerte.

Rey. Cuál es la cosa mas veloz del mundo?

Bert. El pensamiento.

Rey. Cuál es el mejor vino que hay?

Bert. El que uno bebe en casa agena.

Rey. Cuál es aquel mar que nunca se llena?

Bert. La codicia en el avariento.

Rey. Cuál es la cosa mas fea que se puede dar en un mozo?

Bert. La desobediencia.

Rey. Cuál es la cosa que se puede notar mas en un viejo? — *Bert.* La lascivia.

Rey. Qué cosa es la mas de notar, y delito mas enorme que se puede hallar en un mercader? — *Bert.* La mentira.

Rey. Cuál es aquella gata, que por delante te lame, y por detrás te araña?

Bert. La muger ramera.

Rey. Cuál es el mayor fuego de una casa?

Bert. La muger viciosa, y la lengua de un criado.

Rey. Cuáles son las enfermedades incurables? — *Bert*. La locura, la verídica gangrena, y las deudas del tramposo.

Rey. Quién es el hijo que quema la lengua á su madre? — *Bert*. El pávilo de la vela.

Rey. Cómo me traerás tú aquí una criba de agua sin verterla?

Bert. Esperaria que helase, y congelada la traeria sin verterse.

Rey. Qué cosas son las que el hombre busca, y no las quisiera hallar?

Bert. Los animales inmundos que se hallan en la camisa, los puntos en las medias, y el bañado infecto.

Rey. Cómo cogerias una liebre sin perro?

Bert. Esperaria que estuviese cocida, y entonces la cogeria.

Rey. Tú tienes buenos sesos si se vieran.

Bert. Y tú mejor humor si no comieras.

Rey. Ea, pídeme todo lo que tú quisieres, que yo estoy pronto para darte todo lo que pidieses. — *Bert*. Quien no tiene nada su-

yo mal puede dar á otros.

Rey. Pues por qué no te puedo dar lo que tú pidas?

Bert. Porque yo ando buscando felicidad y tú no las tienes, y así no me la puedes dar.

Rey. Para que sepas si soy feliz, no te basta el verme sentado sobre este alto trono?

Bert. Aquel que mas alto se sienta, está mas expuesto á caer y precipitarse.

Rey. Mira cuantos señores y caballeros andan al rededor de mí para obedecer mis órdenes. — *Bert*. tambien los hormigones andan al rededor del árbol, y le roen la corteza.

Rey. Pues yo luzco en mi corte como brilla el sol entre las lucientes estrellas.

Bert. Tú tienes razon, pero yo veo mucha oscuridad con la adulacion.

Rey. Concluyamos: quieres quedarte en la corte? — *Bert*. Aquel que se halla en libertad no debe buscar la esclavitud.

Rey. Quién te movió á venir aquí?

Bert. El creer yo que un Rey fuese mas grande que los demás hombres, con diferencia de diez ó doce pies mas alto que ellos, y que sobrepujase sobre todos los campanarios y tejados; pero ahora veo que eres un hombre ordinario como los demás, y que no tienes mas diferencia fuera de ser Rey.

Rey. Así es verdad. Yo confieso soy un hombre como los demás en la estatura, pero en poder y riqueza sobrepujo á todos ellos no solo diez pies, sino tambien mil varas. Ahora solo deseo que me digas qué te motiva para hacer semejante discurso?

Bert. El borrico de tu factor.

Rey. Qué tiene que ver el asno de mi factor con la grandeza de mi corte?

Bert. Te diré: primero que tú vinieras al mundo, ni tu corte se instituyera, el asno ya rebuznaba, y aun cuatro mil años antes.

Rey. Á, á, á, lindo asunto para reir has puesto. — *Bert*. Siempre la risa abunda en la boca de los locos.

Rey. Y tú eres un rústico malicioso.

Bert. Mi naturaleza lo permite.

Rey. Yo te mando que luego al instante te quites de mi presencia, y si no te haré echar con tu daño, riesgo y vergüenza.

Bert. Yo me iré, pero advierte que son las moscas de una calidad y naturaleza tan porfiada, que aunque las echen, vuelven luego; y así, si tú me mandas echar, tengo de volver de nuevo á importunarte.

Rey. Pues vete, y si no vuelves delante de mí como dices hacen las moscas, he de mandar te corten la cabeza.



ALEGORÍA PRIMERA.

La ciencia en todo género de personas es amable, y aunque resida en un hombre rústico y mal parecido, y que su aspecto demuestre ser inculto de potencias, no hay duda que es de apreciar para todos; y si sucede que tal vez suele ser amenazado de grandes, no por eso se espanta, y es siempre fácil al hombre sabio huir de todos los peligros que le pueden suceder.

ASTUCIAS DE BERTOLDO.

Partióse, fuése á su casa, y montó en un borrico muy viejo que tenia, todo desollado y lleno de mataduras, y casi comido de laceria, y se volvió de nuevo á palacio acompañado de millares de moscas y de tábanos al olor de semejante carniza, que todos juntos hacian un nublado que apénas se le divisaba; y llegando á la presencia del Rey, así le dice:

Bert. Ya me tienes aquí, Rey mio.

Rey. No te dije yo que si no volvias delante de mí como las moscas, que te haria

dividir la cabeza del cuerpo?

Bert. Las moscas no ván sobre las mataduras?

Rey. Sí, es cierto, así ván.

Bert. Pues ya me ves volver sobre esta matadura gangrenada y llena de moscas, que al borrico y á mí casi nos tienen comidos, que es lo que yo te he prometido.

Rey. Desde luego te califico por hombre de grande ingenio; anda que yo te perdono. Ola, criados, llevadle, y dadle de comer al punto.

Bert. No come aquel que aun no ha acabado la obra empezada.

Rey. Pues tienes tú que decirme otra cosa?

Bert. Aun todavía no he empezado.

Rey. Ea, quita de ahí esa peste, y tú retírate luego de mi presencia, porque veo venir dos mugeres, y es muy dable que vengan á que las dé audiencia, que despues que las haya despachado podrás volver aquí.

Bert. Ya me retiro, pero advierte que dés la sentencia justa.

PLEITO DE LAS DOS MUGERES.

Llegaron las dos mugeres delante del Rey, y una de ellas habia hurtado un espejo á la

otra; la dueña del espejo se llamaba Aurelia, y la que le habia hurtado se llamaba Lisa, y tenia en la mano el espejo. Aurelia querellándose al Rey, asi le dice:

Aur. Señor, has de saber que esta muger entró anoche en mi cuarto, y me hurtó aquel espejo que tiene en la mano; yo muchas veces la he suplicado me lo restituya, y ella me le niega sin querer volvérmele; y así vengo á tu presencia, para que como Rey y señor justo hagas justicia.

Lisa. Señor, es incierto lo que dice, que yo há muchos dias que le compré con mi regaladísimo dinero; y no sé como esta pícara tenga atrevimiento semejante de pedir aquello que no es suyo.

Aur. Justísimo señor, no dés crédito á las falsas razones de esta muger, porque es una ladrona pública, que no tiene conciencia; y sepa V. M. que si no fuera cierto lo que digo, yo no me hubiera movido á pedir lo que no fuera mio por todo el oro del mundo.

Lisa. Ay, que conciencia de beata! Qué bien sabe ella fingir para que todos la crean y juzguen tiene razon. Ah, hermana! no sabias otras excusas mas á propósito? Con lo que me consuelo es que estamos delante de un juez que conocerá mi buena conciencia,

y tu grande falsedad.

Aur. Tierra, cómo no te abres, y tragas aquesta infame, que con tanta desvergüenza me niega lo que es mio, y con suma picardía finge que ella sola tiene razon, intentando me tengan por embustera! Ay Dios mio! descubre tú la verdad de este caso.

JUSTA SENTENCIA DEL REY.

Vamos despacio, aquiétense, que ahora quedarán contentas. Tomad el espejo, dijo el Rey á uno de los presentes, rompedle en pedazos muy menudos, y repartidlo entre las dos en partes iguales, que de este modo quedarán ámbas contentas.

Lisa. Yo consiento en que se rompa el espejo, y de esta manera se acabará nuestro pleito.

Aur. Yo no, señor; mas presto permitiré de que se le lleve ella todo, que romperlo, pues no tengo ánimo para ver romper un espejo tan hermoso; y además de esto, siempre tengo esperanzas de rescatarlo algun dia estando entero, pues puede suceder la remuerda la conciencia y me lo restituya: con que yo permito que se lo lleve ella á su casa, y acábese nuestro pleito.

Lisa. La sentencia del Rey me ha gustado: hágase pedazos, que con esto no tendremos mas motivo de reñir: vamos al hecho.

PRUDENCIA GRANDE DEL REY.

Rey. Verdaderamente conozco que el espejo es de esta que no quiere que se rompa, pues con el llanto y súplicas que hace, muestra evidentes y claras señales que es la dueña propia, y que esta otra es la que le hurtó: désele el espejo á ésta, y á esa otra échenla de aquí ignominiosamente.

Aur. Piadosísimo Rey mio, yo te doy infinitas gracias de este favor, pues como benigno y justo, y con tu gran prudencia has conocido la malicia de esa infame; y por lo mismo has dado la sentencia como juez tan sabio y justo. Yo quedo pidiendo al cielo que te guarde, y te dé las mayores prosperidades que para mí deseo.

Rey. Vete en hora buena, y procura de ser muger de bien. En verdad que se conocia ciertamente que el espejo era de esta pobre cuitada.

RIÉNDOSE BERTOLDO de la sentencia del Rey, que habia estado escuchando, le dice así:

Bert. Rey mio, tú no tienes conocimiento.

Rey. Pues por qué no le tengo?

Bert. Porque te crées de lágrimas de mugeres.

Rey. Pues por qué no tengo de creerlas?

Bert. No sabes tú que su llanto es engañoso, y que cada cosa que ellas hacen ó dicen es todo hecho con artificio, pues aunque parece que lloran con los ojos, rien con el corazon; suspiran delante de tí, y por detrás hacen burla; hablan al revés de lo que piensan; y el derramar lágrimas, el repelarse, morderse, mudar de rostro, todos son fraudes de los engaños, que se los dictan sus insaciables deseos y pasiones mugeriles.

ALABANZA QUE HACE EL REY á favor de las mugeres.

Rey. Tanta bondad tienen en sí las mugeres de juicio y prudencia, que es todo muy al revés de cuanto tú las atribuyes; porque

si alguna peca, es por descuido, ó por su mala fortuna ó fragilidad femenil; y por esto mas dignas son de compasion que de castigo; por ser mas débiles y flacas que los hombres. Pero dime la verdad, á uno que estuviese separado de este sexô, no le contemplárias como muerto? Lo primero, la muger ama al marido, gobierna á los hijos, los cria, los educa, los mantiene, y enseña buena doctrina: La muger cuida de la casa, mantiene la hacienda, cuida de la familia, solicita que las criadas cumplan con su obligacion, y evita los desórdenes que pueden suceder en una casa. La muger es apreciable para la vista de los mozos, consuelo de los viejos, y alegría de los niños; claridad cierta de dia, y reposo de la noche; ama con fidelidad, es dulce para tratar, noble en su conversacion, clara en cualquier contrato, discreta para mandar, pronta en el obedecer, honesta en sus razones, modesta en sus procederes, moderada en la comida, parca en la bebida, agradable con los de casa, y tratable con los de fuera. En suma, la muger junto al hombre se puede decir que es una piedra oriental engastada en el oro mas fino; y no porque alguna caiga en un frenesí ó extravagancia, se debe culpar á todas, porque hay millares al contrario de

ésta, que son mugeres de bien y súmamente apreciables; y así la sentencia que yo he dado estoy seguro que es muy justa.

Bert. Bien se conoce que tú amas mucho á las mugeres, pues de ellas has hecho un elogio de palabras tan elegantes á su favor, que parece imposible poder elogiarlas mas. No obstante, qué me darás si antes que te acuestes mañana á la noche te hiciese yo desdecir de todo lo que has dicho á su favor?

Rey. Cuando yo me desdiga de lo dicho, diré que eres el hombre mas sagaz del mundo; y sólo te advierto, que si no lo cumples te he de mandar ahorcar al punto.

Bert. Ea pues, hasta mañana á la noche, que ya nos veremos.

Luego que anocheció se retiró el Rey á su cuarto, y Bertoldo despues que habia cenado se fué á dormir á la caballeriza discurriendo entre sí hallar camino para hacer al Rey que se desdijese de las alabanzas que habia hecho á favor de las mugeres, y habiéndole ocurrido una buena astucia, se acostó esperando que amaneciese para ponerla por obra.

ASTUCIAS DE BERTOLDO.

Así que amaneció se levantó Bertoldo, y fué á buscar á aquella muger á quien el Rey la habia dado la sentencia en su favor, y así la dice:

Bert. No sabes tú lo que el Rey ha determinado?

Aur. Si tú no me lo dices, yo nada sé.

Bert. Pues ha dicho que se rompa el espejo como lo sentenció, y que á cada una de vosotras se os dé la mitad de él, pues la otra apeló de la sentencia que el Rey dió á tu favor; con que por no oir mas quejas, quiere que se divida, y se satisfaga á entrámbas.

Aur. Cómo qué, el Rey ha determinado que mi espejo se rompa? Pues cómo vá eso? Despues de haber sentenciado que se me restituya entero y sano, haces tú burla de mí? Anda, quítate de mi presencia.

Bert. No hago burla, antes te aseguro con verdad que de su misma boca se lo he oido decir.

Aur. Ay de mí! Qué es lo que oigo? Puede ser que lo haga para dar satisfaccion á aquella infeliz muger. O qué sentencias tan justas, y qué acciones tan nobles de un

Rey! O pobre justicia, qué bien administrada estás! Ahora conozco y creo que se dá mas crédito á la mentira que á la verdad. O desdichada de mí! Paciencia, pues esto me convendrá. Es posible que te vea yo hecho mil pedazos, espejo querido mio! Ah, ah, ah!

Bert. No quisiera que te sucediese algo peor que esto.

Aur. Pues qué peor me puede suceder á mí?

Bert. Que el Rey ha promulgado una ley en que manda que cada hombre pueda casarse con siete mugeres; con que mira tú si esto es peor, por las desgracias que resultarán en las casas con tantas mugeres juntas.

Aur. Qué dices? Con que el Rey quiere que cada hombre tenga siete mugeres? Eso sí que es mucho peor que si hiciera romper todos los espejos de la ciudad; pero qué diablos de locura se le ha metido en la cabeza?

Bert. Yo no te puedo decir mas, lo que sé es que todo lo que te he dicho se lo he oido decir sobre el asunto. Ahora es tiempo que vosotras os defendais antes que el mal pase adelante. Dejándolas con este enredo alborotadas, volviéndose á palacio, esperó en él antes que anocheciera la resulta del suceso.

TUMULTO DE LAS MUGERES con la falsa voz divulgada.

Despidióse Bertoldo, y Aurelia creyó fuese verdad la invencion de este enredo: precipitadamente se fué á buscar sus amigas y vecinas, y las contó por extenso cuanto habia oido decir á Bertoldo. Ellas que oyeron tan nunca oida novedad, se enfadaron de tal suerte que como perras rabiosas, y feroces leonas, echaban fuego por los ojos y dardos por la boca; de manera que se divulgó en breve esta noticia por la ciudad, de suerte que se juntaron millares de mugeres que todas hablaban á un tiempo sobre el caso; y habiendo tratado bastante en el asunto, resolvieron ir todas juntas á ver al Rey, y confundirle á fuerza de gritos, y batahola de voces, para obligarle á que se desdijese, y no tuviese efecto la ley que habia determinado promulgar. En efecto, como ellas lo pensaron y lo trataron, llenas de rabia y despecho se fueron á palacio, y amotinadas se introdujeron hasta los mismos cuartos de la real persona, en donde empezaron á meter tan grande ruido y gritería, que parecia un infierno ó la torre de Babilonia, como si todas las muge-

res del mundo estuviesen dentro de ella; de tal modo que el Rey nunca pudo entender palabra de semejante alboroto, sí solo estaba aturdido y confuso no sabiendo el motivo de un tan excesivo tumulto, deseando saber cuál sería el motivo de aquel estrépito. Pero faltándole la paciencia y sufrimieutò de tal insolencia, temeridad, gritería y algazara, tomó el arbitrio de la seriedad y del enfado; y lleno de cólera y severidad de rostro, en alta voz así las dijo:

EL REY ENFADADO, y Bertoldo riendo.

Volvióse el Rey á ellas con rostro colérico, diciéndolas: Qué novedad es ésta? Qué es lo que oigo? Qué motivo habeis tenido para hacer una sublevacion como esta? Quién os ha puesto en tal desórden? De qué ha nacido vuestro bullicio? A qué fin son todas estas exclamaciones? Estais espirituadas? Qué demonios teneis? Decid luego cuál es el motivo de este alboroto.

Mugeres. Venimos, dijeron todas juntas, á saber lo que contra nosotras has publicado, y de qué ha dimanado la locura tan extraña que se te ha puesto en la cabeza. Gritó otra

en sola voz de las mas descaradas y rabiosas, diciendo: Qué frenesí te ha dado tan raro contra toda ley divina y humana para mandar que á cada hombre le sea permitido casarse con siete mugeres? Ay, y que consideracion tan prudente ha hecho V. M.! mas yo le aseguro con certidumbre que no saldrá con una opinion tan bárbara y temeraria.

Rey. Locas, qué es lo que decís? Hablad claro para que yo os entienda, á fin de que os pueda responder al asunto.

Mug. Señoras, dijo una de ellas, vamos poco á poco, callen por Dios, y dejénnos entender. Digo, señor, en nombre de todas, que mereces bien que te echen ó te derriben del trono en que estás sentado, y aún, que te sacasen los ojos ignominiosamente, pues bien te lo tienes merecido por la ley que has publicado.

Rey. Qué afrentas, ó que injurias os he hecho yo? Hablad claro, no me tengais suspenso, deponed vuestra rabia y enfado.

Mug. No te lo habemos ya dicho bien claro otra vez?

Rey. No os he entendido muy bien, volvedlo á decir segunda vez.

Mug. No hay peor sordo que aquel que no quiere oir. Nosotras volvemos á decir, que

no se puede cometer error mas grande como el que tú has cometido en imponer una ley nueva de que cada hombre pueda tener siete mugeres. Mucho mejor sería que cuidáras de tu reyno, de tantos negocios árduos en que estás por Rey constituido, y no meterte en lo que nada te importa: lo has entendido ahora? Pues mira, si eso intentas, has de permitir tambien que cada muger tenga siete maridos: qué partido es el que tomas? Resuélvete, que en eso venimos empeñadas, y deseamos saber tu resolucion.

EL REY ECHA NORAMALA las mugeres, blasfemando de semejante sexô.

Rey. Ah, sexô ingrato y descortés! Quién os ha dicho que yo he impuesto ley semejante? Apartaos de mi presencia, idos muy en hora mala, rebeldes, importunas, desatentas y temerarias, pues ahora conozco lo que quiere decir muger. Quien dice muger dice engaño, circe, cizaña, daño y discordia; no hay casa ó lugar donde entran y salen, que no lleven consigo arrastrando como rastrillo todas estas malas propiedades, siguiéndolas el fuego de sus propias pasiones. Muger quie-

re decir un caós de engaños y de traiciones; es un barro infernal, que por él se oyen continuamente llantos y lamentos de los pobres maridos. Ellas son ruina de los padres y tormento de las madres, desgracia de los hermanos, vergüenza de los parientes, y destruccion de las casas. En suma, ellas sirven de pena y afliccion á todo el género humano. Quitaos delante de mí, y no volvais mas á mi presencia, espíritus infernales. Oh, válgame Dios, qué fatigado me tienen con tanto ruido estos diablos de mugeres! Pero si yo llego á saber el inventor de este chasco, yo aseguro le he de hacer castigar segun su merecido. Ya se han ido estas insolentes: gracias á Dios que me veo libre de ellas, pues no ha faltado mucho para que entre todas me hayan sacado los ojos!

DESPUES QUE SE FUERON las mugeres se templó el Rey. Bertoldo que habia estado escondido escuchando toda la bulla, como habia logrado su designio se puso delante del Rey, y le dice:

Bert. Qué dices á esto, Rey mio? No te dije que ántes que anocheciese habias de leer el libro al revés de como ayer le leiste

en alabanza de las mugeres? Ya discurro quedarás desengañado de lo que ellas son.

Rey. No se puede creer ni imaginar semejante impostura, pues han fingido que yo he mandado que cada hombre pueda tener siete mugeres á un tiempo; cosa que hasta ahora no se lo ha imaginado el mismo diablo, ni á mí me ha pasado por la imaginacion ni el pensamiento. Oh, qué mala semilla y vil canalla! — *Bert.* Tú no te acuerdas del convenio que hemos hecho entre los dos?

Rey. Digo que has salido con la tuya, y que tienes mucha razon; y pues has ganado, en pago quiero que te sientes conmigo en mi real trono.

Bert. No pueden cuatro nalgas caber en un trono solo.

Rey. No importa, que yo haré hacer otro junto al mio, te sentarás en él, y darás audiencia conmigo.

Bert. El enamorado ni la señoría no desea compañía; y así gobierna tú solo, pues tú eres el señor y dueño.

Rey. Yo creo que habrás sido tú el autor de aqueste enredo, es verdad? dímelo.

Bert. Tú lo has adivinado, y no me puedes castigar en virtud de la palabra que me diste.

Rey. Supuesto que ha sido esta invencion de tu ingenio, yo te perdono; pero quiero primero que me digas cómo has tramado este enredo.

Bert. Yo fuí á buscar aquella muger á quien tú favoreciste en el pleito del espejo: hícela creer nuevamente que tú querias hacer romper el espejo, y dar la mitad á su contraria: añadí, que habias mandado que cada hombre pudiese tener siete mugeres, motivo por el cual se han amotinado en número tan crecido, y han hecho tan grandes extremos como has visto, y hablado tantos desatinos como has escuchado.

EL REY PESAROSO DEL MAL que habia dicho de las mugeres, vuelve de nuevo á alabarlas.

Rey. Tú has sido mayor inventor de enredos que el mismo Merlin; y así tanto por tu malicia como por el desórden que has causado, has incurrido en delito gravísimo. Ahora digo que las infelices han tenido mil razones de mostrarse contra mí tan iracundas. No podia yo creer que el sexô mugeril pudiese estar tan privado de juicio, que cometiese tantos desórdenes sin grandísimo motivo; y

á la verdad, no podia ser mayor que éste para iritarse conmigo. Y pues tú has dado ocasion de decir mal de ellas (cosa que yo no quisiera haber dicho por todo el oro del mundo), por lo que lo siento, desde luego me desdigo y me arrepiento; y de nuevo vuelvo á decir que el hombre sin la muger es como la viña sin poda, jardin sin fuente, rio sin barca, prado sin yerba, monte sin leña, espiga sin grano, árbol sin fruto, ciudad sin plaza, fortaleza sin guarnicion, palacio sin balcones, torre sin escalera, rosa sin olor, sortija sin piedras, pino sin sombra, rio sin pesca, selva sin árboles. En suma, todo aquel que se halla privado de tan deliciosa compañía, se puede decir que es espejo sin azogue, diamante sin brillo, y en fin....

Bert. Un borrico sin cabeza.

Rey. Gran bestia eres.

Bert. Tú me has conocido el primero; bien veo que proteges mucho las mugeres, no quiero que hablemos mas de ellas, y así lo pasado, pasado.

Rey. Todo aquel que quisiere ser amigo mio no diga mal de las mugeres, pues ellas no ofenden á nadie, no llevan armas, ni buscan quimeras. Son de naturaleza muy dóciles, plácidas y benignas, quietas, amables,

y de toda buena correspondencia; en suma, están adornadas de todas las virtudes, y decoradas de santas costumbres. Y así te aseguro que no me incitarás con motivo alguno de provocarme á ira contra ellas, pues si tal me sucediera, y segunda vez tú lo intentáras, te habia de castigar severamente.

Bert. No tocaré mas las cuerdas de esa guitarra; pero espero darte otro chasco, y con todo eso hemos de ser amigos.

Rey. Dice el refran, que no porfies con el hombre potente, porque estarás léjos del agua corriente.

Bert. Tambien el hombre que calla, dicen que es agua mansa.

LA REYNA ENVIA UN RECADO preguntando al Rey por Bertoldo, porque deseaba verle.

En el mismo tiempo que el Rey y Bertoldo estaban hablando, llegó un criado de parte de la Reyna, el cual dijo, que deseaba S. M. ver á Bertoldo; y así le suplicaba le enviase á su cuarto, porque habia sabido tenia sumo gusto en chasquear á las mugeres. La Reyna tenia intencion de hacerle dar una

buena tunda de palos, y el Rey luego que oyó la súplica de la Reyna, se volvió á Bertoldo, y le dijo:

Rey. Bertoldo, la Reyna dice que te quiere ver, aquí está el mensagero; y así vete luego con él, que estará impaciente.

Bert. Los mensageros tanto suelen tener de bueno como de malo.

Rey. Al hombre melancólico siempre su conciencia le remuerde.

Bert. La risa de palacio no es gustosa, y mas tiene de falsa que de verdadera y sencilla.

Rey. El que está inocente siempre pasa seguro entre las bombas.

Bert. La muger airada, el pávilo encendido, y la sarten agujereada, son tres cosas de gran perjuicio á una casa.

Rey. El hombre melancólico á menudo se acuerda de aquello mismo que teme.

Bert. Muchas veces el cangrejo salta de la sarten por librarse de ella, y cae en las ascuas.

Rey. Quien siembra infamias recoge culpas.

Bert. Tambien debajo del sombrero se esconde la asquerosa tiña.

Rey. Quien ha enredado la tela que la desenrede.

Bert. Mal se puede desenredar cuando las cabezas están anudadas.

Rey. Quien siembra espinas no ande descalzo.

Bert. Contra el estímulo es dificultoso oponerse.

Rey. No temas, que nadie te ultrajará.

Bert. Al confortador no le duele la cabeza.

Rey. Díme, yo creo que tú temes que la Reyna te dé alguna pesadumbre.

Bert. Muger iracunda, mar con espuma.

Rey. Pues mira que la Reyna desea muy ansiosa el verte; anda gustoso, y no dudes que serás bien recibido.

LLEVAN A BERTOLDO delante de la Reyna.

Presentaron á Bertoldo delante de la Reyna, la cual estaba noticiosa de la burla que habia hecho á las mugeres. El dia antecedente habia hecho aprontar algunos garrotes, y ordenó á las criadas lo encerráran en un cuarto, y le sacudiesen bien el polvo á discrecion. Pero luego que ellas le vieron de tan monstruosa figura se irritaron mas contra él; y la Reyna dijo:

Reyn. Jesus, que figura de mico!

Bert. Díjole la zorra al lobo, qué haces bobo?

Reyn. Cómo te llamas?

Bert. Yo no llamo á nadie, y cuando me llaman respondo.

Reyn. Cómo te apelas?

Bert. Yo no me acuerdo que jamás me hayan pelado.

Mientras que la Reyna preguntaba á Bertoldo, una de las criadas venia preparada con un jarro de agua para mojarle por detrás; pero advertido, por no haber faltado persona que se lo avisára, intentó nueva industria para librarse del chaparron. No obstante, prosiguió su conversacion con la Reyna, sin darse por entendido de nada.

ASTUCIA DE BERTOLDO PARA librarse de que no cayera el diluvio sobre su cabeza.

Reyn. Díme, quién te ha enseñado tantas astucias, que pareces adivino?

Bert. Digo que yo conozco y adivino cuanto hay y puede haber. Si acaso alguna muger ha cometido algun delito, si está enamorada, si no es casta, ú otro género de flaqueza, inmediatamente daré individual noti-

cia de todo; ó si hubiese alguna que me quisiere mojar á traicion, yo no me detendré en decir lo que de ella sé, pues es cosa que no me puedo contener en semejantes ocasiones.

BERTOLDO SE LIBRA del diluvio.

Una de las criadas que llevaba el agua para mojarlo, oyendo semejantes razones volvióse por donde habia venido con todo disimulo para que no lo viese Bertoldo, porque tuvo miedo no adivinase y descubriese algun pecadillo que tenia oculto; ni tampoco ninguna de las demás compañeras se atrevió á seguir el chasco, porque cada una de por sí tenia su trapito metido en lejía. Pero como la Reyna estaba quemándose de cólera contra Bertoldo, ordenó á todas que cada una de por sí buscase un palo, y le apaleasen á toda su satisfaccion. Con semejante órden arremetieron contra él con grande furor y rabia, como quien deseaba complacer y dar gusto á su señora. Viéndose el pobre Bertoldo en tan gran peligro, recurrió de nuevo á sus acostumbradas astucias; y las dijo:

Bert. Cualquiera de vosotras que haya sido la que ha dispuesto dar veneno al Rey en

su mesa, yo estaré contento con que tome el palo, y me rompa los huesos.

Empezaron todas á mirarse unas á otras, diciendo, yo no he pensado en cosa semejante. Respondia la otra, ni yo tampoco; y así todas fueron respondiendo, aun hasta la misma Reyna. Con que volviendo cada una á poner su palo en donde le habia tomado, quedó Bertoldo ileso en la cruel batalla de tan furiosas leonas.

INSISTE LA REYNA EN QUE Bertoldo sea castigado.

La Reyna, á quien aún duraba el enfado contra Bertoldo, determinó que se le diese la tunda de palos: envió un recado á las guardias para que al tiempo que saliese de palacio, descargasen sobre Bertoldo todos de mancomun con sus palos, y que no tuviesen conmiseracion. Salió pues haciéndole acompañar de cuatro criados para que le conociesen, y estos mismos trajesen la noticia de lo sucedido.

ASTUCIAS PARA QUE NINGUNO de los guardias llegase á él.

Cuando vió Bertoldo que no habia arbitrio de poder escaparse de órden tan estrecha, consultó con su entendimiento, y volviéndose á la Reyna, con grande humildad la hace la siguiente súplica: Señora, ya que conozco tan claramente que es tu voluntad el que yo sea castigado y apaleado de tus guardias, te ruego me concedas una gracia que es muy fácil, y está en tu mano la concesion de ella, y por ningun motivo te puede ser dificil darme el sí; baste solo que tu voluntad se cumpla en que yo quede apaleado. Lo que te pido es, que mandes á tus criados que me han de acompañar, que digan á los guardias que descarguen la furia de los palos, pero con la condicion de que no toquen á la cabeza, y que á lo demás descarguen con ímpetu furioso como quisieren.

La Reyna no entendiendo el énfasis mandó á los criados dijesen á los guardias que no tocáran á la cabeza, y que á lo demás descargasen como cada uno pudiese. Los criados iban detrás de Bertoldo ácia el cuerpo de guardia, los cuales tenian ya prontos los pa-

los en las manos para servirle segun la órden. Bertoldo se adelantó al acompañamiento á gran distancia, y los que le acompañaban vieron los guardias ya formados, y llegando Bertoldo á ellos, los criados empezaron inmediatamente á decir que no tocasen á la cabeza, y que á lo demás apretasen fuertemente, que esa era la intencion de la Reyna.

LOS CRIADOS FUERON los apaleados en lugar de Bertoldo.

Los guardias viendo á Bertoldo que venia delante de los demás, pensaron que él era cabeza de ellos, dejáronle pasar sin hacerle daño alguno; pero cuando llegaron los criados fué tal el nublado de palos que cayó sobre los pobres, que casi les rompieron los brazos: en suma, no les quedó hueso sano. Viéndose tan maltratados y molidos se volvieron á la Reyna, la cual habiendo sabido que Bertoldo se habia escapado y librado con una tan impensada astucia, y que en lugar de haber sido apaleado lo quedaron sus criados, se puso mas encendida de cólera contra Bertoldo, jurando por su persona, que se habia de vengar de tal infamia. Pero no obstante, por algunos dias propuso disimular su enfado has-

ta la primera ocasion que se proporcionase, ínterin que hacia curar los criados, habiendo vuelto los pobres trasquilados, sin haber buscado lana.

VUELVE BERTOLDO Á VER al Rey, en donde hace una buena burla á un palaciego.

El dia siguiente se llenó la antecámara de grandes, señores, y caballeros de todas clases, segun la costumbre de palacio; y no faltando Bertoldo á su obligacion en hacerse presente, vióle el Rey, y le llamó, diciéndole públicamente:

Rey. Y bien, cómo te ha ido con la Reyna?

Bert. Ay, señor! que entre la alpargata y el zapato hay poca diferencia.

Rey. Estaba el mar muy alborotado?

Bert. Quien sabe navegar bien, cualquier golfo pasa seguro.

Rey. El cielo amenazaba tempestad?

Bert. Sí que amenazaba; pero se descargó sobre otros.

Rey. Concibes tú el que ya se haya serenado?

Bert. Yo lo dudo, porque el cielo lo dejé muy nublado.

BURLA DESVERGONZADA de un palaciego entremetido á chistoso.

Hallábase un palaciego presente que andaba diariamente inmediato á la real persona, el cual solo servia de hazme reir ú de bufon del Rey, su nombre era Fagoto, de extraña estatura; pues además de ser súmamente pequeño, era muy gordo y desproporcionado de facciones, y tenia la cabeza tan despoblada, que parecia calavera. Llegóse al Rey, y le dijo: Señor, te pido me hagas una especial gracia, y es, darme permiso para que yo exâmine á este salvage rústico, pues le quiero enseñar cómo ha de tratar lugares tan respetuosos, y cómo se debe hablar en palacio. Respondióle el Rey, y le dijo, por mí haz tú lo que quisieres, yo me holgaré mucho de eso; pero te encargo mires no te suceda como acaeció á aquel que se llamaba bien venido, pues fué á raer y fué raído. No, no, respondió Fagoto, no tengo yo miedo de él ni de ninguno; y volviéndose á Bertoldo con un gesto muy alocado, le dijo:

Fag. Qué dices tú, pollo caido del nido?
Bert. Y con quién hablas tú, grajo pelado?
Fag. Ven acá, dime, cuántas leguas hay

desde donde sale la luna á los baños de Arnedillo? — *Bert.* Y cuántas pones tú desde la caldera de tu calva á la caballeriza?

Fag. Y díme, por qué causa la gallina negra pone el huevo blanco?

Bert. Y por qué motivo el látigo del Rey te pone las nalgas negras?

Fag. Cuál es mayor número, él de los turcos ó el de los judíos?

Bert. Cuántos son mas, los que tienes en la camisa ó en la barba?

Fag. El rústico y el borrico nacieron de un parto?

Bert. El puerco y el cuervo comen los dos en una artesa?

Fag. Cuánto há que no has comido nabos? — *Bert.* Lo que há que á tí no te han echado raeduras.

Fag. Eres tú búfalo ú oveja?

Ber. No metas en danza tus parientes.

Fag. Cuándo dejarás de usar de tus astucias? — *Bert.* Cuando tú dejáres de lamer los platos.

Fag. Tambien dice el refran, que al villano no hay que darle vara en mano.

Bert. Tambien se dice, que al puerco y á la rana, no hay que sacarle del lodo.

Fag. El cuervo nunca trae buena nuevas.

Bert. Tambien el milano anda al rededor de la carniza. — *Fag.* Yo te digo que soy hombre de bien, y mejor educado.

Bert. Quien se loa se enloda.

Fag. Todo hombre rústico es animal muy malo. — *Bert.* Y el adulador es un bruto monstruoso.

Fag. No se puede hallar un villano sin malicia.

Bert. Tampoco se ha podido hallar gallo sin cresta, ni palaciego sin adulacion.

Fag. Mira, que tus zapatos están con la boca abierta.

Bert. Se rien de tí porque eres una bestia.

Fag. Las medias las tienes llenas de remiendos. — *Bert.* Mejor es tenerlas remendadas, que tener la cara llena de costurones como tú la tienes.

Tenia Fagoto muchas señales en la cara, que en diversas ocasiones le habian hecho con mucha razon, y lo tenia bien merecido por las muchas insolencias que habia usado; mas como vió que le tocaban en el vivo, tragando saliva no hallaba palabra que responder, y se puso mas encendido que unas llamas de verse avergonzado y corrido entre tantos señores, los que soltaron la risa de ver los gestos que hacia y de verle tan inquieto; de suerte que él

hubiera tomado á mejor partido el escaparse, como en efecto lo queria ejecutar, á no haberle detenido todos los circunstantes.

Bertoldo como habia hablado tanto tenia la boca llena de saliva, y no sabiendo donde escupir por estar la sala toda alfombrada y las paredes colgadas de tapicerías muy ricas, se volvió al Rey, y le preguntó: adónde quieres que escupa? Escupe, le dice, en la plaza. Entonces se volvió Bertoldo á Fagoto, el cual ya dijimos era calvo, y le encajó en medio de la cabeza una buena porcion de saliva. Viéndose afrentado de esta suerte, querellóse al Rey de la injuria recibida, y al mismo tiempo dice Bertoldo en voz alta: el Rey me ha dado licencia para que escupa en la plaza, y no creo que se halle mayor plaza que tu cabeza. No se llama la cabeza calva plaza de piojos? Pues ahora te harás el cargo que no he cometido delito en lo que he ejecutado.

Todos los de la corte dieron la razon á Bertoldo. Fagoto se quedó muy avergonzado y corrido; pero determinó usar de prudencia, y sufrir lo pasado con paciencia, asegurando que hubiera tomado con mas gusto haberse quedado sin comer, que haberse puesto á pullas y refranes con Bertoldo. Todos los que estaban presentes quedaron gustosísimos de que Fagoto

hubiera quedado vencido, porque éste se tenia en concepto de uno de los primeros ingenios del mundo, y á todos les contaba mil fábulas y desatinos. Pero despues no se atrevia á levantar los ojos del suelo de la vergüenza que le causaba el haber sido tan ultrajado, de suerte que casi llegó á términos de ahorcarse.

Siendo ya casi de noche, y estando el Rey ocupado con la audiencia de unos señores, le dijo á Bertoldo que volviese á su presencia el dia siguiente; pero le advertía que habia de venir ni bien vestido ni bien desnudo.

GRACIOSA ASTUCIA de Bertoldo para volver delante del Rey como se lo habia mandado.

La mañana siguiente pareció Bertoldo delante del Rey envuelto en una red de pescados; pero no llevaba mas ropa que la red, y viéndole de aquel modo el Rey, le dice:

Rey. Cómo te pones delante de mí en forma tan indecente?

Bert. Pues no me mandaste que hoy por la mañana me pusiera delante de tí, pero que fuese ni vestido ni desnudo?

Rey. Sí, es verdad.

Bert. Pues ya me tienes de la misma for-

ma que mandaste, porque con esta red cubro parte de mi cuerpo, y la otra queda desnuda.

Rey. Díme, dónde has estado hasta ahora?

Bert. Donde he estado ya no estoy, y donde estoy ahora no puede estar ninguno mas que yo.

Rey. Y qué hace tu padre, tu madre, tu hermano y tu hermana?

Bert. Mi padre es hacedor de un daño, mi madre hace á una vecina suya aquello que no la hará hacer mas, mi hermano cuantos halla tantos mata, y mi hermana está llorando lo que ha reido todo el año.

Rey. Descíframe esos enigmas, que no lo entiendo.

Bert. Has de saber que mi padre está en el campo cerrando una senda con espinos, y así aquellos que solian pasar por medio de ella, pasan ahora unos de una parte y otros de otra de los espinos; de manera que antes no habia mas de una senda, y ahora con la continuacion de tantos pasageros se han hecho dos. Mi madre cierra los ojos á una vecina suya que acaba de morir, cosa que no volverá á hacer mas. Mi hermano está al sol matando los piojos de su camisa. Mi hermana casi todo el año se le ha pasado riendo, y ahora está con los dolores de parto.

Rey. Cuál es el dia mas largo que hay?

Bert. Aquel en que uno se queda sin comer.

Rey. Cuál es el hombre mas loco?

Bert. Aquel que se alaba de discreto.

Rey. Por qué motivo nacen mas presto las canas en la cabeza que en la barba?

Bert. Porque el cabello nace primero que la barba.

Rey. Cuál es aquel hijo que pela la barba á su madre? — *Bert*. El uso.

Rey. Qué yerba es la que hasta el ciego la conoce? — *Bert*. La ortiga.

Rey. Quién es aquella hembra que siempre está en el agua, y nunca se lava los pies?

Bert. La barca.

Rey. Quién es aquel que se aprisiona por su gusto? — *Bert*. El gusano de la seda.

Rey. Cuál es la flor mas triste?

Bert. El vino que sale de la cuba cuando se acaba.

Rey. Cuál es la cosa mas atrevida y desvergonzada que hay?

Bert. El viento, que éste se entra debajo de los vestidos de las mugeres.

Rey. Cuál es aquella cosa que nadie quiere en su casa? — *Bert*. La culpa.

Rey. Quién es aquel torcido que corta las piernas á todos los derechos?

Bert. La hoz de segar trigo y cebada.

Rey. Cuántos años tienes? — *Bert.* Quien cuenta los años cuenta la muerte.

Rey. Y cuál es la cosa mas clara que hay?

Bert. El dia. — *Rey.* Mas que la leche?

Bert. Mas que la leche y la nieve.

Rey. Si tú no me hicieres ver claramente lo que dices, te tengo de hacer castigar.

Bert. Oh, y qué infelicidad es la corte!

ASTUCIA INGENIOSA de Bertoldo para librarse del castigo.

Buscó Bertoldo un cubo de leche, y sin que nadie le viera le llevó al cuarto del Rey, y aunque era á medio dia cerró todas las ventanas y puertas por donde podia comunicarse alguna luz. Entró el Rey en el cuarto, y como no veía tropezó en el cubo de la leche, vertióle por el suelo, y nada faltó para que cayera de cabeza, y se hiciese gran daño en su persona. Empezó á gritar, diciendo: ola, vengan aquí, y abran estos balcones. Acudieron al ruido, abrieron las ventanas, y como vió todo el cuarto lleno de leche, y el cubo donde habia tropezado, con grande enfado preguntaba quién habia sido el agresor de semejante delito.

Rey. No hay ninguno que diga quién es ó ha sido el que ha tenido la desvergüenza de haber puesto en mi cuarto este cubo de leche, cerrando todas las ventanas para que yo tropezase?

Bert. Yo he sido, y lo he hecho para que te desengañes mas claramente de tus porfias, y confieses que el dia es mas claro que la leche; pues si fuera mas clara la leche que el dia, ella te hubiera alumbrado, y no hubieras tropezado en el cubo.

Rey. Eres un astuto villano, y á cada cosa hallas salida con facilidad; pero quién es éste que aquí viene? Parece que es un criado de la Reyna que trae una carta en la mano, apártate un poco de aquí que quiero oirle. Ya me voy; mas á la verdad temo, dijo Bertoldo, que sea alguna mala embajada contra mí.

IDEA FANTÁSTICA que se les puso en la cabeza á las ciudadanas de aquel pueblo.

Llegó el mensagero á la presencia del Rey, y haciendo su debido acatamiento le presentó una carta que traia, y su contenido era del tenor siguiente:

Señora. = *Hácemos presente á V. M. (para que interceda con el Rey) las justas razones de todas las nobles de la ciudad. Deseamos y pedimos al Rey con rendimiento que nós conceda el poder asistir en los consejos y gobernar la ciudad, oir querellas y sentenciar, como es concedido á los hombres; y tener mando en el gobierno, como le tiene el senado y primados de la ciudad. Para esto alegamos que ha habido egemplares de muchas mugeres que han mandado y gobernado imperios y reynos con tanta prudencia, y aun mas que algunos reyes y emperadores, habiendo tambien salido armadas á campaña, defendiendo sus reynos, estados y señoríos, tan valerosamente como los mas valientes soldados; y así por estos motivos no debe despreciar el Rey la súplica, antes bien aceptar la instancia, y hacerlas partícipes de todo; pues es cosa intolerable que solo los hombres tengan el dominio en todo, y nosotras no tengamos mando alguno; á que añadimos, que prometemos ser tan sigilosas en todo género de cosas de importancia, que excedamos en eso á los hombres. Esperamos que V. M. como muger recomendará con toda eficacia esta súplica.*

Leyó el Rey la carta, y se hizo cargo de la pretension tan desatinada; y no sabiendo qué resolucion tomar, se volvió á Bertoldo, y le reveló todo el contenido de la carta, al cual dió tal gana de reir, que no se pudo contener; pero el Rey viéndole reir, le dice, con mucho enfado:

Rey. Por qué te ries majadero?

Bert. Me rio, y quien no se riera mereciera que le sacáran los dientes.

Rey. Pues por qué?

Bert. Porque estas mugeres créen que tú eres majadero, y no Rey Albuino; por esto te han hecho esta súplica tan disparatada.

Rey. Á ellas les toca el pedir, y á mí el servirlas. — *Bert*. Infeliz es el perro que se deja agarrar de la cola.

Rey. Habla de manera que te pueda entender. — *Bert*. Desdichadas las casas en que cantan las gallinas, y calla el gallo.

Rey. Tú eres como el sol de Marzo, que conmueve y no resuelve. — *Bert*. Al buen entendedor pocas palabras le bastan.

Rey. Explícame lo que dices, y sácame de la duda. — *Bert*. Quien quisiere tener la casa limpia no tenga pollos ni palomas.

Rey. Vamos, acaba, qué dices?

Bert. Quien lo entiende, quien no lo en-

tiende, y otros que no lo quieren saber.

Rey. Á todo aquel que cuece la comida con paja, el caldo le saldrá ahumado. — *Bert.* En suma quiero saber lo que me quieres.

Rey. Quiero que en esta ocasion me dés luz con un prudente consejo.

Bert. Mala señal es cuando la hormiga pide pan á la chicharra.

Rey. Ya sé que para todo hallas buena salida, y pues estás colmado de inventivas y de astucias, quiero fiarte la resolucion de este negocio. — *Bert.* Como tú te fies de mí, no dificultes que yo te sacaré muy presto de toda dificultad, y conseguiré que no te vuelvan á molestar sobre su pretension.

Rey. Pues ingéniate con tu maña, y despáchalas cuanto antes puedas.

ASTUCIA PRECIOSA de Bertoldo para quitar de la cabeza de las mugeres el capricho ó tema referido.

Se fué Bertoldo á la plaza, compró un pajarillo, y lo metió dentro de una cajita, la que llevó al Rey, y le dijo, que enviase aquella caja cerrada á la Reyna, y que S. M. de su parte la enviase á las pretendientas; pero con el precepto de que ninguna la abriese ba-

jo de penas rigorosas, y que á la mañana siguiente viniesen á palacio y trajesen la cajita en la misma forma que se les entregaba, que luego inmediatamente el Rey las concederia la gracia que pretendian. Tomó el mensagero la caja, la llevó á la Reyna, la que entregó á las mugeres que estaban esperando en su cuarto la resulta de su pretension; y entregándosela á todas en general, las dijo de parte del Rey, que su voluntad era que por ningun motivo se abriese aquella caja, añadiendo, que el dia siguiente la trajesen de la misma suerte que se les entregaba, que las prometia despachar conforme su pretension proponia. Despidiéronse de la Reyna muy gozosas y consoladas por la palabra que habia dado tan favorable á su deseo.

CURIOSIDAD DE MUGERES que por naturaleza trae consigo semejante sexô.

Luego que se fueron y se vieron léjos de la presencia de la Reyna, les dominó tal curiosidad de saber lo que en aquella caja se encerraba, que empezó á decir una á otra: quieres que veamos lo que hay aquí dentro? Respondia otra, no hagamos cosa semejante,

porque tenemos precepto de no abrir esta caja, y tal vez puede suceder que haya dentro de ella alguna cosa de importancia para el Rey. Replicaban las mas curiosas, y decian, pues qué puede haber? Decia la otra: no, no, que no sabremos cerrarla del mismo modo que ella está. Habló otra con mas resolucion, y dijo: sí, sí, abrámosla, y haya dentro lo que hubiere.

RESUÉLVENSE LAS MUGERES á abrir la caja.

Al fin, despues de muchos debates que hubo entre ellas se resolvieron á abrirla, como en efecto la abrieron; y apénas quitaron la tapa cuando voló el pajarillo con tanta velocidad que se quedáron suspensas, confusas, y apesadumbradas por no haber podido ver qué señales tenia, ni si era gilgüero, pardillo ó ruiseñor; pues si hubieran visto qué especie de ave era, lo hubieran podido remédiar poniendo otro semejante y con las propias señales, y así se hubiera disimulado llevando el dia siguiente la cajita de la misma forma que se les habia entregado, y no les hubiera sucedido una pesadumbre tan grande.

PESAR QUE RECIBIERON *las mugeres por habérseles escapado el pajarillo.*

Habiendo sabido la Reyna el caso, se entristeció de tal modo, que no sabia qué hablar ni qué hacer, porque temia un gran disgusto; pero con todo eso se animó, y con la comitiva de las mugeres se presentó delante del Rey. Entraron tímidas y aturdidas, con su cabeza baja, y llenas de confusion. La Reyna saludó al Rey, quien la correspondió con mucha alegría, y haciéndola sentar junto á sí, la pregunta, qué novedad la traía á su presencia con tanto número de mugeres, que se componía de mas de trescientas.

LA REYNA REFIERE AL REY *la fuga del pajarillo.*

Yo vengo delante de V. M. con estas nobles matronas por la respuesta de la súplica que tienen hecha para entrar en los mismos oficios, empleos y encargos que tienen los senadores; y habiéndolas mandado entregar esta caja con órden expresa de que por ningun motivo la abriesen, y encargándolas la de-

volviesen como se les habia entregado, la casualidad ha permitido que una mas curiosa que las otras tuvo impulsos de ver lo que en ella se encerraba. Abrióla no creyendo se encerrase en ella el pajarillo, el cual voló sin poderlo remediar, por lo que todas las demás están tan condolidas, que no se atreven de vergüenza á mirarte por haber quebrantado tu real precepto; y así, señor, ya que tú siempre has sido benigno y clemente para todos, te suplico las perdones, pues no lo han hecho con motivo de desobediencia á tu persona, sí solo por una leve curiosidad de su frágil naturaleza. Esta solo ha sido la causa de haber incurrido en tal yerro; y así, pues aquí las tienes delante de tí arrepentidas y humildes, te suplico las perdones. Así lo espero de tu real clemencia y benignidad.

FINGE EL REY ESTAR enfadado, y hace una representacion á las mugeres de su pecado; de que las absuelve, y las envia á sus casas libres.

El Rey fingiéndose muy enojado se volvió ácia ellas con rostro airado, y las dice: sois vosotras las que habeis dejado escapar el pajarillo que estaba dentro de la caja? Ah,

mugeres locas! Y qué poco juicio os comunicó vuestra débil naturaleza! Y teneis aliento para pretender entrar en los consejos secretos de mi corte? Decidme, cómo pudiérades guardar un secreto de entidad que importára á mi reyno y mis estados, y defender, castigar, y disponer sobre la vida de los hombres, si no habeis sido capaces por sola una hora de haber tenido cerrada una caja, encargándoos tanto que no la abriérais? Volved á vuestras casas, y egercitad vuestros oficios mugeriles; aquellos digo en que vuestra naturaleza os tiene constituidas. Cuidad de vuestras familias y casas, con todas las demás circunstancias que se requieren para el aseo de ellas, que ese es vuestro empleo propio, y dejad el gobierno de la ciudad á los hombres; pues si recayera el gobierno en vuestras manos todo caminaria sin pies ni cabeza: no hubiera cosa, por mas oculta ni secreta que fuese, que dentro de una hora no estuviese pública por toda la ciudad. Levantaos, que ya os perdono, idos á vuestras casas, y os aconsejo que no se os ponga jamás en la cabeza semejante frenesí. De allí á un rato despidió á la Reyna casi en la misma conformidad que á las demás, haciéndola acompañar á su cuarto de muchos caballeros. Se fue-

ron las pobres mugeres tan súmamente desconsoladas, que nunca mas volvieron á tocar la especie de pretender á consejeras, quedando bien escarmentadas con lo que las dijo el Rey. Entonces el astuto y sutilísimo Bertoldo se volvió al Rey con grande risa, y viéndole el Rey le dijo:

Rey. Esto ha sido una bellísima invencion, y nos ha salido muy bien.

Bert. Bien vá la cabra coja como el lobo no la coja.

Rey. Pues por qué dices tú esto?

Bert. Porque muger y fuego hallan lugar luego. — *Rey*. Quien se sienta en la ortiga alguna vez le pica la hormiga.

Bert. Quien al aire escupe en la cara le cae. — *Rey*. Quien orina en la nieve luego la deshace. — *Bert*. Quien laba la cabeza al asno pierde jabon y tiempo.

Rey. Lo dices esto por mí?

Bert. Por tí hablo y no por otro.

Rey. Pues qué motivo tienes para quejarte de mí? — *Bert*. Yo puedo quejarme de tí.

Rey. Pues en qué te he agraviado yo?

Bert. Te diré: yo he sido tu coadjutor en una cosa de tanta importancia como ésta; y tú, en lugar de asegurarme la vida, me das cordelejo, dándome á entender que alguna

vez tengo de caer en la trampa, pagándolas todas juntas. — *Rey*. No soy yo tan ingrato, que no conozca tus méritos.

Bert. El conocerlos es nada, pero el conocerlos con justicia es mucho.

Rey. No dudes que luego te quiero remunerar de todo, pero con el conque de que siempre estés á pies juntos. — *Bert*. Tambien los ahorcados se quedan á pies juntos.

Rey. Tú lo interpretas todo al revés.

Bert. Quien dice mal casi siempre acierta.

Rey. Tú dices y haces muy mal.

Bert. Pues qué mal hago en tu corte?

Rey. Lo que te digo es que no tienes cortesía, y estás muy mal criado y peor acostumbrado.

Bert. Y qué te se dá á tí que yo esté mal criado y peor acostumbrado?

Rey. Mucho se me dá, porque delante de mí estás con grande indecencia.

Bert. La causa quiero saber.

Rey. Pues es que cuando vienes á mi presencia nunca te quitas el sombrero, ni me bajas la cabeza. — *Bert*. El hombre nunca debe bajarla á otro hombre.

Rey. Segun sea la clase de los hombres se debe usar de atencion y cortesía.

Bert. Has de hacerte el cargo de que to-

dos somos de tierra, tú eres tierra, yo soy tierra, y todos nos habemos de volver tierra; así que la tierra no debe ni puede bajarse á la tierra.

Rey. Dices bien en que todos somos de tierra; pero hay mucha diferencia entre las tierras, pues de una misma se vé que se fabrican varias cosas de vidriados esquisitos, y así sucede que en los unos se ponen y guardan licores preciosos y odoríferos, y otros se emplean y sirven á cosas muy viles é indecentes. Yo soy uno de aquellos en los cuales se encierra todo género de bálsamos y aromas, claveles, rosas, inciensos, y otras cosas varias de licores preciosísimos; y tú eres uno de aquellos indecentes en donde se encierra todo género de inmundicias, no obstante que uno y otro estamos formados de una misma tierra y por una misma mano.

Bert. Es verdad, no te lo niego; pero tambien te digo que tan frágil es el uno como el otro, y cuando los dos se rompen, igualmente se arrojan los pedazos á la calle, y ni del uno ni del otro se hace caso ni aprecio.

Rey. Tienes razon; pero sea como fuere tú me has de hacer una reverencia.

Bert. No la haré; y así paciencia.

Rey. Pues por qué no?

Bert. Porque he comido asadores, y no quiero que al tiempo de bajarme se me rompan las tripas. — *Rey.* Ah villano! aunque rebientes me has de hacer una cortesía si vuelves á mi presencia.

Bert. Todo puede ser, pero se me hace muy dificultoso el creerlo. — *Rey.* Por la mañana veremos la resulta; ínterin, por esta noche te puedes ir á tu casa.

EL REY HIZO BAJAR la puerta de su cuarto para que cuando vinese Bertoldo bajase la cabeza al tiempo de entrar.

Se despidió Bertoldo, y aquella noche hizo el Rey bajar la puerta de su gabinete de tal suerte que cualquiera que hubiese de entrar era menester que bajase bien la cabeza, solo con el fin de que cuando Bertoldo entrase dentro la bajase al Rey al tiempo de entrar, cumpliéndose así el deseo de que le hiciese la reverencia, y quedar victorioso con su tema, por lo que estaba impaciente el Rey esperando fuese hora de que viniese.

ASTUCIA DE BERTOLDO para no bajar al Rey la cabeza.

Volvió la mañana siguiente el astuto Bertoldo, y reparó en la puerta. Conoció la máxima del Rey para obligarle á bajar la cabeza al tiempo de entrar; pero el gran socarron, en lugar de bajar la cabeza, se volvió de espaldas, y le honró con el fiador. Conoció el Rey su mucha sutileza, y al mismo tiempo tuvo gran gusto de ver la salida que halló con semejante agudeza. No obstante, fingióse algo enfadado contra él, y le dijo:

Rey. Idiota, rústico y descortés, quién te ha enseñado á entrar en mi cuarto de esa manera? — *Bert.* Quién? el cangrejo.

Rey. Pues de qué manera te ha enseñado el cangrejo?

FÁBULA DEL CANGREJO y de la langosta, que Bertoldo cuenta al Rey.

Bert. Has de saber, señor, que mi padre tenia diez hijos, y era súmamente pobre, como me sucede á mí muy á menudo. Regularmente aun el pan nos faltaba para cenar;

y en lugar de darnos algun alimento para poder dormir, nos solia contar algunas fábulas y cuentecillos para que nos quedásemos dormidos. Sucedia lo mismo que deseaba, pues entre la hambre y el sueño, cuando la primera no satisfacia, se daba entrada al segundo; y así lograba lo que queria hasta el dia siguiente, que la Providencia asistia en la mayor estrechez. Entre una de las muchas eosas que le oí contar, se me quedó en la cabeza la que te voy á referir; y si tú me dás audiencia con quietud y paciencia, oirás una eosa que será muy de tu gusto, pues es muy á propósito y del caso.

Rey. Yo te permito que la refiéras, pues no dudo será muy gustosa.

Bert. Mi padre decia que cuando hablaban los animales, y las lechuzas tejian manteles, el cangrejo y la langosta eran amigos estrechos. Dispusieron pues ir á correr mundo, y ver cómo se vivia en las demás tierras. El cangrejo caminaba entonces adelante como todos los animales; y lo mismo sucedia á la langosta, que no andaba de medio lado como ahora camina. En fin, habiendo salido de casa de sus padres, caminaron mucho tiempo por el mundo; llegaron al pais de los saltones; despues pasaron al de los gusanos de

luz, el cual confinaba con el de las mariposas; de suerte que corrieron todas aquellas tierras, y vieron varias costumbres entre aquellos animales. Internáronse mas adentro, llegaron á la patria de los erizos, los cuales á la sazon estaban ocupados en una grandísima guerra contra los murciégalos, cuyos términos eran inmediatos y confinantes, por una sospecha de traicion y otras causas que unos y otros alegaban. Llegaron pues estos dos compañeros al primer lugar, y fueron descubiertos por una de las guardias avanzadas; y creyendo ó sospechando fuesen dos espías, los prendieron, y los condujeron atados de pies y manos delante de su capitan, el cual así que los vió los exâminó por extenso del fin de su venida; y no habiendo encontrado en ellos mas malicia ni interés que el deseo de caminar y ver mundo, se aquietó al punto. Ellos dijeron que la casualidad les habia llevado á aquella tierra, y que como eran forasteros no estaban enterados del pais ni de lo que en él sucedia, que solo deseaban se les pusiese en libertad para volverse á su tierra. Y si esto no se pudiese lograr por razones de estado, ó por política bélica, pedian se les diese partido en la tropa para servir de soldados, dándoles el sueldo igual-

mente como á los demás, y que de este modo servirian fielmente y muy gustosos en aquella guerra. Luego que el capitan oyó tal proposicion los mandó desatar, pareciéndole que eran bestias de muchas acciones por la gran cantidad de patas y brazos que tenian, haciendo que los pusieran en lista con todos los demás.

Sucedió, pues, que habiendo mandado al cangrejo fuese á espiar todo lo que pasaba en el campo del enemigo, como el pobre era nuevo en aquel pais, y caminaba con tanto silencio, y escondiendo la cabeza debajo de su cola, se presumió no sería conocido tan fácilmente. No obstante caminaba animosamente al campo del enemigo, y habiendo llegado, halló las guardias dormidas. Pasó adelante hasta llegar á la real tienda de la comadreja, pensando que tambien durmiesen las guardias; pero el pobre infeliz tuvo tan mala fortuna, que estaban todos despiertos. Divertíanse las guardias al juego de par y pinta cuando al tiempo de ir el cuitado á meter dentro la cabeza para ver lo que pasaba le vió uno de aquellos soldados, el cual se levantó del juego poco á poco, de manera que el cangrejo no le viese; y tomando un palo, se le tiró con tan buen aire y acierto,

que le dió en la cabeza, de manera que le dejó como muerto por la violencia y fortaleza del golpe, y á no tener las armas que le dió naturaleza, le hubiera echado los sesos al aire. El soldado que le tiró no sabia que era espía, antes bien creía hubiese llegado allí por casualidad; y especialmente viéndole figura tan rara, quién habia de sospechar cosa semejante? No obstante, creyendo le habia muerto, le tomó por las astas, y le tiró á una laguna de agua que estaba allí inmediata, y sin mas novedad se volvió á sentar al juego. Luego que volvió en sí el desgraciado cangrejo, no pudiendo apénas levantar la cabeza por el gran golpe que habia recibido, juró y protestó no volver á entrar en parte alguna con la cabeza adelante, procurando entrar siempre y caminar al contrario; pues de este modo si le sucedia otro semejante lance, mas queria le diesen en el espinazo, que en la cabeza.

Volvióse al campo, hizo una relacion individual de todo lo acaecido, notició como las centinelas dormian, pero que en la real tienda de la comadreja se velaba. Oyendo esto el capitan, hizo armar muy secretamente el tercio de las ardillas, y determinó con ellas dar un asalto al enemigo. Así fué, pues

hallándolos todos juntos en la tienda real; á ninguno dejó libre ni dió cuartel; antes bien á todos pasó á cuchillo; tomando venganza del infeliz apaleado cangrejo, el que dijo á la langosta despues de todo este suceso: marchemos de este pais, que no quiero verme en otro semejante empeño, pues veo que la guerra no es buena para nosotros. Dices bien; pero cómo nos escaparémos, respondió la langosta, pues es muy posible que nos vean, y nos descubran por las pisadas? Replicó entonces el cangrejo, tú caminarás de lado, y yo andaré ácia atrás, y así saldremos de toda dificultad. La determinacion le gustó mucho á la langosta, y poniéndose luego en puntillas de los pies, empezó á caminar de lado con tanta ligereza, que apénas la podia alcanzar el cangrejo, y de esta suerte se pudieron escapar del campo por un parage escabroso y poco frecuentado.

Llegaron finalmente á sus casas bien mortificados por los peligros tan grandes en que se habian hallado, y á la hora de su muerte dejaron dicho en su testamento, que todos sus descendientes en lo venidero caminasen del mismo modo que ellos lo habian hecho cuando volvieron á sus casas, y que este mandato se observase rigurosamente; y así por es-

to desde entonces, en cumplimiento de lo ordenado por el cangrejo, caminan todos sus descendientes como lo dejó mandado. Y yo, conservando en la memoria este caso al tiempo de entrar aquí, he tenido por conveniente imitar al cangrejo; pues si alguno me descargaba algun golpe, era mejor que lo padeciese el trasero que la cabeza. Ahora quisiera saber ¿qué te parece, y qué me respondes? Aunque yo discurro que habrá sido de tu gusto la fabulilla.

Rey. Es cierto que lo es, con ella me has divertido, y me has dado entera satisfaccion, y ahora vete á tu casa; pero has de volver mañana delante de mí en tal conformidad, que te vea y no te vea, y me has de traer al mismo tiempo una huerta, una caballeriza, y un molino.

Bert. Adivínala, grillo; ya me voy, y buscaré el modo de satisfacerte. Á Dios.



ALEGORÍA SEGUNDA.

Los grandes ó por amor ó por fuerza quieren ser reverenciados y casi adorados de los inferiores; pero tambien muchas veces un rústico puede humillar la altivez de un soberbio. Las mugeres son vehementísimas en la ira, particularmente en el tiempo que se les toca en sus pasiones mas delicadas, que son la vanidad y la soberbia.

ASTUCIA DE BERTOLDO para parecer delante del Rey en el modo que se ha dicho.

El dia siguiente mandó á su madre que le hiciese una torta de acelgas, requeson y mucho queso, con bastante abundancia de manteca por defuera. Tomó despues un harnero, se lo puso por delante del rostro, y con la torta en la mano volvió á la presencia del Rey; y viéndole éste parecer en tan extraña figura, empezó á reir, y le habló de esta suerte:

Rey. Qué significa ese harnero que traes delante del rostro?

Bert. Pues no me mandaste que viniese delante de tí de modo que me vieses y no me vieses? — *Rey*. Es cierto.

Bert. Pues ya me ves y no me ves por los agujeros de este harnero.

Rey. Ya veo yo que sales bien de todo con tus gracias y sutilezas; pero dime, dónde está la huerta, caballeriza, y molino que te mandé me trajeses?

Bert. Aquí está todo en esta torta, en la cual están comprendidas las tres cosas: las acelgas significan la huerta: la manteca, queso y requeson la caballeriza; y la harina no es otra cosa mas que el molino.

Rey. Es cierto que no he visto ni practicado entendimiento mas perspicaz que el tuyo, y así desde hoy en adelante pídeme cuanto quisieres, y te doy permiso para que te sirvas de mi corte en todas tus necesidades.

ALEGORÍA DE BERTOLDO.

Con la oferta que el Rey le hizo se apartó un poco distante, y retirándose á un patio se bajó las bragas, y fingió querer hacer alguna necesidad. El Rey casualmente lo vió desde una ventana, y gritando fuertemente á Bertoldo, le dijo:

Rey. Bestia, incapáz, qué es lo que vas á hacer? — *Bert.* Pues no dices que me sirva yo de tu corte en todas mis necesidades?

Rey. Es verdad que lo he dicho, pero no lo decia yo por tánto, ni yo pudiera pensar semejante atrevimiento.

Bert. Pues ya que me lo has dicho, y me lo has ofrecido, quiero servirme de la oferta, y descargar el grave peso que tengo en el vientre, que me grava mucho, y no puedo sufrirlo mas.

Viendo esto uno de aquellos guardias, alzó un palo para sacudirle, y le dijo con enfado: bruto, incapáz, vete á la cuadra donde están los asnos, mas racionales que tú, y otro dia no te atrevas á desvergüenza semejante en palacio, y casi delante del Rey, si no quieres que te rompa las costillas con este palo. Volvióse entonces Bertoldo á él, y le dice:

Bert. Hermano, vete poco á poco, y no seas tan pronto, ni te hagas tan celoso; adviérte que tambien las moscas que vuelan sobre las cabezas de los tiñosos se ponen sobre la real mesa, y se ensucian en la propia taza del Rey, y no obstante come la sopa sin escrúpulo alguno, sin reparar en cosa tan sumamente asquerosa; pues si esto es asi, ¿cómo reparas en que yo haga en el suelo esta cosa tan precisa, siendo tan

necesaria? Fuera de que si el Rey me manda que en las necesidades me sirva de su corte, qué mas necesidad puede sucederme que la presente para aprovecharme de ella? Por esta accion entendió el Rey la cifra de Bertoldo, y sacándose del dedo una sortija, se volvió á él y le dijo:

Rey. Toma esta sortija por premio. Y tú, tesorero, traeme aquí mil escudos, que quiero hacer luego un presente á Bertoldo.

Bert. Yo no quiero que tú me interrumpas el sueño.

Rey. Pues por qué motivo te le tengo de interrumpir?

Bert. Porque si yo tengo esa sortija con tanto dinero, no descansaré jamás, pues me estaré imaginando y alambicando los sesos contínuamente, y no podré hallar sosiego de ningun modo; pues regularmente he oido decir, que quien de otro toma, á sí mismo se hecha la maroma. A mí la naturaleza me hizo libre, y libre quiero conservarme.

Rey. Pues qué te podré yo dar para gratificarte? — *Bert*. Demasiado paga quien conoce el beneficio.

Rey. No basta conocerlo solamente: tambien es menester para el reconocimiento hacer alguna gratificacion. — *Bert*. La buena intencion es bastante paga para el hombre de bien.

Rey. El superior no debe ceder al súbdito en generosidad. — *Bert.* Tampoco debe el súbdito aceptar nada que corresponda á mas de lo que él se merece.

LA REYNA INSTA DE NUEVO al Rey para que la envie á Bertoldo.

En el tiempo que estaban hablando llegó un criado de parte de la Reyna con una carta, en la cual suplicaba al Rey le enviase á Bertoldo, pues queria divertirse con sus gracias por hallarse muy melancólica; pero todo era ficcion, porque tenia pensamiento de hacerle quitar la vida. Á esto la movia haber sabido que por su culpa las matronas habian recibido del Rey una afrenta y disgusto tan grandes como el pasado; por cuyo motivo estaban tan rabiosas contra él, que si le hubieran podido agarrar entre sus uñas, le hubieran desollado vivo. El Rey, habiendo leido la carta, y dando crédito á su contenido, se volvió á Bertoldo, y le dijo:

Rey. Nuevamente me suplica la Reyna que te dé licencia para ir á su cuarto, porque gusta divertirse con tus gracias á causa de hallarse algo indispuesta. Quiere que vayas un rato á divertirla, y quitarla el mal humor de su gran melancolía.

Bert. Tambien las zorras fingen algunas veces que están enfermas, para poder mejor agarrar los pollos.

Rey. A qué asunto dices esto?

Bert. La práctica me sirve de libro.

Rey. Enfado de muger noble presto se pasa.

Bert. Las ascuas cubiertas mantienen caliente mucho tiempo la ceniza.

Rey. No oyes el fin por qué te llamé?

Bert. Buenas palabras y malos hechos, engañan los locos y los cuerdos.

Rey. Ea pues, al que se ha de ir aviarle, que la agua pasada no es espada. — *Bert.* El que una vez se quemó con las sopas, para otra vez las sopla aunque estén frias.

Rey. Vaya, que de corsario á corsario no hay mas pérdida que los toneles vacíos.

Bert. Tambien piensa el borracho una cosa, y otra el tabernero.

Rey. Pues por haber un gusto nunca se pierde nada. — *Bert.* Gusto que causa daño, Dios te dé mal año.

Rey. Estando tú en mi corte, no tengas miedo de nada. — *Bert.* Mas vale ser pájaro de campo que de jaula.

Rey. Vé al punto, no te hagas desear mas, porque cosa muy rogada suele ser poco agradecida.

Bert. Infeliz de aquel que dá ejemplo á otro.

Rey. Aquel que está mas, mas quisiera estar.

Bert. Quien empuja el navío á la mar, está mas expuesto al peligro.

Rey. Acaba, vé, y no temas.

Bert. Cuando vá el buey al matadero suda por delante y tiembla por atrás.

Rey. Revístete con un ánimo de leon, y entra descaradamente.

Bert. No puede tener ánimo de leon aquel que tiene el corazon de oveja.

Rey. Anda seguro, que la Reyna no tiene mas enfado contra tí, pues la burla pasada se le ha convertido en risa.

Bert. Risa de señor, serenidad de invierno, sombrero de loco, y trote de mula vieja, hacen una primera de pocos puntos.

Rey. No hagas que te esperen, pues toda tardanza es enfadosa.

Bert. En fin voy porque tú me lo mandas, salga lo que saliere, ó vaya como quisiere; porque de cualquier modo es menester entrar, sea por la puerta ó por la cerradura.



ALEGORÍA TERCERA.

El dar audiencia á los súbditos es virtud y obligacion de príncipes magnánimos y justos, siendo preciso escuchar hasta los pleitos de menos entidad, indagando todo por menudo aunque sean ridiculeces femeniles; pues esto es mucho mas proporcionado para satisfacer al vulgo; y así el que se halla constituido en tal obligacion, debe usar en ocasiones de la política de ver y no ver; esto es, no hacer caso de unas, y atender á otras de mayor consideracion. Al cortesano avisado, recatado y prudente, no le falta medio ó arte para comprehender los preceptos de su soberano, que aunque mande con rebozo, es prudencia ejecutar los prontamente.

CON UNA BUENA INDUSTRIA se defiende Bertoldo del primer ímpetu de la Reyna.

Luego que Bertoldo se encaminó al cuarto de la Reyna, al entrar oyó casualmente como habia dado órden á los que cuidaban de los per-

ros, que inmediatamente que le viesen entrar en su cuarto los soltáran todos, para que por este medio quedase de ellos bien castigado. ¡Es cierto que es á cuanto puede llegar la crueldad! Aquel dia cuando venia á palacio, accidentalmente pasó por la plaza. Tenia un hombre una liebre viva y la compró. Llevábala oculta debajo de la capa, y subiendo arriba para cumplir con la órden, al llegar cerca de la antecámara de la Reyna le soltaron los perros, que iban desesperados á cometerle; y ciertamente le hubieran hecho mil pedazos á dentelladas, si él, viéndose en tan gran peligro, inmediatamente no soltára la liebre, la que apénas vieron los perros, empezaron á seguirla con tanta precipitacion, que dejáron libre á Bertoldo, llevándoles mas la aficion de la liebre por el natural impulso de su inclinacion á la caza, quedando así ileso de las crueles mordeduras que le esperaban. Al mismo tiempo que se celebraba la fiesta de la liebre con los perros, entró y se presentó delante de la Reyna, la cual viéndole se quedó súmamente admirada, pues ya habia consentido que aquéllos le hubiesen hecho pedazos; y así con gran cólera y enojo le dijo:

Reyn. Tú estás aquí, embustero, asesino?

Bert. Ojalá no estuviera como estoy.

Reyn. Pues cómo te has escapado de los dientes de mis perros fieros y crueles dogos?

Bert. La Providencia ha previsto el caso.

Reyn. Calla, que no se rie siempre la muger del ladron. — *Bert.* Quien vá al molino, preciso es que se empolvorice.

Reyn. Quien lleva el primero no vá vacío.

Bert. Aquel que le toca es el que lleva.

Reyn. Pues á tí te toca esta vez.

Bert. No hay mas engaño sino para aquel que se fia.

Reyn. Prometer y no dar es gran locura.

Bert. Aquel que faltase pague la res.

Reyn. El que no juega lo malgasta.

Bert. A quien le vá bien está en concepto de hombre prudente. — *Reyn.* Ir bestia y volver bestia es la misma cosa. — *Bert.* No entremos, dijo la zorra al lobo.

Reyn. Pero no obstante yo he logrado que tú hayas entrado aun con toda tu malicia, y preciándote de astuto. — *Bert.* Paciencia, dijo el lobo al borrico, tales andan las bodas que no me llaman á la mesa. — *Reyn.* Su tiempo le llegará á aquel que lo espera.

Bert. Ventura me dé Dios, que el saber poco me basta. — *Reyn.* Detrás del trueno viene la tempestad. — *Bert.* Es verdad, porque el pescado grande se come al chico.

Reyn. No todos los gallos conocen las habas. — *Bert.* Toda sierpe guarda el veneno en la cola, pero la muger airada le tiene esparcido por todo el cuerpo.

Reyn. Yo te aseguro que esta vez no te escaparás aunque intentes las mas sutiles malicias de que te vales. Á fé mia que ahora no te has de alabar de que has hecho burla: veamos si tus estratagemas contra las mugeres te valen siempre.

Bert. Al que no le toca una le pilla otra, el que camina mas presto engaña al compañero. Solo te pido, que ya que estás empeñada en castigarme, sea cuanto antes, para salir del susto de una vez, y salga como saliere.

LA REYNA HACE METER á Bertoldo en un saco.

La Reyna muy enfadada lo hizo prender, y atar fuertemente de pies y manos. Despues mandó le llevasen á un cuarto cerca del suyo, porque de nadie se fiaba, temiendo se escapase, como habia hecho otras muchas veces, valiéndose de sus sutiles astucias. Para mayor seguridad le hizo meter dentro de un saco, haciéndole atar para que no pudiese sacar la cabeza. Púsole un alguacil por con-

tinela, para que tuviese cuidado hasta la mañana siguiente, que tenia intencion de mandarle arrojar en la corriente de un rio, quitándole de esta suerte que volviese á dar mas chascos, y usase de sus mañas.

Quedó pues nuestro Bertoldo atado de pies y manos en el saco, y nunca consintió en su fin, ni tuvo mas miedo á la muerte que en esta ocasion; pero en medio de tanto susto pensó una nueva astucia para librarse del saco, y le salió del modo que lo pensó.

AGUDÍSIMA ASTUCIA DE Bertoldo para escaparse del saco.

Viéndose el pobre Bertoldo encerrado y atado en el saco, y con la guardia de un alguacil al mismo tiempo, se le previno una nueva burla, y fué fingir que hablaba consigo mismo. Empezó á suspirar y á quejarse diciendo: " Ó maldita fortuna, y cómo te alegras, y gustas de mortificar tanto á los pobres como á los ricos! Ó maldita hacienda, en qué estado me has puesto! Mejor hubiera sido para mí, y mas felicidad tendria, si mi padre me hubiera dejado pobre mendigo, pues de esta forma no me hallaria en tan infeliz conflicto! Ahora me desengaño que de

nada me ha servido disfrazarme ni vestirme de aqueste grueso sayal, dando á entender con mi vestido que era un pobre infeliz; no bastando mi humildad, y haber abandonado todos mis bienes, para que con todo esto no me hayan descubierto y conocido por hombre rico. Ellos de hecho no se han engañado, pluguiese á Dios no lo fuese! No otra cosa sino la avaricia de gozar mi hacienda les hace querer emparentar conmigo. Bien puedo padecer trabajos, pero nunca consentiré ni admitiré la proposicion de casarme con ella, pues siendo yo (aunque con riquezas) un hombre todo contrahecho y feo, tengo por seguro que la novia tendrá tentaciones de no serme fiel; y asi, si la Reyna insiste en que yo me case con ella contra todo mi gusto, ya me imagino perdido, y sin saber en semejante lance qué hacer, ni cómo escapar de tal violencia."

EL ALGUACIL DESEA SABER lo que entre sí habla Bertoldo.

El ministro, oyendo las palabras de Bertoldo, movido de la curiosidad de saber la razon de semejante discurso, incitado tambien de compasion le pregunta á Bertoldo.

Alg. Hombre, qué conversacion ó qué discurso estás haciendo? Dime, infeliz, por qué te han metido en este saco?

Bert. Ah, hermano mio! Déjame, que nada te importa saber mis cuitas, solo te suplico no me toques, ni preguntes ese asunto: déjame quejar de mi desgracia, y cumple tú con tu oficio.

Alg. Advierte que aunque yo soy alguacil, soy hombre humano y compasivo, y me mueven á lástima las calamidades del prógimo; y si yo no pudiese ayudarte en el trabajo que ahora padeces, porque mis fuerzas no alcancen, á lo menos te daré algun consuelo que te sirva de alivio.

Bert. Poco consuelo me puedes dar, porque el término es muy breve para todo lo que conmigo se ha de ejecutar.

Alg. Pues qué, te quieren dar doscientos?

Bert. Peor. — *Alg.* Tormento?

Bert. Mucho peor.

Alg. Echarte á galeras?

Bert. Tres veces peor.

Alg. Ahorcarte y descuartizarte?

Bert. Todavía peor.

Alg. Quieren quemarte?

Bert. Mil veces peor. — *Alg.* Pues qué te pueden hacer que sea peor?

Bert. Me quieren casar.

Alg. Hombre ó diablo, es peor eso que todo lo que se ha dicho? Yo creía que eras hombre de entendimiento, pero ahora veo eres un bestia. Juzgué en tí un estraordinario delito, y veo sales con esa rara extravagancia, digna de risa mucho mas que de lástima. — *Bert.* Amigo, no digo yo que el casarse sea peor que todo lo que se ha dicho, lo peor consiste en el modo con que lo quieren egecutár; y para mi genio te aseguro me ha de costar mas dificultad y trabajo que todas las cosas dichas.

Alg. Pues qué modo es ese? Explícate mas claro para que pueda entenderte.

Bert. Ninguno: quisiera solo no me oyera alguien, porque sé claramente que acabarian conmigo. — *Alg.* Nadie hay mas que yo, y así habla con toda seguridad.

Bert. Te suplico y ruego que no me seas despues traidor.

Alg. No presumas de mí tal cosa, bien puedes hablar con toda seguridad, que te guardaré secreto, y te seré fiel seguramente.

Bert. Yo en fin me fio de tí, pues en el modo de tu trato racional se conoce eres hombre de bien, y así espero y tengo confianza que no faltarás á tu palabra.

Alg. Ea pues, empieza á contarme todo el caso, que yo te escucharé atentamente.

Bert. Has de saber que yo me hallaba con abundancia de bienes, á que se juntaba el lustre de un honroso nacimiento, dotes ambos con que quiso adornarme el cielo; pero como todo no puede ser cabal en el mundo, he tenido la desgracia de nacer muy al contrario de la regular figura de todos los demás hombres, pues soy tan sumamente disforme y monstruoso de cuerpo, que no se hallará segundo en el mundo. Con el motivo de ausencia dejé mis poderes á un caballero de mi patria para que cuidase de mi hacienda. Este caballero tiene una hija muy bonita, y llevado de mis muchas riquezas ha determinado, aunque yo soy tan feo como te digo, que me case con su hija. Muchas veces me ha rogado, y varios sugetos me han instado sobre el asunto, procurando reducirme á que consienta en ello. Mas considerando yo que todas estas diligencias no se practican por el amor que me tenga la novia, y como tampoco me pueda persuadir la haya llevado la pasion de mi figura porque discurro la ciega solamente el interés de mi hacienda, me he resistido sin dar oidos á pretension semejante, y pien-

so que antes quisiera verme ahorcado que casado con ella."

Alg. Luego tú eres tan rico?

Bert. Sí por cierto. Tanto en bienes raices, como en muebles, me ha dado mucho el cielo. — *Alg*. Y cuánto tendrás de renta?

Bert. Un año con otro hago cuenta tendré seis mil escudos de renta, antes mas que menos, y limpios de polvo y paja!

Alg. Ciruelas! Muchos marqueses hay que no tienen tanta renta. Y díme, ese caballero que dices es muy rico? — *Bert*. Está bastantemente acomodado, pero á correspondencia de mi caudal es pobre. — *Alg*. No obstante, cuánto tendrá de renta?

Bert. Tiene muy cerca de mil escudos.

Alg. No es tan pobre como dices. Y díme, es además de eso bien nacido?

Bert. Eso sí, es caballero muy conocido.

Alg. Y no te quiere dar algo en dote?

Bert. Sí por cierto. Espera, que te lo he de contar todo, supuesto que deseas saberlo; pero te aseguro que no puedo hablar dentro de este saco si no le desatas la boca un tanto cuanto para que yo pueda sacar la cabeza fuera, y referírtelo sin tanto trabajo. Desata, que despues tú le volverás á cerrar en habiendo oido mi historia, que es bien peregrina.

Alg. Con mucho gusto lo haré. Ea pues, ya estás desatado, habla ahora á tu gusto; pero qué cara tan fea tienes! Solo con ella puedes espantar una corrida de toros; y si lo demás del cuerpo corresponde á tu maldita fisonomía, serás sin duda un animal muy horrendo.

Bert. Sácame del todo fuera del saco, y verás que bien plantado soy.

Alg. Yo lo haré; pero es menester que te vuelvas á meter dentro luego que hayas acabado.

Bert. Quedamos de acuerdo en lo que me dices, y no te receles nada, pues soy caballero, y basta.



ALEGORÍA CUARTA.

El cortesano no debe parecer en la corte ni muy profano ni muy pobre, ni muy poderoso ni muy humilde, ni sabio ni ignorante, por no exponerse á la envidia ni al desprecio. Quien no sabe guardar un secreto no es apto para ningun negocio; siendo esto lo mas recomendable, y la mayor fragilidad en las mugeres. El artificio solo no resiste á la fuerza; y sí únicamente sirve para salvar á otros de la ira de los poderosos.

EL ALGUACIL SACA Á BERTOLDO fuera del costal.

Alg. Vamos, sal afuera.

Bert. Aquí me tienes: qué te parece esta prosopopeya?

Alg. Es cierto que eres un bello caballero. Ay Dios mio! No he visto en mi vida mas horrorosa figura de bestia! Díme, te habia visto la novia por ventura?

Bert. Nunca me ha visto, y para que ella no me conozca me han encerrado en este saco, y quieren traerla aquí á este cuarto pa-

ra que yo me despose sin luz; y despues de hecho esto me desatarán, me haré presente á su vista, y será forzoso entonces que ella se contente por fuerza, porque así está dispuesto; y á mí me darán luego de órden de la Reyna dos mil doblones de oro que me tiene ofrecidos.

Alg. Cierto que es una buena ventura. Ay, y qué niño tan hermoso y bello! O qué hacienda tan mal empleada! Cuántos pobres hombres y mugeres de bien se contentarian con la tercera parte! Miren á este salvage, monstruo infernal, que por tener hacienda y ser caballero, tiene á mucha fortuna emparentar con él una de las primeras casas y mas distinguidas familias. Por esto dice bien aquel refran: el interés obliga á estar al tiñoso asomado al balcon. Que á mí que soy pobre, y no monstruoso como este pollino, no me venga tal fortuna! Pero maldita sea la hacienda que sirve para guerra de los hombres.

Bert. Si tú fueras hombre de bien, esta noche yo te hiciera hombre muy rico.

Alg. De qué suerte?

Bert. Mira, yo estoy resuelto á no casarme con ella aunque mas fuerza me hagan, porque sabiendo yo que es tan hermosa como el sol, y adornada de todas las habilidades

y gracias, y por eso envidiada de muchos, estoy cavilando y sospechando que no será para mí solo. Además de esto, en viéndome ella tan feo y contrahecho, temo no la tiente el diablo, y me dé algun bocadito sabroso, compuesto con el nombre del gran turco solimán, y en pocas horas me haga dar un brinco al otro mundo. Y así si tú en lugar mio quieres entrar en este saco, yo te haré dueño de una fortuna tan grande, y mucho mas dichosa que la que en tu vida podias esperar.

Alg. Cáscaras! Para el pícaro que hiciera tal locura! Ponerme yo á que despues que me desatáran, y vieran que no eras tú, me hicieran contrapesar un nudo por el pescuezo, y dar el salto mortal! Eso no.

Bert. No receles de nada, porque luego que estés desposado, y conozcan que no hay remedio, tendrán paciencia aunque lo sientan. Fuera de que tú eres buen mozo y agraciado, y acaso se alegrarán, haciéndose cargo de mi grande fealdad. Una vez hecho, ya no lo podrán deshacer, con esto te entregarán los dos mil doblones de oro, entrarás en posesion de toda mi hacienda y de la suya, porque su padre es muy viejo, y ya poco tiempo puede vivir, segun la edad en que se halla; y así en adelante podrás vivir con hon-

cuando se le viene rodada á la mano, suele suceder despues, que cuando la busca, la encuentra en el rio; y pues ya que el cielo quiere concederte esta dicha, por qué tú la desprecias? Yo sé muy bien, que si tú conocieras mi sinceridad, no pondrias tantas dificultades. En fin, hermano mio, haz lo que te pareciere, que yo no quiero cansarme mas en persuadirte tu bien. Ya me entro yo en el saco, ven á cerrar, que te aseguro no te he de decir mas por todo el oro del mundo, pues no quiero ser porfiado, que eso fuera ya necedad.

Alg. Aguárdate un poquito, que bastante tiempo hay para entrar dentro del saco.

Bert. Quien tiene tiempo no espere tiempo. Ya considero que desprecias tu fortuna, y asi no quiero fatigar mas mi cabeza: bien loco es aquel que quiere hacer bien á otros con perjuicio de sí mismo.

EL ALGUACIL SE DETERMINA á entrar en el saco.

Alg. No puedo dudar que tus persuasiones nacen únicamente del grande amor que me tienes, tambien veo lo mucho que te has inquietado por mí, y asi no quiero abusar

de un bien como el que me ofreces. Ya me tienes convencido, y estoy resuelto á entrar en el saco, y hacer todo lo que me has dicho sin faltar á la mas mínima cosa; pues despues de desposado, forzoso será que quede señor y dueño de todo, y que tengan todos paciencia, y con lo hecho se conformen.

Bert. Ea, ven, cierra este saco, que ya quiero entrarme dentro.

Alg. Aguárdate un poco mas, no entres tan presto, pues ya estoy resuelto á entrar.

Bert. No quiero hablar mas sobre eso, ven acá y atarás la boca del saco.

Alg. Detente, amigo, no me quites una dicha tan grande como la que espero. Suplícote no me quites mi fortuna.

Bert. Ea pues, no quiero dejar de hacerte esta gracia, aunque es verdad que no poco me has hecho enfadar con tu timidez. Entra en el saco, y no hables mas, solo te advierto que tengas cuidado, y esperes lo que te ha de venir. Por la mañana conocerás la obra tan buena que yo he hecho por tí.

Alg. Si yo no hubiera formado concepto de que eras hombre de bien, no me hubiera reducido á encerrarme dentro de este saco.

Bert. Ya te he dicho que no tienes que desconfiar ni sospechar, mete bien dentro ese

otro brazo, baja un poco la cabeza, porque eres mas alto que yo, y no podré atar bien la boca del saco si no te encoges, me entiendes?

Alg. Ay, que me desnuco, y el pescuezo se me tuerce! Aguarda un poco, ata ahora como quisieres, que yo juzgo no estaré aquí mucho tiempo, porque no tardará en llegar el lance de mi fortuna, segun lo que me has referido.

Bert. Dentro de dos ó tres horas, á lo mas, discurro estarás ya despachado. Ea pues, ya estás atado, estate quieto, y no hables palabra alguna, no sea que te conozcan y se eche todo á perder.

Alg. Yo prometo no hablar mas; pero arrímame á la pared, porque me cansaré de estar en pie tanto tiempo.

Bert. Válgate Barrabás, y lo que pesas: ya estás arrimado:::: Estás bien?

Alg. Muy bien.

Bert. Pues estate en un profundo silencio, que eso es lo que importa, hasta que el lance se logre.

Alg. Yo no hablaré; pero tú tambien estate quieto hasta que llegue la novia.



ALEGORÍA QUINTA.

Cuando el sabio se halla en medio de los peligros, ó casualmente los encuentra, con destreza huye de ellos. En las cortes es antigua costumbre salvarse á sí mismo con ruina y precipicio del prógimo. El interés y el amor profano corrompen la prudencia de los hombres, y los exponen á gravísimos riesgos.

ESCAPASE BERTOLDO DEJANDO en el saco al pobre alguacil.

Despues que Bertoldo puso al alguacil dentro del saco, dejándole bien asegurado, determinó escaparse, y no esperar la tempestad que le estaba amenazando. Discurrió salir por la mañana temprano, pero siendo preciso pasar por los cuartos de la Reyna, recelaba ser descubierto; mas no obstante se determinó, acechando antes muchas veces, inclinando el oido á la cerradura de la puerta, por si acaso oia algun ruido, y no oyendo á nadie por todas aquellas salas (porque estaban en el mas profundo sueño) abrió con tiento la puerta del cuarto en donde dormia la Reyna; y acercándose á la cama con gran si-

lencio, observó que estaba dormida, y aquí imaginó pegarla otro nuevo chasco; y de hecho lo ejecutó, pues tomando sus vestidos, se los puso, y así disfrazado de muger pasó por todos los otros cuartos en donde dormian las damas, y cogiendo todas las llaves que estaban colgadas cerca de la cama de la portera, abrió las demás puertas con gran diligencia, y bien presto se vió fuera del recinto de palacio. Acaeció que habia nevado aquella noche; y temiendo ser descubierto por las pisadas, quitóse los zapatos, y se los puso al revés, de suerte que las pisadas denotaban ser de alguno que habia venido á palacio, y no de quien hubiese salido. En ninguna parte le parecia estaba seguro, hasta que al fin halló detrás de la muralla de la ciudad un horno, en el que metiéndose dentro se aseguró del temor que le tenia asustado.

NO HALLANDO LA REYNA sus vestidos, culpa al alguacil de que los habia hurtado, y creyendo hablar con Bertoldo, habla con el alguacil metido en el saco.

Por la mañana entraron las damas á vestir á la Reyna, y no hallando los vestidos que habian dejado allí la noche antes, se queda-

ron admiradas y confusas, y no pudiendo encontrarlos mandó la Reyna la trajesen otros. Levantóse tan súmamente enfadada, que inmediatamente se fué adonde habia dejado á Bertoldo en el saco, y no viendo el centinela que habia puesto para segura custodia, pensó entre sí que el guardia habia sido el ladron de los vestidos. Tan furiosa se puso, que aseguró que si le cogia, ó podia haberle á las manos, habia de mandarlo ahorcar al momento. Mas no obstante el enfado, se arrimó al saco, y le dijo, y bien (pensando hablar con Bertoldo) estás ahora de tan buen humor como el que siempre has gastado?

Alg. Señora, yo estoy dispuesto ya para desposarme con ella cuanto antes pueda ser.

Reyn. Pues qué es lo que quieres cuanto antes? alguna purga?

Alg. La habeis ya dispuesto?

Reyn. No, pero haremos que luego al punto se disponga.

Alg. Cuanto mas antes sea, lo estimaré mucho, porque deseo despachar con ello.

Reyn. No pasará mucho tiempo sin que quedes consolado.

Alg. Mucha es la ansia que tengo de alcanzar esta dicha, y así haz que despachen y vengan luego sin dilacion. — *Reyn.* Digo

que dentro de un poco te llevarán donde ella está, y con eso estarás contento y gustoso.

Alg. Pues si el concierto ha sido de que ella venga á este cuarto, y que aquí nos hemos de desposar en secreto, y cobrar yo los dos mil doblones, cómo es eso de ir yo donde ella está? Procura que la traigan aquí sin tardanza, que yo estoy pronto á cumplir lo contratado. — *Reyn.* Qué desatinos está hablando aquí este bestia? Qué dice de la esposa, y de doblones? Sacadle la cabeza del saco que quiero verle la cara.

EL ALGUACIL SALE FUERA del saco en lugur de Bertoldo; y la Reyna confusa le dice.

Reyn. Hombre, quién te ha puesto en este saco?

Alg. Aquel que habia de ser novio me puso, quien no queriendo por esposa aquella que tú le querias dar, ha renunciado en mí esta fortuna; y así desde luego puedes mandar que la conduzcan aquí juntamente con los doblones que tú en dote le ofreciste, que yo estoy pronto para todo cuánto con él estaba tratado.

Reyn. Qué esposa ni qué doblones? Ha-

bla mas claro, para que pueda entenderte.

Alg. La esposa y los doblones que tú querias dar á aquel rústico es lo que espero.

Reyn. ¡Ay! ay! ya veo que aquel astuto le ha engañado.

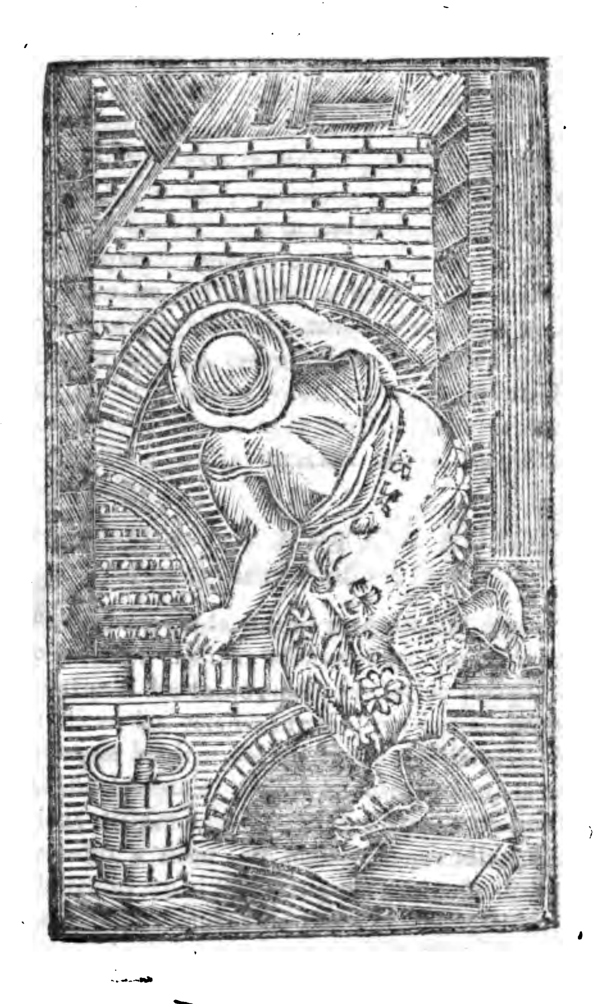
Alg. Digo que me aseguró cuanto he dicho, y para que hiciera sus veces me hizo entrar en este saco; y si se ha escapado, ha sido para que no le obliguen á casar con violencia. Y así vamos al instante á celebrar el desposorio, pues yo estoy pronto á hacer gustoso lo que él haria obligado.

QUEDA EL POBRE ALGUACIL muy apaleado, vuélvenle á poner dentro del saco, y le manda la Reyna echar en el rio.

Reyn. Espera un poco, que luego haré traer el dinero, pues es muy justo que yo cumpla el contrato, y que sea á tu costa muy cumplido.

Alg. Ya estoy pronto, y aseguro que cada hora se me hace un siglo para contar el dinero; pero te advierto, que los doblones han de ser para recibirlos de peso.

Reyn. Primero los contarás, y si no fueren de peso yo te los haré cambiar, y mientras tanto empieza á contar. Habiendo dicho esto,



ALEGORÍA SEXTA.

Cuando está en nuestro arbitrio poder escapar de un daño, es loco aquel que se le apropia contra sí mismo. No obstante, nuestro libre albedrio voluntariamente escoge entre todas nuestras pasiones la que despues sirve mas de tormento y de un continuo martirio á nuestra alma. Aquel que muere inocentemente, muere muy glorioso; por eso el hombre cristiano y prudente debe dispornerse de antemano para cuando llegue este caso. El sabio debe hacerse útil para el público, aun despues de muerto, dejando su buen egemplo y una buena doctrina que imitar.

BERTOLDO ES DESCUBIERTO en el horno, habiéndole visto por casualidad una vieja: divulgóse por toda la ciudad que la Reyna estaba en el horno.

Estando pues Bertoldo metido en el horno, oía á los que pasaban en su busca preguntar si le habian visto, y cada clamor de estos era una saeta que le atravesaba el cora-

zon; y de hecho, nunca tuvo tanto miedo á la muerte como en este lance, hallándose súmamente arrepentido de lo que habia ejecutado, y mucho mas de haberse familiarizado en palacio abandonando la libertad de su aldea. En medio de tanta confusion y penas que le cercaban, no se atrevia á salir fuera del horno por no ser descubierto, temiendo que le prendieran y castigáran, sabiendo ya por la experiencia la mala voluntad y grande horror que la Reyna le tenia; y mucho mas precediendo la burla del alguacil y el hurto de los vestidos; y así temblaba, y con razon, no le mandase ahorcar al punto. Sucedió pues que como los vestidos le venian largos, no habiéndolos recogido bien dentro del horno, se quedó fuera un pedazo de la bata. Quiso su poca fortuna que pasó una vieja, é inclinando la vista ácia la boca del horno, vió las faldas, y conociendo los ribetes y guarniciones de la basquiña y la bata, discurrió que aquellos vestidos eran de la Reyna, y certificándose mas, empezó á publicar que la Reyna estaba escondida en el horno. Fué á su casa, y lo contó á una vecina suya, asegurándola que la Reyna estaba metida en un horno. Volvió la vecina con ella para desengañarse mejor, y viendo y co-

nociendo los vestidos, tuvo mas fundamento para decírselo á una amiga suya. Fué pasando la voz de una en otra de tal suerte, que la mañana siguiente ya se hablaba públicamente por todas partes que la Reyna estaba escondida dentro de un horno detrás de las murallas de la ciudad.

DUDA EL REY SI BERTOLDO habia conducido á la Reyna á aquel horno, y vá en persona para desengañarse del caso.

Oyendo el Rey semejante novedad, creyó que Bertoldo fuese el autor de una burla tan pesada como era la de llevar á la Reyna á un lugar tan indecente; y como le tenia tan conocido, sabia muy bien que era capaz para cometer semejante exceso, y mucho mas, especialmente habiéndola jugado las estratagemas pasadas. Fué luego al cuarto de la Reyna, y la encontró tan furiosa y colérica, que parecia una arpía. Refirióle la burla de los vestidos, y ponderó el atrevimiento, audacia y poco respeto. Entonces el Rey hizo que le enseñáran el horno, y asomándose vió á Bertoldo que estaba vestido con las ropas de la Reyna. Hízole sacar fuera, y le juró, que

solo con la muerte habia de pagar semejante atrevimiento y desvergüenza. Quitáronle los vestidos, y se quedó con sus trapos tan súmamente fatal, que ademas de ser tan feo de nacimiento, como se llenó la cara del negro tizne del horno, parecia un verdadero retrato y figura del demonio.

SACAN Á BERTOLDO arrastrando fuera del horno, y el Rey muy encolerizado le dice.

Rey. Villano, infame, no obstante tus astucias ya te he cogido; y te aseguro que esta vez no te escaparás aunque te vuelvas demonio. — *Bert.* Aquel que no está no entra, y el que está no se arrepienta.

Rey. Quien hace lo que no debe, le sucede lo que él no crée.

Bert. El que no vá no cae, y aquel que cae no se levanta limpio. — *Rey.* El que se rie el viernes llora el domingo.

Bert. Desahorca al ahorcado, que él te ahorcará despues á tí. — *Rey.* Entre la carne y la mentira ninguno iguala.

Bert. Quien es defectuoso es sospechoso.

Rey. La lengua está sin uso, y rompe el seso.

Bert. La verdad ha de quedar encima.

Rey. Tambien la verdad se calla algunas veces. — *Bert.* No se debe hacer aquello que no se quiere se diga de uno.

Rey. Quien se viste de lo ageno, en breve le desnudan. *Bert.* Mejor es dar la lana, que la oveja.

Rey. Pecado viejo, penitencia nueva.

Bert. Quien mea claro mata al médico.

Rey. El jugar de manos, hasta á los piojos disgusta.

Bert. Y menear los pies tambien disgusta á los que echan de una horca abajo.

Rey. Dentro de un poco tú serás uno de ellos. — *Bert.* Antes ciego que adivino.

Rey. Dejemos aparte estas disputas, y ya lo verás. Ola, ministros, llevad á este hombre, y luego luego colgadle de un árbol; y lo que os encargo es, que no atendais á sus palabras ni súplicas, porque es un villano, infame, desvergonzado y atrevido; tan sagaz y astuto, que es imposible no tenga el diablo en el cuerpo. Vamos presto, conducidle sin detencion, y egecutad con brevedad lo mandado. — *Bert.* Señor, mirad que las cosas hechas de priesa nunca salen bien.

Rey. Muy grave es el ultrage que has hecho á la Reyna.

Bert. Quien tiene menos razon grita mas alto; pero á lo menos te pido que me dejes dar mis escusas, y alegar mis razones.

Rey. Á las tres vá la vencida, y tú has cometido mas de cuatro, y todas han sido con grave ultrage de la Magestad Real, y así no quiero escucharte.

Bert. Por haber dicho la verdad, he de padecer la muerte? Ah, señor! no seas tan cruel contra mí, mira que de corazon te suplico me atiendas.

Rey. Tú sabes bien lo que dice aquel refran: oir, ver y callar quien del mundo ha de gozar. Y quien quiere bien al amo, ha de venerar al ama. Ya te digo que no he de escucharte, porque se ha de egecutar sin remision el castigo que mereces; y así llevadle, y cumplid mi órden al punto.

EXCLAMACIONES DE BERTOLDO por la sentencia del Rey que contra él pronunció.

Qué he de hacer? Paciencia! Pues ya no hay remedio, preciso es morir para obedecer. Qué bien dice aquel proverbio: ó sirve como siervo, ó corre como ciervo. Y el otro que dice: los ciervos con astas no se sacan unos á otros los ojos; y nuestros parientes

nos ven llevar á la horca, pero ellos no se ahorcan. Con todo eso, no es todo oro lo que reluce, y el que no egecuta no yerra. Palabra dicha y piedra tirada, no puede volver atrás una carrera de caballo. Tengo la boca de risa, y en el interior la rabia, pues por lo que veo, es mejor una onza de libertad, que diez libras de oro; y por esto se dice: que un lobo á otro no se muerden. Y lo mismo se cuenta del cuervo, que por cantar perdió el queso, como á mí me sucedió; pues por haberme burlado, me veo ahora con el lazo al cuello, de que no me librarán las álas de Dédalo, pues el Rey ha dado ya la sentencia; y su palabra como de Rey, es preciso que se cumpla. Pero tambien se dice, que quien puede hacer puede deshacer.

ULTIMA ASTUCIA DE BERTOLDO para librarse de la muerte.

Bert. Ea pues, Bertoldo, en este lance es preciso tener ánimo, y mostrar generosidad y obediencia resignada en un paso en que nada puede valer sino la conformidad. Y pues ya no hay redencion, aquí, Rey y Señor mio, estoy pronto para que se egecute en mí todo cuanto has ordenado. Pero, Señor, antes que

yo muera te pido me concedas una gracia, que por ser la última, espero de tu piedad recibirla.

Rey. Dí, que estoy pronto para concederte lo que me pidas; y así despacha, que ya que mueras no quiero ser tan cruel que me niegue á lo que por último me suplicas.

Bert. Pues lo que te ruego es, que mandes á tus ministros no me ahorquen mientras yo no halle y señale un árbol que sea de mi gusto donde se haga el castigo; pues siendo así, yo moriré muy contento y gustoso.

Rey. Si mas no pides, desde luego te concedo esta gracia. Ea, llevadle, y no le ahorqueis sino del árbol que él señalare. Así lo mando, y así lo habeis de cumplir, quieres mas? — *Bert.* No pido mas, y por el favor que me haces te doy las debidas gracias.

Rey. Ten paciencia, que es forzoso hacer justicia.

BERTOLDO NO HALLA ÁRBOL que sea de su gusto, y enfadados los que le conducian le dejan en libertad.

El Rey no entendió la metáfora de Bertoldo, y conduciéndole los ministros á un bosque muy frondoso y poblado de varios árbo-

les, viendo que no habia árbol alguno que le gustase, le llevaron despues á otro cercano. Preguntáronle, si habia allí alguno que le agradase? No por cierto, respondió. Pues cuál ha de ser? De todos estos ninguno, volvió á replicar. Le llevaron á otros muchos, y nunca pudieron hallar alguno que fuese de su gusto. Enfadados los ministros de viage tan dilatado, fatigados y cansados, y conociendo su astucia y gran picardía, le desataron y pusiéron en libertad; y volviendo á dar cuenta al Rey de cuanto habia sucedido, se quedó absorto y maravillado de tal ingenio y agudeza, admirando que cupiese en un hombre de su clase tan sutil entendimiento.

MANDA EL REY BUSCAR á Bertoldo, y habiéndole encontrado, no quiere venir á ver al Rey. Vá éste en persona donde estaba, y con promesas y ruegos le hace volver á palacio.

Despues que al Rey se le pasó el enfado mandó nuevamente buscar á Bertoldo, y hallado que fuese, viniese á palacio al punto, diciéndole ya estaba perdonado de todo: este fué el recado del Rey. Pero él respondió, que le dijeran que berzas recalentadas y amor

de segunda vez, nunca se tuvieron por buenos, y que no habia tesoro que pagase la libertad. Viendo el Rey que era imposible reducirle á que volviese, fué en persona á buscarle, y despues de muchas súplicas, al fin (aunque contra su voluntad) le trajo á palacio. Mandó se le pusiese en uno de los cuartos mas inmediatos al de la persona de la Reyna, facilitando antes de esto le perdonára. Hízose muy confidente, de suerte que todos le cortejaban como á privado, y lo que se vió fué, que por su consejo mientras estuvo en palacio todas las cosas caminaban con rectitud. Pero como nada en este mundo es perpetuo, por entregarse á la variedad de manjares regalados y licores exquisitos, y estar él acostumbrado solo á comer yerbas gruesas, frutas y manjares silvestres, le acometió una enfermedad tan grave, que en pocos dias fué causa de su muerte, con suma tristeza de Rey y Reyna, los cuales despues por mucho tiempo no podian olvidarle, echando menos sus chistes, su agudeza y buen consejo.

MUERTE DE BERTOLDO.

Los médicos no conociendo su complexîon, le aplicaban remedios propios solo á los ca-

balleros y señores palaciegos; pero como él sabia mejor su naturaleza que los que le asistian, muchas veces les rogó dejasen semejantes medicinas, y le trajesen una buena hortera de judías cocidas ó guisadas, con sus ajos y cebollas, ú otros alimentos silvestres, pues sabia que con tales manjares en dos dias se pondria bueno del todo. Mas los médicos nunca quisieron darle este gusto, y con este deseo acabó su vida Bertoldo, hombre á quien todos comparaban y llamaban segundo Esópo, y el oráculo del reyno. Lloráronle generalmente todos los cortesanos, y el Rey le hizo enterrar con grande honor, fausto y pompa. Los médicos que le asistieron se arrepintieron de no haber condescendido con cuanto él pidió, y conocieron que habia muerto por no haberle saciado su apetito. El Rey á perpetua memoria de tan grande hombre hizo esculpir sobre la losa de su sepulcro con letras de oro los siguientes versos en forma de epitafio, é hizo vestir toda la corte de luto, como si uno de la casa real hubiera muerto.

EPITAFIO DE BERTOLDO.

Aquí yace en aquesta tumba obscura
Un rústico villano y un portento,
Que teniendo de bruto la figura,

Tuvo el alma con noble entendimiento.
Fué Bertoldo *su nombre, y aseguró*
En la gracia del Rey su valimiento;
Pero esta pompa le acortó los dias,
Pues le privó de nabos y judías.

DICHOS SENTENCIOSOS que Bertoldo escribió antes de su muerte.

Quien está acostumbrado á comer nabos no coma pasteles.

Quien está hecho á la hazada no tome lanza.

El que es campesino no vaya á la corte.

El que vence su apetito, es gran capitan.

El que no come de todo, no es buena mona.

Del que mira al sol y no estornuda, guárdate de él.

Aquel que todos los dias se viste de nuevo, á cada hora tiene quimeras con el sastre.

Quien deja sus negocios por hacer los de otros, no tiene juicio.

Quien quiere saludar á todos, presto rompe su sombrero.

El que castiga á su muger, dá que murmurar á los vecinos.

Quien gasta segun su hacienda, nunca será mendigo.

Quien rasca la sarna de otros, refresca la suya.

El que promete en el campo, debe cumplir la palabra en poblado.

Quien tiene miedo á los pájaros, no siembre alpiste.

Aquel que imita al rico estará seguro en casa.

Quien vá de viage, lleve el palo en la mano, y el pan en el seno.

El que crée en sueños, funda su pensamiento en la niebla.

Quien funda su esperanza en la tierra, se aleja del cielo.

El que fuese celoso de sus manos, no vaya al tinte.

Aquel que te aconseja, pudiendo ayudarte, no es buen amigo.

Cuando se castiga la perra, señal que el perro está léjos.

Quien imita á la hormiga en el verano, no tendrá que pedir pan prestado en el invierno.

Quien tira la piedra al cielo, en la cabeza le cae.

Quien vá á un festin y no sabe bailar, no sirve de nada y ocupa un lugar.

El marido que se casa con su muger por la hacienda, traerá la bolsa del dinero y no la muger.

Quien dé el mando de la casa á la muger, hallará siempre alfileres á la puerta.

Quien no puede con su pellejo, es una infeliz oveja.

Quien goza la hacienda mal ganada, á la hora de su muerte verá sus partidas.

Aquel que alaba á otro sin conocerle, muchas veces miente.

Quien dá pan á perros de otros, los suyos le ladrarán.

Quien no paga el sudor del pobre, no dá señales de hombre justo.

Quien come á gusto de otros, no come jamás cosa que le haga buen provecho.

El que oculta su saber, suele ser mas erudito.

Quien quiere corregir á otros, dé buen egemplo de sí mismo.

Quien huye de las delicias de la tierra, solo gusta de los regalos del cielo.

Aquel que no tiene amigos, es como cuerpo sin alma.

Quien adelanta la lengua al pensamiento, no es hombre de juicio.

Quien al salir de casa piensa en lo que ha de hacer, cuando vuelve ya tiene acabada su obra.

Quien dá luego lo que promete, dá dos veces.

Quien peca, y hace pecar á otros, de una vez le verás dos penitencias.

El que para sí mismo no es bueno, menos lo será para otros.

Quien quisiere seguir la virtud, destierre primero el vicio.

Quien desea aquello que no espera tener, á sí propio se niega la gracia.

Quien tiene buen vino en casa, tiene la bota á la puerta.

Quien elije armas, quiere reñir con ventaja.

El que navega en el mar de la sensualidad, se desembarca en el puerto de las miserias.

Quien se melancoliza del bien de otro, otros se rien de su mal.

Quien tiene la virtud por gracia, vá seguro en su viage.

TESTAMENTO DE BERTOLDO, que se halló debajo de las almohadas de su cama despues de su muerte.

Todas estas sentencias las hizo el Rey imprimir con letras de oro, y las hizo poner sobre la puerta principal de palacio, á fin de que todos pudiesen verlas y leerlas. Era imponderable el desconsuelo de Rey y Reyna, experimentando la pérdida de un hombre tan capáz, agu-

do y, universal. Sucedió pues que aquellas personas que asistian á Bertoldo, al ir á quitar la cama donde murió, hallaron debajo de las almohadas un envoltorio de trapos. Moviólès la curiosidad á desatarlo, y despues de mucha trapajería hallaron unos papeles escritos, los que sin dilacion se los presentaron al Rey, quien despues de desdoblar una infinidad de ellos, al último encontró el testamento que Bertoldo habia hecho muchos dias antes de morir; y no habiéndolo comunicado á nadie, es de creer fuese porque no se supiese su generacion, ni donde habia nacido, pues de un hombre tan extravagante todo se puede creer. Mandó el Rey que llamáran luego á un notario para que le leyese en su presencia. Llamaron al mismo que le habia hecho, y vino al punto, y haciendo la debida reverencia, le dice al Rey:

Not. Aquí me tiene V. M. para obedecer sus mandatos con la mayor veneracion.

Rey. Dime, has hecho tú el testamento de Bertoldo? — *Not.* Sí señor, yo le he hecho.

Rey. Y cuánto tiempo há que le habeis hecho? — *Not.* Habrá tres meses á lo mas.

Rey. Pues aquí está, tomadle, y leedlo, que esta letra notaresca, y cifras extravagantes que vosotros acostumbrais hacer en los instrumentos, yo no las puedo entender.

Not. Pues, señor, no sé cómo no le entendeis, porque yo no uso aquellas frases de que se suelen valer otros de mi profesion sin entender lo que en ellas quieren decir; porque como solo sirvo para las contiendas y diferencias de estos pobres rústicos y aldeanos, yo me entiendo, y ellos con mis términos me entienden tambien.

Rey. Decidme, cómo es vuestro nombre?

Not. Yo me llamo Cerfollo de los villanos.

Rey. Cierto que teneis buen nombre y tambien el apellido os corresponde, pero á mi parecer os estaria mejor el nombre de embrollo, porque los de vuestro oficio embrollan el mundo entero. Leed pues, señor Cerfollo, alto y claro, para que yo te pueda entender lo que dice el testamento.

EL SEÑOR CERFOLLO LEE en público el testamento.

En el nombre del buen comenzamiento, y á la buena ventura, salga lo que saliere; y pues deseo sea con el mayor acierto y gozo de mis herederos, y para el mayor descargo de mi conciencia, digo: Que viendo y conociendo ser yo Bertoldo, hijo de Bertolazo, hijo que fue de Bertuzo de Bertin y de Bartolina de Bretaña;

conociendo que todos somos mortales, y que somos semejantes á las vegigas hinchadas, á quienes á la mas pequeña punzada se escapa el aire; estando ya en los setenta años de edad, como á cosa de las once y media, estando para dar las doce, quiero disponer mis cosas en la mejor forma posible, haciendo un poco de testamento para satisfacer á mis parientes y amigos, á los que yo declaro serles muy agradecido. Y así ruego al señor notario Cerfollo sea servido hacer este mi testamento y mi última voluntad, el cual es como sigue:

Al maestro Bartola, zapatero de viejo, le dejo mis zapatos gordos de cuatro suelas, y ocho cuartos de moneda corriente, en memoria de haber tenido siempre conmigo una buena correspondencia, y haberme hecho la fineza algunas veces de prestarme la lesna para agugerear los tacones y coserlos, con algunos cabos, y otros infinitos gustos correspondientes á mis urgencias.

Item, al maestro Ambrosio, barrendero de palacio, le mando diez cuartos por haberme llevado muchas veces el braguero á componer, y otros infinitos recados.

Item, á Barba de Sauco, el hortelano, le dejo mi sombrero de paja, por haberme regalado tal cual vez por la mañana con algun ma-

nojo de puerros, comida muy de mi gusto, mas que los regalos de palacio.

Item, al maestro Alegría, cordelero, le mando mi correa larga y mi hortera, por habérmela llenado de berzas y nabos cada vez que yo tenia necesidad, y otros muchos favores.

Item, al maestro Martin, el cocinero, le mando mi cuchillo con su baina, por haber usado de atencion conmigo de haberme asado en el rescoldo muchos nabos, comida de todo mi gusto, y haberme compuesto algunos potages de judías, con sus cebollas; comida correspondiente á mi complexîon mucho mas que si fueran faisanes, tórtolas y perdices.

Item, á la tia Pandura la lavandera la mando mi jergon, sobre el cual yo duermo, con dos sillas rotas, y tres varas de estopa, para que se haga dos delantales; y esto es en pago de haberme lavado muchas veces la camisa, y limpiádome la cátedra necesaria.

Item, dejo mandado al muchacho de palacio, que se llama Fiqueto, veinte y cinco zurriagazos, y que sea con un buen látigo, en pena de la burla que ha hecho de mí muchas veces, ya por haberme agugereado el orinal, por cuya causa he puesto las sábanas hechas un rio de agua, y ya tambien por haber colgado un cencerro por debajo de la cama con ánimo de

asustarme, sin otras muchas burlas que omito por no gastar papel en referir picardigüelas propias de un muchaco insolente. Y así mando y deseo que sea egecutado cuanto mas antes este mi legado, para escarmiento de pícaros, taimados y redomados.

Rey. Prosiga adelante el señor Cerfollo, que á eso se dará el debido cumplimiento.

Not. Item, digo: que cuando yo vine aquí, dejé á Marcolfa mi muger, con un hijo que se llamaba Bertoldino, que al presente tendrá como hasta diez años, y jamás quise avisarlos en dónde me hallaba, á fin de que no vinieran tras de mí, por no tener fisonomía para parecer delante de gentes, y especialmente en unos lugares como estos. Pero teniendo algunas alhajuelas de que disponer, doy poder á Marcolfa, mi cara muger, para que disponga de todas hasta que mi hijo tenga veinte y cinco años, pues entonces es mi voluntad que él sea dueño absoluto de todo, con condicion, de que si se casa, procure no sea con muger que sea mas que él.

Que no sea llano con los mayores.

Que no haga daño á sus vecinos.

Que coma cuando lo tenga, y que trabaje cuando pueda.

Que no tome consejos de gentes perdidas.

Que no se deje curar de médico enfermo.

Que no se deje sangrar de barbero que le tiemble el pulso.

Que pague á todos los que debiere.

Que sea vigilante en sus negocios.

Que no se inquiete por lo que no le vá ni le viene.

Que no se haga mercader de aquello que no entienda. Y sobre todo que se contente con su estado, y no desée mas de lo que le dé su suerte. Que considere que tan presto va el cordero como la oveja, pues la muerte nunca deja la guadaña de las manos para cortar igualmente la vida á los mozos como á los viejos. Y deseo que se le impresionen estos documentos en la memoria, que haciendo á menudo conmemoracion de ellos, no errará en cosa que le sea de daño para el cuerpo ni perjudicial para el alma, y tendrá un buen fin si los guarda bien.

Item, declaro no haber querido aceptar nunca nada de mi Rey, el cual no ha dejado de persuadirme que tomase de su mano sortijas, joyas, dinero, vestidos, caballos, y otros ricos presentes, por considerar que tal vez con semejantes riquezas no hubiera podido sosegar; y acaso haberme ensoberbecido, haber cometido mil infamias, y ser odiado de

todos, como suele suceder á infinitos, que siendo de una esfera ruin y de bajo nacimiento, pero que por su fortuna ascienden á grados eminentes, y sublimes, sin hacerse cargo de que con tanta dignidad no pueden salir del lodo en que fueron amasados, se pierden por su altivez y soberbia. Y así yo estoy contento con morir pobre, y con que sepan que jamás he usado de adulacion con mi Rey; antes bien siempre le he aconsejado fielmente en cualquiera ocasion que me ha llamado, hablándole claramente, sin que en mí reynase pasion particular, sino siempre en beneficio del público y mejor gobierno de sus estados. Y para dar á entender en este mi último fin el grande amor que le tengo, le dejo por escrito estos breves documentos, los que discurro no despreciará; antes bien confio los aceptará y observará, aunque salen de la boca de un villano, y son los siguientes:

Tener la balanza justa tanto para el pobre como para el rico.

Exâminar los procesos muy por menudo antes que llegue el fallo de la sentencia.

No dar audiencia nunca á uno que esté colérico.

Hacerse bien quisto de todos sus pueblos.

Premiar siempre á los hombres eruditos y de mérito.

Castigar á los verdaderos reos.

Desterrar á los perversos aduladores y las lenguas maldicientes, que son los incendiarios de los palacios y cortes.

No agraviar á sus súbditos.

Proteger las viudas, patrocinar los pueblos, y defender sus causas.

Hacer que se despachen los pleitos, pues por falta de esto proviene quedar en cueros los pobres litigantes; de suerte que el que consigue queda en camisa, y el que pierde el pleito sin ella.

Si todas estas insinuaciones las observáre vivirá quieto y contento, será grande Rey para todos, y Señor justo, amado y temido de sus vasallos. Y con esto concluyo mi testamento.

Habiéndole oido el Rey, y viendo los grandes documentos que le dejaba, sin poder contener sus ojos demostraba con su ternura el gran sentimiento que tenia por una pérdida tan grande, reflexîonando la gran prudencia, amor y fidelidad que le habia profesado durante su vida, y aun despues de su muerte. Mandó que diesen cincuenta ducados al señor Cerfollo, y le despachó contento.

Así como Alexandro Magno conservó entre sus mas queridas joyas las Iliadas de Homero, así hizo poner este Rey el testamento de Bertoldo entre las mas ricas y preciosas piedras que tenia. Mandó despues hacer diligencias para indagar dónde habitaba el hijo de Bertoldo, llamado Bertoldino, juntamente con su madre intitulada Marcolfa, y que fuesen conducidos á la ciudad, porque queria tenerles en su casa para memoria de Bertoldo. Envió á este fin algunos caballeros para que los buscasen por los bosques y montañas, advirtiéndoles antes de su partida, que no diesen vuelta á la corte si no venian con ellos. Con esta órden marcharon los caballeros, y tanto anduvieron buscando y registrando por todas aquellas sierras, que por fin los encontraron; mas lo que les sucedió se verá en el segundo tratado. Mientras tanto, amigo lector, á Dios.

FIN DEL TRATADO PRIMERO.

RIDÍCULAS SIMPLEZAS
DE BERTOLDINO,
HIJO DEL SUTÍL Y ASTUTO
BERTOLDO,
y las agudas respuestas de Marcolfa su madre.

TRATADO SEGUNDO.

INTRODUCCION.

Todo árbol, toda planta, y todo género de raíz produce su fruto segun su especie, y no se apartará un punto de todo cuanto ha dispuesto la naturaleza científica, maestra de todas las cosas. Solo la planta del hombre es la que se muda y se adúltera con el tiempo, no cumpliendo lo que su natural le ha ordenado, lo cual la experiencia nos lo enseña; pues varias veces se vé que de un padre de buena presencia nace un hijo contrahecho, monstruoso, feo y horroroso: otras veces de un hombre docto nace un ignorante y necio, incapaz de poderle limar los sentidos y potencias. Me preguntarán la causa de esto; y yo respondo, que este punto no es para que yo le dispute, y así hable por mí quien lo entienda, porque yo no soy escolástico ni erudito para poder decidir en semejantes materias: por lo que omitiendo el dar razon á tu duda, voy á mi asunto, que es referirte la vida de Bertoldino, hijo de nuestro Bertoldo, tan diferente en todo de su padre, cuanto hay de diferencia entre los quilates del oro, y la bajeza del plomo; pues como viste, Bertoldo era de grande urbanidad, y su madre Marcolfa de un entendimiento elevado. Pues á quién no admira que de dos plantas tan sublimes hubiese nacido un fruto tan simple como en adelante veremos? Muchas cosas se cuentan que se suelen tener por simplezas. Del

hijo de Migdome se dice que solia pasar todo un dia, á las orillas del mar, intentando contar á punto fijo el número de las hondas: de otro se escribe, que se levantaba antes de la aurora para observar y ver crecer una higuera que tenia en su jardin; pero de estas cosas no leerás en este reducido cuaderno, y sí solo la vida y hechos de un simple y bárbaro idiota; pero al mismo tiempo muy dichoso, habiéndole asistido siempre la fortuna muy propicia, porque ésta siempre es favorable á los tontos, segun nos lo explica Ariosto, diciendo: mala es la fortuna cuando á los tontos no ayuda; y nada mas comunmente se vé que mostrarse contraria á los hombres capaces y sabios, como claramente se experimenta todos los dias. Voy pues ya á referir, como tengo ofrecido, las simplicidades de un idiota, bárbaro y rústico, aunque gracioso. Mientras tanto, amigo lector, te ruego tengas paciencia: solo te pido lo leas con reflexîon, pues si desmenuzas cosa por cosa de cada una de estas que parecen tonterías y chufletas, ademas de la diversion del ánimo, yo te aseguro sacarás mucha utilidad y provecho. Dios sea contigo.



ALEGORÍA PRIMERA.

En las selvas y bosques igualmente nacen los hombres sabios como los fátuos; y así como á los primeros casi siempre les falta ocasiones de mostrar su ingenio y sus talentos, del mismo modo á los segundos no obstante de hallarse compuestos de la misma organizacion corpórea, por estar ésta poco proporcionada á recibir y conservar todo género de ideas racionales.

EL REY ALBUINO MANDA buscar al hijo y la muger de Bertoldo.

Despues de la muerte del gran Bertoldo, como se quedó el Rey privado de un hombre de tan raro entendimiento, de cuya boca no salian mas que sentencias, y que con su prudencia habia librado á su corte de muchos y muy extraños peligros, juzgó le era imposible poder vivir sin tener quien le aconsejase en sus dudas, como lo habia ejecutado Bertoldo. Acordábase de sus chistes y gracias, con los que olvidaba sus disgustos; y así andaba entre sí pensando inquirir si habia que-

dado alguno de su familia, contentándose con que fuese su pariente, aunque no le asistiesen todas las circunstancias que concurrian en Bertoldo, pues pensaba que á lo menos tendria una apariencia de su semejanza y de su genio para tenerle mas en la memoria. Estando pues con estas cavilaciones, acordóse que en el testamento habia hecho mencion Bertoldo de su muger y de su hijo Bertoldino, dejándole heredero universal de toda su hacienda; pero al mismo tiempo se acordó que no habia declarado en dónde ni en qué lugar habitaban. No obstante, estuvo conjeturando, y juzgó que sin duda semejantes gentes no serian habitadores de una ciudad, sino personas rústicas, criadas en alguna montaña, pues así lo daba á entender su lenguage y rústico trage. Por tanto determinó enviar algunas gentes por aquellas montañas y aldeas para que indagasen y viesen si les podian encontrar. Hecha la determinacion, llamó á uno de sus domésticos de palacio, el cual se llamaba Herminio, y le encargó esta diligencia, mandándole que no omitiese ni la mas leve, mirando, observando y preguntando por todo aquel pais, sin dejar villa ni aldea que no visitase hasta encontrar el hijo y la muger de Bertoldo; y hallados,

los condujese consigo con la afabilidad y cariño posible, para obligarlos mas de este modo á que viniesen con gusto, expresándoles el mucho amor que él habia tenido á su marido y su padre, y que en pago de buena correspondencia y de lo bien servido que se halló de él, era su voluntad que viniesen sin dilacion á gozar de su palacio y de las amenidades, cortejos y grandezas de su corte.

MARCHAN LOS CRIADOS del Rey para ejecutar sus órdenes.

Habiendo recibido Herminio la órden que le dió el Rey, no se detuvo un punto, y montando á caballo en compañía de los demas caballeros, iban preguntando por todos los lugares á cuantos encontraban, por si les podian dar razon de las gentes que buscaban; y no hallando á nadie que les diese la menor noticia, estaban casi desesperados, acordándose del precepto tan estrecho y riguroso que el Rey les habia impuesto de que no volviesen á su presencia si no los conducian consigo. Últimamente despues de muchos y malos ratos que se dieron, determinaron subir por una penosa cuesta á la cumbre de una montaña, la mas áspera que habia en toda la

cordillera. No era imaginable que allí pudiesen habitar gentes, siendo mas propia de animales indómitos y de fieras que de racionales, pues no se veía otra cosa mas que bosques amenazando ruina. Estando en tan grande elevacion se arrepintieron mucho de haber subido; y volviendo las riendas á sus caballos para volver ácia atrás, al bajar vieron una llanada y una vereda que guiaba á un bosque. Marcharon por ella, y la hallaron bastantemente trillada de gentes y de animales. Siguieron mas adelante, y llegaron á la mitad del bosque, que estaba situado de la parte de septentrion dominado de muchos y muy altos robles, y de la parte de mediodia bastantemente abierto pero circundado de grandísimas peñas, las cuales servian de fortaleza á todo el sitio. En medio del bosque habia una infelíz y pobre choza, hecha de tierra y ramas, cubierta con algunas pocas tablas. Llegaron á ella, y vieron sentada delante de la puerta una muger tan súmamente disforme, que no se puede ponderar bastantemente su fealdad: estaba con su rueca hilando y tomando el sol. Viendo ella llegar tanta tropa de gentes se levantó de su asiento, y se metió en su choza con gran priesa cerrando la puerta, como se suele decir, á

piedra y lodo, con mucho temor, por no estar acostumbrada á ver gentes, y mas personages semejantes en tal lugar. Tomó una tranca, y por dentro de la puerta se fortificaba, temblando fuesen algunos que intentáran hacerla gran daño. Esta era la muger de Bertoldo, la cual con su hijo Bertoldino vivia entre aquellas espesuras, siendo todo su ejercicio apacentar cabras por aquellos bosques y fragosas montañas.

HERMINIO LLAMA A MARCOLFA, y la suplica con buenos modos que le abra la puerta.

Viendo Herminio que esta muger se habia fortificado dentro de su casa, aunque de una puñada se podia echar la puerta al suelo, no quiso usar de ninguna hostilidad; antes bien, llamándola con muchos ruegos, la suplicó abriese la puerta, asegurándola que ellos no habian venido allí para hacerles ningun daño; antes bien habian ido por su provecho. Asomóse Marcolfa á una ventana pequeña que tenia la choza, y les dijo:

Marc. Qué es lo que buscais por estos desiertos?

Herm. Señora, abrid la puerta, que noso-

tros no venimos aquí sino para haceros un beneficio muy grande.

Marc. No puede hacer beneficio á nadie quien está fuera de su casa.

Herm. Aunque estamos fuera de nuestra casa te podemos hacer bien, venid acá fuera que tenémos que hablaros.

Marc. Quien desea sacarme de mi casa, mas procura matarme que darme gusto; y así vete á la tuya, que ese será el mayor gusto que me puedes hacer. — *Hèrm.* Decid, señora mia, teneis marido? — *Marc.* Quien desea saber los intereses de otros, es señal que cuida poco de sí mismo.

Herm. Esto es bueno. Yo te pregunto por favor me digas si tienes marido ó no.

Marc. Yo le tendria si él no hubiera comido. — *Herm.* Pues eso á qué propósito viene? Cómo le tendrias si él no hubiera comido? — *Marc.* Si él no hubiera comido pavos, perdices, faisanes, tórtolas, y otros manjares delicados contrarios á su complexîon y naturaleza, y me hubiese creido á mí, que le dije no comiese más que castañas y las demás viandas con que se habia criado, aun viviria; pero ya está muerto.

Herm. Pues decidme, quién era vuestro marido?

Marc. El hombre mas de bien de todo el mundo, y el mas hermoso de todos.

Herm. Y cómo era su nombre?

Marc. Ya que tanto deseas saberlo te digo que se llamaba Bertoldo. — *Herm.* Era de cierto Bertoldo vuestro marido?

Marc. Si señor. — *Herm.* Ay, que buena noticia para nosotros! Y Bertoldo era el mas hermoso de todo el mundo?

Marc. Si señor, y á mis ojos él parecia un Narciso, pues á la muger honrada la debe gustar mas su marido que todos los demás del mundo.

Herm. Y te amaba mucho?

Marc. Tanto me amaba que me zelaba en extremo.

Herm. Y con razon, pues cada uno es preciso apetezca y ame su semejanza; y á la verdad tenia mucha razon para ser zeloso, porque ciertamente en vos hay partidas para ser apetecida.

Marc. Es muy cierto que la hermosura ha de estar en el rostro; pero mucho mas consiste en la virtud, y en las prendas y buenos procederes de la persona. Hay hombres hermosos, los cuales tienen en sí cualidades abominables, horribles y mal parecidas; como al contrario, hay otros muy feos que no lo

pueden negar á la vista, y estos tienen en sí propios ciertos dones y tales gracias dispensadas del cielo, que por ellas se hacen amables, atractivos y graciosos á quien los trata, como se experimentaba en Bertoldo mi querido y amado consorte.

Herm. Tienes razon; pero dime, tienes tú de él algun hijo? — *Marc.* Yo tengo uno, y puedo decir que no le tengo.

Herm. Pues cómo se puede entender tenerle y no tenerle?

Marc. Cuando está en casa puedo decir que le tengo; pero ahora que no lo está, puedo decir que no le tengo.

Herm. Y adónde está ahora?

Marc. Pregúntaselo á sus zapatos, que son los que andan con él.

Herm. Es cierto que para ser muger criada en lo inculto de una montaña, muestras no poca agudeza. — *Marc.* Educóme un maestro muy sabio, bueno y capáz.

Herm. Así lo creo; pero, señora mia, dejando esto á un lado, debo deciros que el Rey nuestro señor os llama á los dos, porque habiendo sido tan grande el cariño que siempre tuvo á Bertoldo vuestro marido, anhela y desea tener inmediatos á su persona á vos y vuestro hijo; y así con toda seguridad po-

deis salir, á fin de que podamos hablar con mas comodidad. — *Marc.* Ya salgo:::: Aquí estoy, qué me quereis? — *Herm.* Ante todas cosas qué tienes que podamos comer?

Marc. Quien desea saber lo que hay en la olla agena, dá á entender que está limada la suya. — *Herm.* Muger eres súmamente maliciosa, aunque tambien muy discreta.

Marc. Como estos ayres son tan sutiles, los que aquí habitan no es mucho tengan el entendimiento agudo. Pero ya que deseas saber lo que tengo que comer, te lo diré, no se encierra en mi olla mas que unas yerbecillas silvestres, y éstas sin sal.

Herm. Yerbas sin sal! Pues cómo las puedes comer sin sazonar?

Marc. El buen apetito es la mejor salsa de todo lo comestible, y te aseguro que nuestra mesa es mas suntuosa y de mas provecho que la que tiene vuestro Rey; porque en estos montes silvestres la hambre es correspondiente á la digestion, el ejercicio provoca al apetito, la dieta hace la comida sabrosa, sirviendo todo de mucho nutrimento y provecho; y finalmente las aguas que aquí hay son tan dulces y sabrosas, que nunca son nocivas á nuestra complexîon.

Herm. Es cierto que se conoce en el mo-

do con que hablais que habeis sido discípula de Bertoldo, pues jamás echó por su boca palabra que no fuese una sentencia. Pero dime, cómo lograrémos el poder ver á tu hijo?

Marc. Abrid los ojos cuando él venga, que si no sois ciegos le vereis sin duda.

Herm. Pues mientras viene, hacednos el gusto de darnos de beber llevándonos á vuestra bodega, pues venimos muy fatigados, tanto de andar á caballo como de subir y bajar por estos montes, y no hemos podido hallar en tanto tiempo parte donde poder beber.

Marc. Venid conmigo, que deseo serviros con sumo gusto.

MARCOLFA LOS LLEVA á un manantial de agua muy cristalina que distaba de allí muy pocos pasos.

Marc. Honrados caballeros y señores mios aquí teneis mi bodega, esta es la que usamos mi hijo y yo, aquí venimos todos los dias á apagar la sed con todos nuestros ganados; y supuesto que teneis sed bebed todo lo que os diese gana, pues nuestras cubas siempre están provistas aunque las dejamos abiertas de noche y de dia, beba quien quisiere; y si bebierais tres dias continuos de

este licor, no haya miedo que se os alterasen los sentidos, ni que os viniese la gota ni perlesía como continuamente sucede á aquellos que cargan en abundancia el estómago con vinos regalados y licores fuertes sin proporcion ni medida. Estos sí que privan del entendimiento al hombre, siendo causa de muchos accidentes y desgracias; pues cuando á éste se le calientan los cascos fácilmente se vence para ejecutar las cosas mas ilícitas y de poca estimacion contra su persona y la de sus dependientes, dando que reir generalmente á todo el vulgo, y hacer llorar á todos los de su casa. Esto es lo que acarrea el vicio de la embriaguez en todos los racionales, pues de lo poco se pasa á lo mas, y de lo mas á lo mucho, y de lo mucho al exceso, y de esto dimana la perdicion; pero quien bebiese de este licor estará siempre con su juicio muy cabal, y no dará que reir.

Herm. Es cierto que es muy noble vuestra bodega, y contesto con lo mismo que tú dices. No haya miedo que ninguno venga á despitarte las cubas, pero á lo menos no tendrás por ahí algun vaso para beber?

Marc. Aquí no tenemos barros, ni vasos, ni escudillas, y por lo general siempre bebemos con la taza que nos dió naturaleza; y

para que me entiendas, esta taza son las manos que nos sirven para beber sin buscar mas artificio; y si tú quieres beber, no hay mas remedio que usar de la taza que te he dicho, que verás te sirve de conveniencia, y si no te quedarás sin beber.

Herm. Tambien nosotros nos componemos segun las ocasiones en que nos vemos; pero dime quién es aquel que viene con unas cabras ácia este sitio?

Marc. Aquel es Bertoldino mi hijo.

Herm. Es cierto, Bertoldino? Buena noticia me has dado. Ven adelante, hijo mio.

BERTOLDINO SE ASOMBRA de ver tanta gente á caballo, lo que en su vida habia visto, y dice:

Bert. Madre, qué gentes ó que bestias son estas que están aquí?

Herm. Buenos habemos quedado, este salvage á la primera salutacion nos trata de bestias. — *Marc.* Señal es que no os ha conocido. Ven mas adelante, hijo mio, que estos caballeros te quieren hablar.

Bert. Ay! Con que los caballeros son medio hombres y medio caballos?

Herm. Una tras de otra. Con que so-

mos medio hombres y medio bestias?

Marc. No quiere decir eso, y lo que ha dicho solo es porque os vé montados sobre esos caballos, siendo cosa que en su vida la ha visto en estos lugares hasta ahora, y ha creido que vosotros y el caballo que teneis debajo sois una misma cosa.

Herm. Nada importa que así lo juzgue, y por tanto hacedle que venga aquí.

Bert. Ay, y las piernas que tienen, que á cada uno ya le he contado seis! zape, y cómo correrán!

Marc. Calla, tonto, que las cuatro que tocan en el suelo son las de los caballos, y las otras dos que cuelgan de los lados son las de los que están encima montados.

Bert. Digo, no mira como estos animales se están comiendo el hierro? Yo creo que sus tripas serán de plomo.

Herm. Sí, que las tienen de estaño. Ó, qué estupendo salvage! No se parece éste á su padre, pues aquel era astuto y agudo, y éste dá muestras de ser un tonto. Qué gusto podrá tener el Rey con este gran majadero? Pero no obstante, no harémos poco si podemos llevarle. Vamos, Bertoldino, prevente, porque es preciso que te vengas con nosotros.

Bert. Y dónde me quereis llevar?

Herm. Á la corte de nuestro Rey.

Bert. Y qué tengo yo de hacer allá? Seré caballero lacayo? — *Herm.* Ay, ay, qué simple, qué mentecato! — *Bert.* Y dime, esa corte que decís es macho ó hembra? está en alto ó en bajo?

Herm. Como tú quisieres estará. Vente con nosotros, que tu serás muy dichoso, y te espera una muy buena ventura. — *Bert.* De qué ropas vá vestida la buena ventura para que yo la pueda conocer cuando la vea?

Herm. Vá vestida de oro, plata y piedras preciosas, y tú tambien serás ricamente vestido como ella. Tratarás con las señoras de mas distincion y con los caballeros mas principales, de quienes estarás muy favorecido reconociéndote por caballero, y estimándote todos en la corte por estar en la mayor estimacion del Rey.

Bert. Y podré llevar mis cabras á la sala del Rey cuando yo quisiere? — *Herm.* Sí, sí, todo lo que tú quisieres y gustases. Y tú señora, dinos, cuál es tu nombre?

Marc. Marcolfa me llamo.

Herm. Pues, Marcolfa, si quieres venir empieza á disponer tus cosas cuanto mas antes para que marchemos sin detencion.

Marc. Tan fácil será el que yo deje mi choza (aunque ella sea de palos y tierra) cuanto es fácil el que los rústicos destierren sus malicias; y lo que deseo es que cuanto antes te vayas de aquí, porque el clima de estas montañas es muy diferente del de la corte. Y al mismo tiempo te suplico que no me prives de la vista de este hijo, porque si tú me le llevas puedes creer ciertamente que no viviré cuatro dias. Ademas de esto, la mayor razon es que, aunque soy madre á quien podia engañar la pasion, conozco que el muchacho es material, rústico é ignorante, de suerte que si le llevaseis sería el hazmereir de la corte; y bien sabeis que en las cortes no se admiten figurillas ridículas y extravagantes, sino gentes astutas, entendidas, y que sepan la aguja de navegar, cosa que á mí y á él nos costará no poca dificultad.

Herm. No importa, que aquello que no supiere se le enseñará. No faltarán maestros que le educarán y le enterarán en las buenas costumbres, y en la cortesía y política: déjale que venga con nosotros, y no dificultes en nada. —*Marc.* Qué dices tú, Bertoldino, quieres ir ó no á la corte?

Bert. Si tú vienes tambien, me resolveré; pero si no de ningun modo.

MARCOLFA SE DETERMINA á ir á la corte con Bertoldino.

Marc. Ya estoy determinada á ir contigo para que puedas por este medio lograr la fortuna que te aguarda; pero antes que yo parta quiero encargar mi casa á una vecina que vive de aquí muy cerca, para que me cuide de ella hasta que vuelva si Dios me lo permitiere.

Bert. Y á quién dejaré yo mis cabras?

Marc. Á ella tambien se las entregarás.

Bert. No, no, que me las quiero llevar delante de mí. — *Marc.* No es necesario que lleves las cabras ni los machos, pues allá bastantes hay. — *Bert.* Y hay allá tambien padres de vacas?

Herm. Sí, y en mayor número que aquí. Vamos, que es lo que mas nos importa.

Bert. Ya estoy determinado á dejarlas puesto que por allá dices que que no faltan otras. Ea pues, madre mia, reciba mis cabras la vecina, y despachémonos luego.

Marc. Sin tardar dispondré todo lo preciso para que al punto marchémos.

Marcolfa pasó luego á la casa de su vecina á encargarla el cuidado de la suya hasta

la vuelta; y luego cogiendo un poco de estopa, cuatro husos, y un par de zapatos viejos, tomó la gata y una gallina que tenia, y enfaldando en las sayas lo que pudo, marcharon con los caballeros ácia la corte, los que queriendo poner á caballo á Bertoldino no pudieron lograr hacerle abrir las piernas, y tomaron á mejor partido el ponerle atravesado encima de la silla como si fuera un fardo ó tercio de peso. Puestos todos á caballo, y marchando á buen paso, dejaron ir á Marcolfa á pie por darla gusto. Arribaron á la ciudad, y llegando la noticia al Rey, les salió al encuentro con la mayor parte de su corte; y viendo un bulto atravesado en un caballo se empezó á reir, y despues le dice á Herminio:

Rey. Qué envoltorio ó que talego es ese que traes á caballo?

Herm. Señor, este que ves es Bertoldino, hijo de Bertoldo, al cual le habemos hallado entre unos montes, en un lugar tan súmamente impracticable y silvestre que aun para lobos es país inaccesible. Tambien pongo en vuestra noticia que viene su madre con él, y discurro no tardará mucho en llegar, porque camina á buen paso de andadura, sin haberla podido vencer á que viniese á caballo.

Rey. Pues cómo, no viene montado á caballo?

Herm. Porque no ha sido posible; pues por mas esfuerzos que hemos hecho para montarlo en la silla, nunca ha querido abrir las piernas, y nos hemos visto precisados á traerle de este modo atravesado. Yo juzgo, señor, que hubiera hecho mejor V. M. en dejarle en su rincon, porque además de ser muy puerco, es tan tonto, que con facilidad se le hará creer que los borricos vuelan. Tan necio es, que se le puso en la cabeza que habia de traer sus cabras á la corte, y cuánto nos ha costado sacarle de sus gazpachos y migas, pues estaba bastante tenaz en no querer salir de su pobre choza.

Rey. Todo eso se puede dar por bien empleado. Bajadle del caballo y no le hagais mal; sea con tiento, pues como no está acostumbrado, es muy natural que le haya hecho novedad el haber venido á caballo. No se puede negar al ver su rara figura que es hijo de Bertoldo. Y cómo ha dicho que se llama?

Herm. Su nombre es Bertoldino, y aquella que viene es su madre, quien dice llamarse Marcolfa; y aseguro á V. M. que es muger perspicaz, y tan aguda, que el hombre mas entendido se maravillará, lo que no tie-

ne este pedazo de atún, que en eso es al revés del padre y de la madre que lo engendraron.

SALUDA MARCOLFA AL REY.

Marc. Serenísimo señor, el cielo te salve, mantenga tus estados, y te aumente cada hora en mayor grandeza.

Rey. Y á tí te conceda cuanto puedas desear. Marcolfa, vienes cansada?

Marc. Si no hubiera caminado estaria mas cansada. — *Rey.* Qué es lo que dices? Si no hubieras caminado estarias mas cansada? Explícate, pues como hablas equívocamente no es posible entenderte.

Marc. Me explicaré. Aquel que camina para obedecer á su superior (como yo hago) nunca se cansa. Aquel que no sirve con buena voluntad se cansa, aunque vaya poco á poco; la causa es porque ya tiene cansado el pensamiento y la voluntad antes que se ponga en camino.

Rey. Señal verídica es la que me das de haber sido muger de mi apasionado Bertoldo, pues apénas has llegado cuando has dicho una gravísima sentencia. Ea pues, haced vosotros que luego al punto se les disponga

alojamiento, y se les vista ricamente segun el uso de la corte, y despues llavadlos para que los vea la Reyna.

Marc. Solo, serenísimo señor, espero que me concedais una gracia.

Rey. Dí lo que quieras, que lo haré muy gustoso y muy contento.

Marc. Pues señor, se reduce mi súplica á que no nos hagais quitar nuestros trapos, á los cuales estamos tan acostumbrados, que si nos despojan de ellos nos sucederá lo que al árbol á quien se le desnuda de su antigua corteza, que no solamente no produce mas fruto, sino que al mismo tiempo al instante se seca. Si tú, señor, nos adornas de telas ricas de oro y plata, infundirá en nosotros una grande vanidad; y viéndonos con tanta gala, es preciso se engañe el mundo creyendo que somos personas de grande clase y distincion, de que se seguirá además de esto que nos olvidarémos inmediatamente de nuestra baja esfera, y reinará en nuestras pasiones una soberbia grande acompañada de todos los demás vicios que siguen á ésta, y nos haremos aborrecibles de todos; y al último vendrian á parar todas nuestras vanidades en quedarnos hechos escarnio de todos. Señor, la gente villana puesta en zancos es muy ma-

la, no se puede hallar gente mas indómita, no se halla en su sabiduría otra cosa que malicias; y como vulgarmente se suele decir, todo su estudio ha sido solo la gramática parda. Y por experiencia se vé que hallándose en lo alto de la fortuna no la saben sostener, y se precipitan con sus propias ignorancias; y así no nos mandes desnudar, pues si nosotros dejamos nuestros vestidos, puede ser que nos suceda lo que llevo referido. Al contrario será teniéndolos á la vista, cada instante meditarémos en nuestra pobreza, nos conservarémós humildes contemplando que nacimos para servir, y no para ser servidos.

Rey. Sentencias muy grandes y dignas de reflexîon has pronunciado, y muestras muy claramente la sinceridad de tu ánimo. Conozco que el cielo te ha adornado de sus gracias, pero no me instes sobre eso, que quiero andes adornada de ricos vestidos, y que seas servida como mereces.

Marc. Señor, te suplico que me escuches una gustosa burla, que aunque bien conozco que no viene ahora muy al caso, me la contó mi marido Bertoldo, de felíz memoria, una de las noches largas de invierno.—*Rey*. Cuéntala, que la escucharé con gusto.

Marc. Me dijo, pues, que habia oido contar á su abuelo, que habiendo pasado en una ocasion por las tierras de Trapisonda en donde se suelen desembarcar las patas de anguilas ahumadas habia allí un asno muy grande. Viendo éste un dia ciertos caballos de regalo con sus sillas guarnecidas de oro y plata, los frenos con rosetas y broches dorados, y gualdrapas y tapafundas bordadas, se le puso en la cabeza que tambien á él se le debia guarnecer en la misma forma. Alegaba sus razones diciendo que aquello no se hacia por la nobleza del caballo, pues tambien habia nacido para servir y tenia su destino como las demás bestias del mundo; y que si era por antigüedad, no cedia él en lo antiguo á ninguna otra. A semejantes razones el amo le respondió de esta suerte: asno mio, no conoces que lo que dices es un gran desatino? Has de saber que cuando se criaron las bestias, á cada una se la atribuyó su oficio, v. g. el buey se crió para la carreta, el gato para coger ratones, el caballo para la silla, y el asno (que eres tú) para los palos y la carga. No ascenderás á mas aunque tuvieses todo el oro del mundo, y siempre serás conocido por asno; y aunque mucho te adornases, como tienes las orejas tan largas, nunca podrias

ocultar tu figura de asno dedicada para sufrir la carga y el palo. A estos cargos respondió el asno: si las orejas han de descubrir que soy burro presto se puede poner el remedio, y es hacérmelas cortar á la medida de las que tienen los caballos, verás entonces qué parecidas son á ellas las mias; y despues que me halle sano de las heridas, poniéndome la gualdrapa y los demás atavíos, no habrá ninguno que me conozca por asno; así haced que venga luego el herrador, y que cuanto antes me corte las orejas. El amo por complacerle se las hizo cortar, aplicáronsele los conducentes remedios para curarle, y despues que estaba bueno le hizo ricas guarniciones de la misma forma que á los caballos. Como era tan corpulento todos creían fuese un caballo de regalo, y anduvo de esta suerte muchos dias sin ser conocido. Pero como la naturaleza vence siempre, el infelíz animal vió pasar una burra por la calle, é inmediatamente abandonando la compañía de los caballos, echó á correr tras de la burra con tan lamentables y fuertes rebuznos que no habia persona que lo pudiese detener, tiró al suelo la silla y gualdrapa, rompió el freno, cometiendo otros mil males; y como se quedó sin los ricos aparejos, descubrió al punto que era

un borrico vil y bajo de nacimiento. Con que todos los que le habian tenido en el buen concepto de caballo, en los rebuznos y otras gracias muy propias solo de un asno, reconocieron su engaño. Por último le cogieron, y le llevaron á la caballeriza, en donde despues de una buena tunda de palos le volvieron á su primer oficio de llevar cargas que es para lo que nació solamente.

Serenísimo Rey mio, este ejemplo puede servir para nosotros. Si nos haces adornar con ricos vestidos, y que nos acompañémos con las personas principales de la corte, todos nos honrarán y tendrán en buena opinion mientras estemos callando; pero en oyéndonos hablar, nos tendrán por dos majaderos, rústicos, villanos y tontos. Y todo lo que al principio tengamos de aprecio y estimacion, despues parará en hacer chanza y mofa de nosotros, cuyo chasco es forzoso que le sientas, con que mas vale que nos dejes con nuestros pobres vestidos; y ya que tu voluntad es vestirnos, manda que los hagan sin que tengan oro ni seda, pues para nosotros no son buenos vestidos los sobresalientes, y mucho menos para este hijazo que Dios me dió tan desproporcionado y feo, tan ridículo y monstruoso.

Rey. Me has contado una fábula sentencio-

sa y ejemplar, y confieso tienes razon en resistir á mi intento; conozco me has convencido con las justas razones que tan bien ha sabido ponderar tu grande entendimiento, Quien te oyere, yo aseguro no te tendrá en concepto de muger ordinaria; pues aunque los vestidos y la vil corteza que te cubren lo demuestra, es muy al contrario de lo que por fuera se mira. Y no te aflijas aunque Bertoldino alguna vez haga ó hable alguna cosa que parezca impertinente, porque bien sé que será menester perdonarle por inocente, excusarle por ser fátuo y solamente acostumbrado á tratar con gentes de su jaez; pero con todo eso, tratando y comunicando con los cortesanos aprenderá poco á poco el modo, la atencion y cortesía. Así se le irá limando el entendimiento, y cuando se halle mas capaz yo dispondré se le enseñen algunas habilidades. Ea, Herminio, llevadlos á descansar á su cuarto, procura que los hagan los vestidos del paño mas fino que se encontrare, y que nada les falte de todo lo necesario. Despues que hayan descansado los llevarás para que los vea la Reyna, quien los está esperando muy ansiosa.

Herm. Serás, señor, prontamente obedecido. Vamos, Marcolfa, y trae contigo á tu hijo.

Bert. Adónde nos quieres llevar?

Herm. No tengas miedo, venid, que os llevo al cuarto mismo de tu padre.

Bert. Mi padre está debajo de tierra, y yo creo que tú nos quieres sepultar con él. Ay, madre mia, volvamos á nuestra casa.

Marc. Salvaje, no dice eso, sino que vamos á los cuartos mismos donde se alojaba tu padre cuando vivia. — *Bert.* Con que segun eso mi padre tenia posada?

Marc. Sí, eso dudas? — *Bert.* Es que como oí que íbamos donde alojaba mi padre, pensé que habia sido posadero.

Marc. Quiere decir donde habitaba. Ay, desdichada de mí, y qué bien lo dije yo que aquí me habia de volver loca con este bestia! Pluguiese al cielo que yo me hubiera quedado en mi casa! — *Herm.* Vamos, ven conmigo, y no te dé pena alguna.

Herminio los llevó á un cuarto muy ricamente adornado de tapicerías, cortinages de tisú, y dos camas con la colgadura de brocado de oro, los cielos de realce, pirámides y remates adornados con fleco correspondiente, colchas de seda con bordados muy suntuosos, y otras diferentes alhajas de exquisito y grande valor. Hizo venir despues al sastre para vestirlos con la decencia que el Rey ha-

bia mandado. Hiciéronles sus vestidos con la mayor brevedad, y al otro dia vino el sastre para probar á Bertoldino su vestido. Y al tiempo de ajustarle el jubon se le tiró un poco ácia arriba tropezándole en la garganta; y como estaba acostumbrado á llevar vestidos anchos, viendo lo que el sastre le apretaba, comprehendió su ignorancia que le queria ahogar, y empezando á gritar con voces descompuestas, decia:

Bert. No sé por qué motivo el Rey me ha mandado ahorcar. — *Sast.* Qué es lo que dices de ahorcar? qué es lo que hablas?

Bert. Pues no eres tú el verdugo?

Sast. No soy verdugo, que soy el sastre del Rey. — *Bert.* Y tú le has ahorcado á él alguna vez?

Sast. Cómo quieres que yo le ahorque siendo mi Señor y mi Rey?

Bert. Pues por qué tú me ahorcas á mí, sino le has ahorcado jamás á él?

Sast. Cómo ó quándo yo te ahorco? qué es lo que hago para ahorcarte?

Bert. Es que tanto me estrechas la garganta que no puedo respirar. — *Sast.* No adviertes que es el vestido, que debe ser así cerrado, estrecho y ajustado á la garganta, y por eso te parece que te ahogo.

Bert. Mira, si tú me aprietas un poco mas, no lo he de poder sufrir, pues ya siento que del estómago me van subiendo á la garganta unas puches que comí poco tiempo há; mira, mira que suben sin poderlo remediar.

PROVOCA BERTOLDINO en la cara del sastre las puches, y éste muy enfadado le dice:

Sast. Habrá mas fiero animal! Mal torozon te dé Dios, puerco de todos los diablos! Mira bien cómo me has puesto la cara, puede darse semejante porquería? No rebentáras! Amen.

Bert. No te avisé que ya no podia mas, por qué me apretabas tanto? Déjame con mis vestidos viejos y holgados, que yo no quiero que me encajes por fuerza en ese saco apretado.

Sast. En fin, el villano ó en ciudad ó en villa siempre dará á conocer la muestra del paño, y por mas que se haga nunca sacarán á la rana de estar entre el lodo. Toma tus vestidos, y vístete á tu gusto, porque para tí el ponerte estos vestidos es lo mismo que poner la silla á un cerdo.

El sastre con el hocico emplastado de las

puches se fué gruñendo á su casa por la indecencia de tan grande majadero. Se lavó muy bien, y despues se fué al Rey, á quien hizo relacion de todo lo que le habia sucedido. Oyendo semejante cosa el Rey rebentaba de risa, considerando la inocencia del uno y la formalidad del otro. Dió órden para que viniese otro sastre, el cual le hizo otro vestido mas ancho como él queria, y á Marcolfa al mismo tiempo la hizo una zamarra de paño fino; y despues que estaban vestidos los llevaron á que los viese la Reyna, quien mirando aquellas dos caras tan ridículas y contrahechas, no pudo contener la risa. Viendo Marcolfa esta mofa, despues de haber hecho la cortesía á su estilo aldeano, la dijo de este modo:

FÁBULA QUE CUENTA Marcolfa á la Reyna contra los tontos que quieren establecerse en la corte.

Marc. Serenísima Reyna, una vez oí contar á una cierta vieja, allá arriba en mi montaña, en tiempo que los grajos hablaban como nosotros, lo que os voy á referir. Decia esta buena vieja, la que tendria como cosa de sus ciento y veinte años, que á estos animales

siempre les ha gustado vivir sobre los campanarios, como se vé en nuestros tiempos. Determináronse una vez á subir á la torre de Babilonia; desde cuya eminencia empezaron á notar todos los sucesos del mundo. Desde allí observaban cómo unos engañaban á otros. Conocián á todos los arbitristas, mentirosos, los amos desconocidos, los criados poco fieles, las criadas inobedientes, las madres nada modestas, los padres disolutos, los hijos viciosos, las viudas escandalosas, los cortesanos vanos, los validos aduladores y lisonjeros, los bufones descarados, los jueces injustos, las rameras falsas, los terceros malvados; en fin, veían todo el mundo revuelto y enredado, notando desde allí los hechos de cada uno. Advertian referirse unos á otros el modo que tenian para vivir engañando al prógimo. Veían llegaba á tal extremo la desconfianza de los unos y los otros, que ya nadie se fiaba aun de sí mismo. Todos los negocios andaban de mala fé, y cada cosa siempre peor. Vieron públicos los hombres muchos de sus delitos ocultos. Descubrieron que estos pájaros eran los que los habian publicado, citáronlos delante de la reyna de los pájaros, acusándolos del delito enorme de su gran curiosidad, y de haber descubierto los vicios

de unos y las malas costumbres de otros, y que por su causa el mundo se hallaba notablemente infamado. La reyna oyendo tan bien fundadas quejas llamó á los grajos, y reprendiéndoles ágriamente y bajo la grave pena de ser con agua hirviendo peladas sus cabezas, les privó que hablasen lo que habian visto desde la torre. Los grajos desde entonces con el precepto que se les puso de que no hablasen, callan, y solo ván contínuamente gritando: *crás*, *crás*, *crás*, que quiere decir: *mañana*, *mañana*, *mañana*, y es que de dia en dia estan esperando se les conceda la facultad de poder hablar. Si se les dá libertad, ellos dirán muchas cosas que ahora oculta la malicia solapada. Pero al mismo tiempo que contándome esta fábula la buena vieja me tenia embelesada, me contó otra, que yo referiré si gustas de eso, y me das permiso. Una y otra juzgo que son á propósito de nuestro intento.

FÁBULA DE LAS ARDILLAS y ratones de los higos secos.

Marc. Dijeron pues estos pájaros, que en aquel tiempo en que los caracoles tenian pellejos, se hallaron en la ciudad de las san-

guijuelas algunos ratones que hacian mercancía de higos secos, y estos tenian provista la ciudad y los lugares comarcanos. Llegaron despues algunos mercaderes de las Indias con un crecido número de nueces de especia, trayéndolas con el fin de cambiarlas con otra cantidad igual de higos secos. Hallándose un dia cansados de tan largo viage, se pusiéron á descansar debajo de una encina que estaba en medio de un verde prado, en donde se quedaron dormidos obligados del demasiado sueño y cansancio. Mientras dormian llegó una manada de javalíes, y acercándose á los sacos los rompieron á hocicadas y se comieron las nueces; pero bien pagaron la pena, pues como estaban acostumbrados á la bellota, luego que las habian comido se les movió tal inquietud en el vientre, que no solo las vomitaron, sino que todas las tripas echaban al mismo tiempo. Despertaron los mercaderes, y hallando los sacos rotos y su mercancía comida, quedaron sumamente afligidos; mas no por esto quisieron dejar de proseguir su viage, y caminando mas adelante, hallaron unos pellejos de ardillas, y los destinaron para regalar al rey de las tencas fritas; y pasando por la ciudad donde estaba le hicieron el regalo, el que apreció mu-

cho, remunerándoles con un gran presente, que fué una buena porcion de criadillas de tierra. Con este regalo pasaron á la ciudad de las sanguijuelas, en donde por falta de segadores se vieron obligadas ellas á segar aquel año los campos. Allí tuvieron forma de hácer negocio, y cambiaron las criadillas por higos secos, y aun les dieron además una partida de hongos salados. Embarcáronse y llegaron al puerto de las lagartijas, en pocos dias abordaron en otro que se llamaba el puerto de los escarabajos, y hallándose bastantemente cansados y molestados de la mar, se resolvieron desembarcar y descansar en aquella ciudad algunos dias. Hicieron llevar los barriles á la aduana, y pagaron su entrada como es costumbre. Los mercaderes se fiaron de los que estaban en la aduana de quienes fueron vendidos, porque cuando los escarabajos vieron los barriles de los higos, idearon un chasco pesado, y de hecho lo ejecutaron: éste fué vaciar los higos, y llenar los barriles de excremento de los bueyes. Volvieron á componer los barriles, diéronles sus pasaportes, se marcharon, y en pocos dias llegaron á sus país. Luego que los vieron acudió la mayor parte de la ciudad á darles el parabien de haber vuelto á su patria con

felicidad. Deseaban ver todos las mercancías que habian conducido, y los instaron que abriesen algun barril. Acudió tanta multitud de gentes, y era tanta la confusion de los que querian comprar higos, que casi estaban sitiados, y aun se hallaron en peligro de ser ahogados. Al fin abrieron los barriles como pudieron, y en lugar de higos encontraron con las tortas excrementicias de buey, quedándose tan súmamente confusos que no sabian qué responder ni decir al mirarse tan burlados; resultando de esto, que fué tal el alboroto qne se levantó de palmadas, silbidos y risotadas, que los pobres estuvieron quasi para ahorcarse de vergüenza, y corridos y avergonzados se escaparon de la plaza. Volviéronse á su aldea en donde habian nacido, y cayendo en una gran melancolía por caso tan impensado, se murieron desesperados en pocos dias sin poder tener consuelo.

Esta fábula me contó, señora, la vieja, y viene pintada á nuestro intento. El Rey nos mandó buscar, y nos sacó de nuestro centro que son las montañas y selvas, creyendo sin duda que nosotros seríamos domesticables, aptos y muy á propósito para vivir en la corte. Y cada dia estoy temiendo le suceda lo que á los pobres mercaderes, teniendo mu-

chos sonrojos viendo que hacen todos mofa de la mercancía que han conducido, pues en lugar de barriles de higos dulces y sabrosos se descubren otros de mercancía asquerosa como lo somos nosotros, quienes imagino que en poco tiempo enfadarémos á todo el mundo, como ya por la experiencia lo hemos empezado á ver, siendo la causa las grandes ignorancias y tontadas de Bertoldino que cada dia caminan mas en aumento. Con que mejor hubiera hecho el Rey en dejarnos pacíficos en nuestra casa, que habernos hecho venir á ser mofa de palacio; pero ya que su voluntad es esta, así sea, que yo estoy pronta para obedecer con todo rendimiento sus órdenes

LA REYNA SE MARAVILLA de la elocuencia de Marcolfa.

Reyn. Querida Marcolfa, no pudiera creer (sino lo hubiera oido) tu grande elocuencia, y los ejemplos tan adecuados que has traido al intento. No puedo creer hayas nacido en una desierta montaña, donde todo es rustiquez. Tu cultura, elocuencia, retórica y modo de hablar no pueden ser hijos de los montes y desiertos, sino de alguna populosa ciudad, donde sin duda debiste nacer y criarte con hombres doctos,

y empleada en leer curiosos libros; y si tu marido mientras vivió en esta corte la hizo maravillar con las sutiles astucias y doctas sentencias que á cada paso salian de su boca, tú no solo haces maravillar, sino que confundes á los ingenios mas grandes que te oyen en ella. Y para señal del amor y cariño que te tengo, toma este anillo, póntele en el dedo, y tráele en testimonio de lo mucho que te estimo.

Marc. Una muger viuda no debe llevar en el dedo otro anillo mas que aquel que la pusieron cuando la desposaron con su marido, á mí solo me basta saber que puedo agradarte.

Reyn. Pues qué te podré yo dar que pueda ser de tu gusto?

Marc. Tú nada tienes que poderme dar á mí, pues mas necesitas de un todo que yo.

Reyn. Yo nada he menester, pues como Reyna de toda la Italia, me hallo con tantos tesoros y riquezas que en la tierra no cedo á nadie en grandeza. — *Marc.* Ah! tantas cosas te faltan, señora, que::: — *Reyn.* Qué me falta? Deseo que me lo digas.

Marc. No he de salir de esta corte, ó no he de ser yo quien soy, si no te hago confesar que necesitas de muchas cosas; y como á la necesidad se sigue la pobreza, has de confesar que eres mas pobre que yo.

Reyn. Cuando tú me desengañes, y me hagas ver lo que dices, diré que eres la muger mayor de todo el mundo. Llevadla vosotros á su cuarto para que descanse, y tú Bertoldino vendrás á menudo á visitarme.

Bert. Qué quiere decir visitar?

Reyn. Quiere decir que vengas á verme todos los dias. — *Bert.* Pues acaso soy yo algun mendrugo de pan? — *Marc.* No lo dije yo, señora? No veis este majadero cómo interpreta vuestro soberano mandato?

Reyn. No importa, que en las cortes no hacen novedad estas ignorancias, y si no hubiera de toda especie de hombres dentro de ellas no serían divertidas. Ea, Marcolfa, vete á dormir y descansar, y lleva contigo á tu hijo.

CONVERSACION DE BERTOLDINO y la madre dentro del cuarto.

Habiéndolos acompañado á su cuarto, que estaba maravillosamente adornado y surtido de todo lo necesario, trataron los dos conversacion, diciendo Bertoldino á su madre:

Bert. Madre mia, yo he oido decir que la Reyna quiere estar sobre todas las demás mugeres, y sería muy bien hecho que cuanto mas antes nos volviéramos á nuestra casa, porque

si ella se pone encima de tí, te ha de hacer echar las tripas por la boca, porque es mas gorda que la vaca que tenemos en nuestra casa. Vámonos de aquí, porque si no, verás cómo te hace rebentar.

Marc. Mira, tonto, cuando se dice que la Reyna es sobre todas las mugeres, no es lo que tú entiendes de subirse encima de ellas, sino que como señora y dueña absoluta de todas, es mayor que todas, y como tal debe ser venerada y reverenciada de justicia.

Bert. Sí, sí. Ya verás si ella se sube encima de tí, si te dá gana de reir ó de llorar.

Marc. Calla, babieca, que no sé á quien te pareces; pues no puedo creer que de un hombre de tan elevado ingenio como era tu padre, haya salido un zoquete semejante.

Bert. Y pregunto, quién nació primero, yo ó mi padre?

Marc. Válgame Dios! Qué mameluco tan grande! Cómo quieres tú haber nacido primero que tu padre? Ay pobre de mí! Que yo haya venido á la corte con este gran pollino!

Bert. Dime, madre mia, al Rey se le dá el tratamiento de maestro ó de señor?

Marc. Yo discurro que aquel que tú le dés será muy bueno, pues de cualquiera suerte que tú hables siempre te explicarás peor. Pero no

obstante, si tú quieres que no se rian de tí, te aconsejo que no abras jamás la boca.

Bert. Y si se me ofrece bostezar?

Marc. Ea, pues, ábrela cuando quisieres, que de cualquiera suerte la corte ya te ha conocido por un simplon, dando que reir á todos; y lo peor es, que siempre te sucederá lo mismo, pues tus bestiadas irán prosiguiendo á mas.

Bert. Con que las cortes se rien? Y dónde tienen la boca?

Marc. Calla, que viene gente, y me parece que el Rey viene entrando á nuestro cuarto.

Bert. Y qué nos quiere á nosotros ese señor? — *Marc.* Calla, cierra la boca, no digas nada ahora.

Bert. Ya la cierro, mírame bien como la tengo cerrada.

Marc. Sí, sí. Tenla bien cerrada hasta que yo te diga que hables.

EL REY CEDE Á BERTOLDINO y á su madre una posesion que tenia fuera de las murallas de la ciudad para su recreo.

Todo el tiempo que estuvieron hablando Bertoldino y su madre, el Rey los estuvo escuchando con grandísimo gusto y regocijo, ya por ver

la inocencia de Bertoldino, ya por la agudeza y talento grande de Marcolfa. Llamólos el Rey, y los condujo en su coche fuera de la ciudad á una casa de campo, en la que habia hermosos jardines, fuertes bosques y viñas, y un bellísimo estanque de peces con otros varios recreos; y estando allí habló á Marcolfa de esta suerte.

Rey. Conociendo yo, y haciéndome el cargo que estás acostumbrada á tu libertad, y sirviéndote solo de recreo el vivir en el campo, no dudo te servirá de cárcel estar dentro de la ciudad; y así me ha parecido conveniente el que te diviertas en esta casa de campo, disfrutes de la hacienda que hay en ella, y goces de sus recreos, por lo cual te hago donacion de todo lo que en sí encierra; pero te advierto que ha de ser con la obligacion de que Bertoldino vaya á verme á mi palacio á lo menos una vez cada dia. Ea, entrad dentro, y hallarás la casa compuesta de todo lo necesario, y si faltare alguna cosa haré que luego se os traiga y provea de todo cuanto pidiéreis.

Marc. Yo te doy millones de gracias, y agradezco, señor, tu magnanimidad generosa. Yo conozco no tengo ningun mérito para tanta honra, siendo yo, señor, una muger

criada en rústicos pañales, y nacida en paises silvestres. No hallo en mi persona circunstancia para habitar en unos sitios reales como estos; y así me convendria mejor, segun mi clase, vivir en los montuosos llanos de fieras entre cuevas y peñascos, donde no habitan ni la riqueza ni la cortesía. Mirad que á mí no me conviene tanta grandeza, ni á este bestia, el cual yo no sé si es de madera ó de yeso; pues es tan ignorante y necio, que no sirve de nada en este mundo sino de hacer reir á todo el vulgo. Yo, señor, vivo aquí avergonzada y corrida de ver que sirve de irrision á todos, y cada dia mas pasmada de que de un agua tan clara y dulce haya salido un pescado tan amargo: que de un padre, digo, tan entendido y sentencioso como Bertoldo, haya salido un hijo tan rudo y simple, cuya ignorancia es tanta, que pregunta al levantarse de la cama cuál es lo primero que ha de poner en el suelo, si los pies ó la cabeza, que es á cuanto puede llegar la ignorancia.

Rey. Es verdad esto, Bertoldino? No respondes? Por qué tienes cerrada la boca?

Marc. Es que le he puesto precepto de que la tenga cerrada.

Rey. Y por qué?

Marc. Porque me ha preguntado la mayor necedad que se puede oir, y es, qué tratamiento se le dá á vuestra real persona; y yo le he dicho que de cualquier modo siempre hablará bien, como no abra la boca.

Rey. Yo discurria que hubiese dicho otro desatino mayor, y así no es razon privarle del habla que Dios le dió; antes bien me caen en gusto estos genios naturalmente inocentes de nacimiento, y no aquellos que se hacen tontos con artificio. Ea, Bertoldino, habla, que yo te doy licencia. Qué dices? Abre la boca.

Bert. Si mi madre no quiere, y dice que yo la tenga cerrada.

Marc. Habla, pues, que ya te doy licencia; pero mira lo que dices, reflexîona que estás delante del Rey.

Bert. Yo quiesiera que se fuese de aquí cuanto antes.

Marc. Ah, pícaro, ingrato. Son esas palabras decentes para decirlas á nuestro dueño y señor, despues que nos ha hecho tantos y tan grandes beneficios? Por qué quieres tú que se vaya?

Bert. Porque mientras está aquí no puedo irme á merendar.

Marc. Admirable cortesía! Te parece, ne-

cios que es buen modo usar de tan villana descortesía? Señor, V. M. no haga caso de este necio. Yo os doy las gracias duplicadas por tanto bien como nos haceis, que no soy ingrata como este bruto, que desea que os vayais de aquí con el fin solo de saciar su apetito desordenado.

Rey. Tiene muchísima razon en lo que ha dicho, y ahora digo que no es tan tonto como lo hacen. Ya me voy, quédate en paz, y no te olvides de ir á verme todos los dias, lo has entendido?

Bert. Sí, señor maestro; pero pregunto, cuál es el dia mas grande, el de la ciudad ó el de la villa?

Rey. Tan grande es el uno como el otro. Ea, cuidado no te se olvide lo que te digo.

Marc. Ya escampa, y á cántaros llovia. Miren qué discreta pregunta! Valgame Dios, qué jumento! Señor, no faltaré yo á enviarle todos los dias por complacer vuestro gusto.

Rey. Ten cuidado de Bertoldino, Marcolfa, y á Dios, hasta la primera vista.

Marc. El cielo te dé buen viage, señor, y todo lo que desea mi gratitud.

*



ALEGORÍA SEGUNDA.

Los discursos de los hombres sabios dan sumo placer y fruto, y al contrario los ignorantes, que nos divierten exteriormente, pero de ninguna utilidad; y siempre suele ser muy peligroso el acostumbrarse con ellos mucho tiempo, ó porque corresponden ingratos á los beneficios, ó bien porque los disipan inútilmente.

RIDÍCULA SIMPLEZA de Bertoldino con las ranas que estaban en el estanque.

Luego que se fué el Rey, quedaron Marcolfa y Bertoldino hechos dueños propietarios de la casa de recreo en fuerza de la cesion que el Rey les hizo. Estaba ésta adornada de todo lo necesario para vivir en ella con las conveniencias que pudiesen desearse; y entre los recreos deliciosos de los jardines habia un estanque que contenia gran diversidad de pesca, pero entre ella como es natural se criaban ranas. Sucedió que un dia estaba Bertoldino asomado en el borde del estanque divertiéndose mirando los peces que

corrian y saltaban en el agua. Reparó que al mismo tiempo nadaban y cantaban muy recio un gran número de ranas; y como el modo de su canto es tan particular, que parece dicen *cuatro*, *cuatro*, Bertoldino, creyendo le decian que el Rey no le habia dado mas que cuatro escudos (habiéndole dado mil), fuese corriendo á la casa muy enfadado, y tomó el cofrecillo donde estaban los escudos que el Rey le habia regalado. Los llevó al estanque, y tomando puñados de ellos los tiró ácia donde las ranas cantaban, diciéndolas al mismo tiempo: *tomad, animales de barrabás, contad el dinero, y vereis si son mas que cuatro*; pero como con todo esto las ranas no callaban, antes bien redoblaban mas su grita, tomó mas puñados que la primera vez, y dijo: *tomad canallas, y vereis como el Rey nos ha dado aun mas de mil escudos*. Continuó con los puñados, y acabó con el dinero. Pero no bastando aún todo esto para aquietar su canto, se llenó de ira y con grande enfado tiró al agua el cofrecillo de los escudos, y diciéndolas muchos oprobios se volvió á casa tan colérico que parecia un tigre furioso.

DESPUES DE LA LOCURA que habia ejecutado, su madre le preguntó de este modo.

Marc. Qué traes, Bertoldino, que vienes tan sofocado?

Bert. Estoy colérico con las ranas del estanque.

Marc. Pues por qué? te han hecho algun daño?

Bert. Ellas lo sabrán muy bien.

Marc. Te han interrumpido con su gritería el sueño?

Bert. Mucho peor es lo que me ha sucedido.

Marc. Pues qué te han hecho? Acaba, dilo.

Bert. No te acuerdas que el Rey nós ha regalado con un cofrecito lleno de escudos?

Marc. Si me acuerdo; pero por qué dices eso?

Bert. Pues has de saber que dieron en decir aquellas malditas bestias que no nos habia dado mas que cuatro, y yo oyendo una mentira tan grande, para que se desengañáran, las eché un buen puñado; pero con todo esto proseguian en decir *cuatro, cuatro*. Echéles el segundo puñado, y siguiendo con su

tema, me ví precisado á arrojárselos todos; y no obstante siempre metian mas algazara sin salir de sus *cuatro*. Viendo yo la obstinacion de semejante canalla me encolericé, y les tiré tambien el cofrecillo para que de este modo contasen la cantidad y quedasen desengañadas de la porcion que el Rey nos ha dado, que ahora ellas volverán á poner todo en el cofre, y yo iré allá para que me lo entreguen, y lo volveré á traer á casa con todo el dinero dentro, pues son gentes muy seguras y no faltará un escudo. Madre mia, qué dices de esto? No he obrado como hombre de bien para desengañar aquellas bestias?

Marc. Con que has arrojado los escudos en el estanque?

Bert. Si ellas decian que no eran mas que cuatro, he hecho muy bien en desengañarlas de que son mas de cuatro los escudos.

Marc. Ah pobre de mi! Ah desdichada Marcolfa! Salvaje, loco, incapaz, no se cómo no te ahogo entre mis uñas. Qué dirá el Rey cuando tenga noticia de semejante locura? Es natural que se irrite, y nos despida por tu culpa gran bestiaza; si en sabiéndolo te echase á una galera sería bien merecido. Qué loco, en su mayor manía, pudiera hacer locura tan disatinada!

Bert. Su maestranza diga lo que quisiere, él tiene la culpa, tuviera enseñadas á sus ranas á que supiesen los escudos que él regalaba; y lo peor de todo ha de ser, que si prosiguen ellas en gritar, me enfadarán de tal suerte que las tiraré todos cuantos trastos y muebles halláre en casa. Yo espero que lo verás como prosigan en marearme la cabeza, pues de este modo yo las enseñaré á que no hagan mofa de mí. Y cuidado conmigo, que soy yo mas bestia que todas ellas.

Marc. En tu vida has dicho mayor verdad; y si cabe, eres mayor bestia que todas las bestias juntas.

Bert. Venid conmigo y oireis su maldita obstinacion, pues ahora hacen mas ruido: quiero ir allá, y echar sobre ellas toda esta casa.

Marc. Ay pobre de mí! Á dónde vas?

Bert. Pues haced que se estén quietas, y que callen porque si no.....

Marc. Aquiétate tú, que yo haré que los pescadores con cierto bocadito las cojan, y así no te darán mas enfado. Espérame aquí en casa, que quiero ir á la ciudad para ver si los encuentro, yo haré que las cojan todas ya que has dado en esa tema. No te apartes de casa para que no nos roben lo que hay en ella.

BERTOLDINO HIZO PEDAZOS todo el pan que habia en casa, y lo arrojó al estanque.

Despues que se fué Marcolfa hizo Bertoldino otro desatino, y por mejor decir, otros dos aun mayores que el primero. Habiendo oido decir á su madre que las ranas se cogian con un bocado, imaginó que á fuerza de bocaditos de pan lo conseguiria antes que volviese su madre. Oyó que cantaban de la misma forma, y no pudiéndose contener de lo encolerizado que estaba, fuese adonde estaba el pan, lo partió todo en bocados, y llenó un saco de mendrugos. Volvió al estanque, y todo lo echó dentro de golpe. Al caer en el agua todas las ranas se bajaron al hondo y los peces se subieron arriba con el cebillo del pan; pero como eran los peces muchos, tropezaban los unos con los otros, de suerte que parecia que tenian una batalla sangrienta entre ellos. Por último, en muy poco tiempo dieron fin al socorro de los mendrugos. Viendo Bertoldino que se habian comido todo el pan fuese á casa muy rabioso, cargó con un saco de harina con el fin de echársela en los ojos, y segun fuesen subiendo ar-

riba cegarlos. Trajo el saco, y con una pala iba echando harina sobre los peces, creyendo el pobre inocente que con este arbitrio los dejaria todos ciegos; pero como ellos estaban debajo del agua, no les ofendia (yà se ve) semejante industria. Con este disparate echó en el estanque todo el saco de la harina. Volvióse á casa muy contento y satisfecho de que habia tomado venganza por sus manos, dejando los peces ciegos.



ALEGORÍA TERCERA.

Los hombres insípidos, bufones, músicos y farsantes reducen á algunos locos á un tan grande y deplorable estado, que despues aunque caben y fomenten lo poco que les ha quedado, quedan hechos á lo último una tortilla. La prudencia ó el juicio tarde ó nunca se recupera sino con solo un dón puro particular del cielo que se le conceda para remediarse.

BERTOLDINO SE METE dentro de un ceston en donde habia una gallina clueca, y en lugar de ella se sienta él sobre los huevos.

Habiendo hecho Bertoldino la bobada referida, volvió á casa, y reparó que en un rincon habia una gallina clueca en un ceston empollando unos huevos. Fuese á ella, quitóla de encima de ellos, y él se encajó dentro de la cesta, poniéndose en accion de empollarlos; pero lo mismo fué sentarse sobre los huevos que romperlos todos, y la lástima fué que estaban ya casi para empezar á nacer los pollitos. Estándose metido en la

cesta llegó Marcolfa, quien no habia ido á la ciudad á buscar los pescadores como le habia dicho al salir, sino que con este motivo fué á ver á la Reyna, y á darla un rato de diversion y de gusto, que le tenia muy grande cada vez que veía á Marcolfa. Llegó á casa y llamó á la puerta, pero no la respondió. Volvió segunda vez á llamar, y lo mismo. Golpeó tercera vez, y llamándole por su nombre, empezó á dar voces diciendo:

Marc. Bertoldino, Bertoldino, ven, hijo, y ábreme la puerta.

Bert. Yo no puedo ir á abrirte.

Marc. Por qué no puedes venir? Qué haces?

Bert. Estoy metido en la cesta de la clueca.

Marc. Y qué haces dentro del cesto?

Bert. Estoy sacando los pollitos.

Marc. Tú sacar pollos? Ay desdichada de mí, que habrá quebrado todos los huevos! Ea, ven, abre la puerta.

Bert. Ya he dicho que no puedo ir, porque empiezan á nacer ahora, y siento ya que uno me está picando en las posaderas.

Marc. Ay muger mas infelíz! que haré yo con este bruto! O nunca yo hubiera venido aquí con este tonto! Bertoldino, Bertoldino, ábreme.

Bert. Madre, poquito á poco, que la clueca me está mirando, y no quiere apartarse del cesto.

Marc. Ven hijo mio, y ábreme la puerta.

Bert. Espera un poco que ya voy.

Salió Bertoldino de la cesta y abrió á su madre, la cual como le vió tan pringado por detrás de las claras y las yemas de los huevos que habia roto, muy indignada empezó á gritar diciendo:

Marc. Ah pícaro, traidor, infame, qué has hecho?

Bert. Que tienes? de qué te alborotas?

Marc. Grandísimo bestia, qué quieres que tenga? No ves qué buena hacienda que has hecho? Puerco, mira cómo estás pringado! Ahora voy corriendo á pedir al Rey licencia para que me deje volver á la montaña, pues con los desatinos y brutalidades tuyas no es posible poder vivir mas entre gentes. Ahora conozco la prudencia de que usó tu padre en no querer revelar á nadie que tenia hijos, pues bien previsto tenia que tú no le servirias mas que de sonrojo y vergüenza. Qué bestia hubiera hecho tal desatino como romper los huevos, y ahogar los pollos que empezaban á nacer? Fuera de eso, mírate bien qué limpio estás. Qué dirá el Rey cuando te

llame, y te pregunte por qué estás tan poco limpio y tan indecente? Y qué responderás tú á eso?

Bert. Diréle que yo he hècho una tortilla en mis asentaderas.

Marc. O qué respuesta tan decente, muy propia de tu gran discrecion! Ea, quítate al punto esas medias, ponte otras, y vamos á comer, que es preciso ir los dos á la ciudad.

Bert. Y qué has de comer si en casa no hay un bocado de pan?

Marc. Cómo que no hay pan? No dejé yo mucho de sobra al salir?

Bert. Es verdad.

Marc. Pues adónde lo has echado?

Bert. No me dijiste que las ranas se cogian con un bocado? — *Marc.* Si que lo dije, y qué quieres decir en eso?

Bert. Pues en esa inteligencia todo el pan qué habia en casa lo he echado en el estanque en bocados para poder coger las ranas; pero los malditos peces acudieron luego al pan, y se lo comieron todo, de suerte que no han dejado á las ranas el mas pequeño bocado. Pero no te dé cuidado, que despues les he hecho una burla que has de reir mucho con ella. Empieza á reir, ríete con Barrabás.

Marc. Que yo me ria? Ah, infame, bue-

na cosa has hecho para hacerme reir, mas seguro es que con tus tonterías me hagas llorar. Veamos qué burla ó qué chasco les has pegado. Dílo, que bien discurro será otra locura mayor que la antecedente.

Bert. No sabes que habia un costal de harina en casa? — *Marc.* Sí, ya lo sé, qué será está segunda locura?

Bert. Pues como yo estaba tan enfadado con los peces por ver que se habian comido el pan de las ranas, tomé el saco de harina y todo se lo he tirado á los ojos.

Marc, Y para que has hecho eso?

Bert. Con ánimo de cegarlos, y yo discurro que muchos habrán cegado y no verán mas luz en su vida, pues á paladas les tiraba la harina sobre los ojos.

Marc. Válgame Dios, que locura! Ojalá yo te hubiera ahogado al tiempo que te parí. Ó Bertoldo mio! Si tú vieras esto, qué dirías? Tú que eras un manantial de sentencias! Y qué harias al oir tales y tan estravagantes simplezas? Ea, vamos, disponte para ir á la ciudad, porque el Rey te quiere ver. — *Bert.* Y por qué no viene él acá si tiene gusto de verme?

Marc. Si por cierto, mas razon era que el Rey te viniese á ver á tí. La merced que

me has de hacer es callar, cerrar la boca, y no la abras hasta que vuelvas á casa; y no sea como otras veces, que no obstante el habértelo mandado, no me has obedecido.

Bert. Y si el Rey me pregunta alguna cosa, si no puedo abrir la boca, cómo quieres que le responda?

Marc. Calla tú, y deja eso á mi cuidado, que yo hablaré por los dos.

Bert. Pues ya la cierro, mira si está bien cerrada.

Marc. Así la has de tener, y no la abras hasta que yo te lo mande, si no quieres pagarlo bien cuando volvamos á casa.

Despues de todos estos debates, Marcolfa y Bertoldino se fueron á la ciudad, y luego que les llegó á ver el Rey les hizo muchas demostraciones de cariño. Preguntó á Bertoldino cómo estaba; pero él con su boca cerrada no respondia. Entonces el Rey se volvió á Marcolfa y la dijo:

Rey. Por qué no responde á lo que yo le pregunto? Ha perdido acaso el habla, ó le ha dado algun accidente que le impida poder hablar?

Marc. Mejor hubiera sido, Señor, que hubiera nacido mudo, que de esa suerte no hablára tan enormes desatinos, ni hiciera tales

locuras como las que ahora acaba de ejecutar mientras yo me salí fuera de casa.

Rey. Qué es lo que ha hecho? Se ha meado en la cama?

Marc. Señor, es mucho peor.

Rey. Se le ha movido ó aflojado el vientre?

Marc, Mil veces peor.

Rey Pues qué cosa peor puede haber hecho? No sé qué cosas sean mas sucias y mas indecentes que éstas.

Marc. Señor, cuando te lo diga, yo sé que te has de enfadar, y con muy justa razon; y así te vuelvo á decir que hubiera sido mejor que nos hubieras dejado en nuestras montañas, y no conducirnos aquí, donde sean conocidas de todo el mundo las tontadas de este necio. — *Rey.* Pues qué ha hecho este pobre, que segun lo ponderas das á entender ha cometido algun delito gravísimo? Dílo presto, y no te aflijas, que aunque sea el mas grave y mas enorme que se puede cometer, yo le perdono al instante.

Marcolfa contó al Rey todo lo que habia sucedido con Bertoldino, lo de los escudos y el pan arrojado en el estanque á la ranas, y la harina á los peces; y por último la sacadura de los pollos con todos los demas desatinos que habia ejecutado. El Rey en

lugar de reprehenderle empezó á reir de tal forma, que se vió obligado, por no poder mas á tirarse sobre la cama, hasta mucho tiempo despues que se levantó como pudo, aunque disimulando la risa, y vuelto á Marcolfa, la dijo:

Rey. Son estas las culpas tan graves que me querias decir? Yo imaginaba que fuese cosa de mas entidad; antes ha hecho muy bien en enseñar á las ranas cómo han de hablar. No te aflijas, que no te faltará dinero, ni pan, ni cosa de todo cuanto hubieres menester.

Marc. Señor, ya que á tí te gusta, y te complaces de todo lo sucedido, por lo que á mí toca no hablaré ya mas palabra. Yo viendo que este ignorante no tiene aquel respeto y comedimiento debido á V. M., le he puesto precepto de que no abra la boca hasta la vuelta de casa, porque tiemblo no prorumpa en tonterías indignas de tu presencia.

Rey. Pues yo nuevamente le doy licencia para que abra la boca y que hable cuanto quisiere. Llévale al cuarto de la Reyna para que tenga un rato de gusto, y se divierta con su inocencia. Y tú, Bertoldino, aunque haya delante damas y señores habla como tú quisieres con toda libertad y lo que á tí te parezca, sin ningun miedo, reparo ni sujecion.

BERTOLDINO ARMA UNA QUIMERA con una doncella de la Reyna que se llamaba Librada.

Entraron Marcolfa y Bertoldino en el cuarto de la Reyna, la cual les recibió con mucho agrado, haciéndoles muchas expresiones de cariño. Y como el Rey habia dicho á Bertoldino que hablase con libertad, interpretó este término con el nombre de una de las doncellas de la Reyna que se llamaba Librada. Hallábase ésta presente cuando él entró, y en lugar de llamarla por su nombre empezó á saludarla con los mayores disparates y desvergüenzas que su corto entendimiento le dictaba, y con términos muy rústicos y en extremo chavacanos, la dijo:

Bert. Libertada, cuánto darías tú por ser bien apaleada? — *Lib.* Y por qué habia yo de ser apaleada? Los palos se emplean mejor en los burros como tú.

Bert. Yo sería burro si tú fueras mi muger, pues hablando con verdad, tu presencia es solo de burra vieja.

Lib. Si me quito una chinela te la he de tirar á la cara, villano, puerco, grosero y desatento con las mugeres. Quién te ha da-

do libertad para ser tan descortés con una muger de mis circunstancias y de mi esfera? Vete á tu aldea, villano, á guardar cabras monteses, que es mas propio para tí que el tratar con racionales.

Bert. Yo no espero ver mejor cabra que tú, pues te pareces á ellas hasta en el rumiar cuando se comen la sal.

Lib. Guárdate de mí, insolente, que si te cojo te he de romper ese hocico de lechon.

Bert. Si tú me rompes los hocicos, yo tambien he de aplanarte con mi zapato esa nariz de lechuza. — *Reyn.* Calla Bertoldino, y dime, quién te ha mandado que digas semejantes picardías á mi doncella?

Bert. El Rey me lo mandó; y si no pregúntaselo tú á mi madre, que ella dirá como es cierto.

Reyn. Es cierto esto, Marcolfa?

Marc. Serenísima señora, yo varias veces tengo hechas mis protestas. He dicho al Rey que este muchacho no conviene dentro de la corte, y que puede ser perjudicial en alguna ocasion, y ya tiene enfadados á muchos; pues no todos se hacen el cargo ni reflexionan que está fátuo. Yo, porque no dijese algun desatino delante del Rey, le puse precepto de que tuviese la boca cerrada hasta que vol-

viese á casa; pero no solo le ha dado licencia vuestro esposo para que hable, sino que permitió que hablase como le pareciera y con toda libertad; y como este bruto todo lo entiende como suena y al revés, habiendo oido llamar vuestra doncella con el nombre de Librada, ha pensado el gran salvage que el Rey le habia dicho que la dijese lo que se le viniese á la boca. Este es el motivo de haberla tratado con la cortesía que has visto.

EL REY REGALA SEGUNDA vez á Bertoldino con cinquenta escudos.

Cuando la Reyna oyó semejante tontería echó á reir de tal forma, que no habia modo de poder contener la risa. Llegó el Rey en este punto, y preguntó el motivo. Diéronle noticia de todo lo sucedido, renovóse la risa en el Rey, y despues que se aquietó le hizo regalar (¡qué fortuna en un villano indiscreto!) con cinquenta escudos de oro, y mandó se volviese á su casa; pero antes que se despidiese, la Reyna le dió una buena reprehension, diciéndole: que en adelante no se desvergonzára mas con sus damas; que mirase muy bien lo que hacia, si no queria como descortés y desatento experimentar un riguroso

castigo, y que se agarrase de la modestia, que esa era en la corte la mejor prenda. Bertoldino callando á todo, correspondió con una gran cortesía al uso de la montaña, prometiendo á la Reyna hacer lo que le mandaba, y así se partieron á su casería.

BERTOLDINO POR LAS PALABRAS que la Reyna le dijo se agarra á los guardapieses de la muger del hortelano, que se llamaba Modestia.

Habiendo llegado á su casería como Bertoldino llevaba en la memoria lo que la Reyna le habia dicho, y prometido el ejecutarlo, comprehendió todo al revés segun su rudo entendimiento; y fué, que se encontró con la muger del hortelano que se llamaba Modestia. Él creyó que le habian dicho que aquella era la modestia, y sin decir nada se tiró á ella sujetándola de los guardapieses de tal suerte, que la llevaba tras de sí dándola muchos tirones, con tal fuerza, como cuando un lobo tira de una pobre oveja. Era tal el esfuerzo y la inquietud con que la traía, que casi la puso las faldas sobre la cabeza. Viéndose arrastrada de este loco (que así es bien que se le trate), empezó á gritar de tal

forma, que llegándolo á oir su marido acudió prontamente con un buen palo en la mano, y viendo que arrastraban á su muger de aquel modo iba á tirarle el garrote á la cabeza. Mas por respetos de lo que el Rey le queria, omitió hacer en sus costillas lo que merecia; pero agarrándole, aunque con harto trabajo, se la quitó de las manos, y despues le dijo así:

Hort. Bestia, incapáz, quién te ha enseñado á usar con las mugeres una accion tan rústica y tan villana como está?

Bert. La Reyna. — *Hort.* La Reyna? Qué mal ha hecho á la Reyna mi muger para mandarla arrastrar de esta suerte?

Bert. Vé tú á preguntárselo, que ella te lo dirá. Despáchate.

Hort. Ya voy con deseo de averiguar esta infamia.

Bert. Anda, vé, y vuelve presto, para que yo pueda aprender cortesía, pues tambien me dijo la Reyna que la estudiase.

MARCHA EL HORTELANO Á LA ciudad para verificar si la Reyna era el motivo de la accion de Bertoldino.

Despues de todo lo acaecido, sin detenerse, marchó el hortelano (ciego de cólera y

rabia), se echó á los pies de la Reyna refiriéndola el caso sucedido, y al mismo tiempo la rogaba le dijese si habia sido su voluntad que Bertoldino cometiese tal infamia como la que habia ejecutado de llevar arrastrando á su muger públicamente, levantándola los vestidos sobre la cabeza, con otras muchas indecencias dignas de callarse. La Reyna le respondió que tal cosa no le habia mandado, antes bien le habia predicado á fin de que aprendiese el modo y la cortesía que habia de usar para vivir en la corte, y que tuviese siempre presente la buena correspondencia, para lo cual le sería muy útil abrazarse con la modestia, pues éste sería el camino verdadero para que todo el mundo le tuviese en buen concepto; pero yo, ni le he dicho, ni le he mandado, ni me ha pasado por el pensamiento que se agarre con tu muger, ni se abrace con otra cualquiera de la ciudad.

Hort. Ay, señora, que mi muger se llama Modestia!

Reyn. Modestia se llama tu muger?

Hort. Si señora.

Reyn. Ya comprehendo bien lo que es: lo mismo que sucedió con mi camarera Librada ha hecho con tu muger. Él lo ha interpre-

tado al contrario, pues le dijo el Rey que hablase con libertad, y pensó el majadero tener licencia para desvergonzarse con ella; de tal suerte que ha sido menester valerse de la fuerza para apartarle de ella.

Hort. Esto ha sido mayor bestialidad, y siento que el nombre de mi muger haya sido la causa de tal desórden en este idiota. Bien me hice cargo que una señora de vuestras prendas, y de una prudencia tan grande no habia de haber mandado una accion tan indecente; y así si me dais vuestra licencia me volveré al punto á casa, pues estoy con alguna inquietud, no sea el diablo que aquel bestia haga algo peor que lo pasado.

Reyn. Vete, y dí á Marcolfa que venga á verme cuanto antes, que tengo precision de hablar con ella. — *Hort.* Señora, voy al punto para obedecer tus órdenes.

Marchó el hortelano á su casa, y encerró á su muger en un cuarto, temiendo cometiese alguna otra picardía aquel salvage. Le aplacaron su enojo, y se aquietó el alboroto sin haber sucedido daño alguno. El hortelano avisó á Marcolfa para que fuese á ver á la Reyna, encargándola lo hiciese cuanto antes pudiese. Ella sin perder tiempo se fué á la corte, y se presentó delante de la Reyna

haciéndola su cortesía muy humilde y obsequiosa. La Reyna la recibió con cariño, y haciéndola sentar juntó á sí, con sumo amor y apacible rostro la dijo:

Reyn. Querida Marcolfa, yo tengo precision de tu persona, y necesito de tí en tanto grado, que no creo haya jamás habido menester á ninguna otra persona de este mundo como te necesito yo ahora.

Marc. El haber menester nace de la necesidad, la necesidad viene de la pobreza, y la pobreza viene de aquello que se carece. Y habiéndome tú menester, vienes á ser mas pobre que yo; pues no teniendo yo necesidad de tí ni de tu riqueza, claramente te he probado que por grande y poderoso que sea uno, siempre ha menester.

Reyn. Es verdad; y con una razon tan concluyente me lo has probado, que te aseguro que nunca mas me alabaré de ser tan felíz que no tenga en este mundo necesidad de nadie; pues como tú dices, ahora que te he menester vengo á ser mas pobre que tú que no tienes de mí necesidad. Pero dejemos por ahora este discurso y vamos á lo que mas me importa, y es, que me ayudes en una cosa mia de bastante importancia.

Marc. Como sea cosa que pertenezca y

sea decente á tu persona, aquí me tienes pronta para servirte.

Reyn. Si no fuera decente y correspondiente, no te hubiera hecho venir con tanta instancia. Has de saber que esta noche pasada la tuvimos divertida con una gran música, cantando y baylando con grande alegría y regocijo; y al fin se determinó hacer un juego entre todas las damas y caballeros, y el que perdia en él pagaba una prenda, y para rescatarla se mandaban varias penitencias. A unos se les hacia representar, á otros se les mandaba echar una décima de repente, á otros decir versos heróicos, y á otros escribir cartas amorosas. En suma, á unos una cosa y á otros otra, segun el parecer de aquel que tenia las prendas. Y habiéndome tocado tambien á mí pagar una prenda, he dado una sortija con un diamante, y me han dado un enigma para que le explique esta noche, y mientras no lo acierte no me volverán mi prenda. El enigma es este: *no tengo agua, y bebo agua; y si yo tuviera agua, beberia vino.* Siendo tan dificil, despues de haberme quebrado la cabeza mucho tiempo, no le he podido adivinar, y cuanto mas pienso en ello menos acierto, y mi diamante corre peligro si no descifro lo que significa la pregunta.

Esta es la precision que tengo de tu persona, sé muy bien que Dios te dió un genio agudo y sutíl, y me acuerdo que me dijiste en una ocasion lo que queria decir este misterioso enigma; pero á mí no se me acuerda la explicacion. Así en este lance es menester que recorras la memoria para que yo pueda acertar, y cobrar así mi prenda.

Marc. Sino es mas que esto, por mi cuenta queda el que quedes con lucimiento. Esta es cosa que la saben los pastores en mi montaña.

Reyn. Cómo es posible? Y la tengo yo por una cosa tan dificultosa.

Marc. Yo te la descifraré al instante.

Reyn. Me será de sumo gusto.

Marc. El enigma se disfraza diciendo que es el molinero, el cual se halla en un molino de aquellos que no tienen agua bastante para moler. Este, como no muele, no puede ganar para poder comprar vino, y así le es preciso beber agua por necesidad; porque si tuviera agua para moler, entonces tendria dinero para comprar vino, y no le sería preciso beber agua. Esta es la explicacion del enigma, estais ya enterada de ella?

Reyn. Ya quedo hecha cargo, y verdademente conozco que ésta es su interpretacion, la que yo nunca hubiera adivinado, y ahora

estoy asegurada de que cobraré mi prenda; y así sigamos en hablar de otra materia para divertirme en mi melancolía, pues con tu conversacion me olvido de ella.

Marc. Mala cosa es cuando el rio sale de madre, pero mucho peor cuando están de mal humor el hombre y la muger poderosos.

Reyn. Pues por qué?

Marc. Porque el rio espanta solamente á los campos que están vecinos á él; pero el hombre poderoso que se halla con mal humor, espanta á todos sus estados y atemoriza á sus súbditos.

Reyn. Es verdad, pero eso sería cuando el humor procediese de algun extraño pensamiento, ó de alguna vaga imaginacion, ó de haber recibido algun ultraje con deseos de aspirar á la venganza, ó por deseo de alguna empresa y no poderla lograr; pero mi humor no procede de ninguna de estas cosas, ni tampoco te puedo decir cuál sea el motivo de este mal humor que me aflige.

Marc. Quien tiene humor no tiene sabor.

Reyn. No te entiendo.

Marc. Hablaré de manera que me entiendas. El agua por qué se dice que es húmeda?

Reyn. Porque es un humor que moja, humedece y ablanda por donde pasa.

Marc. Dices bien, pero cuando se bebe qué sabor deja en la boca?

Reyn. Ninguno, porque es insípida.

Marc. Pues vé ahí claramente por que aquel que está de mal humor no tiene sabor alguno, no da gusto á aquel que le comunica, y suele causar enfado á todos los que le tratan. Aunque es verdad que hay humores diferentes, alegres, melancólicos, pacíficos, gustosos, enfadosos, falsos, ligeros, simples y tontos, como se vé presentemente en mi hijo Bertoldino, el cual por ser tan gran bestia tiene entre todos los tontos el primer lugar su simpleza.

Reyn. No me admira á mí que sea tonto, lo que mas me maravilla es que haya salido de unos padres tan agudos un hijo tan falto de juicio.

Marc. Ya sabes, señora, que cuando las mugeres estamos embarazadas se nos antojan cosas muy extrañas, y ha sucedido antojársele á una comer sesos de liebre y mollejas de mosquitos. De suerte que unas desean cosas muy fáciles, y otras las mas dificiles y extrañas, segun su imaginacion se les previene; y hay mugeres tan antojadizas que apetecen cuanto ven. Pues quiero explicarte lo que á mí me sucedió cuando me hallaba embarazada de este zángano. Se me antojaron los sesos de una

ánade, y como el antojo fué nacido de mi aprensión y delirio en la cabeza, éste la ha sacado igual á la del mosquito, con unos sesos de ánade que es uno de los animales mas tontos que Dios crió en este mundo; siendo tan privado de instinto, que por la noche no sabe ni halla su cama ó nido en que acostumbra dormir. Este es el motivo y causa de que sea Bertoldino tan necio, siendo tan agudo su padre; y yo no tan tonta como él.

Reyn. Marcolfa, es preciso tener paciencia, que otros hay que son mas fátuos, y yo no veo que haga cosas tan insufribles que no se puedan tolerar. Basta por ahora, vete, y dale de merendar, que ya discurro será hora para él.

Marc. Voyme á mi casa al momento; yo creo que cuando llegue hallaré alguna cosa de nuevo.

Reyn. Anda, vete muy enhorabuena, y te encargo que me vengas á ver mas á menudo.



ALEGORÍA CUARTA.

Un genio rústico y villano trata indistintamente á las libres y viciosas como á las virtuosas y modestas. La ignorancia vá siempre unida de la presuncion y espanto, y muchas veces seguida con la confusion y la vergüenza; por lo cual el hombre de juicio se sirve de otros vicios para dar mas brillo á su sabiduría, y ganar ó conquistar mas honor, y ser alabado.

BERTOLDINO VUELA con las grullas.

Interin que la Reyna estaba hablando con Marcolfa, Bertoldino se habia ido á casa, y entrando en el corral vió volar una infinidad de grullas; y al punto imaginó que las podria coger con grande facilidad, pues habia reparado que bajaban al suelo á beber en una artesa que habia para el uso del ganado. Discurrió varios arbitrios, y no halló otro mas fácil que el de ver cómo las habia de emborrachar, y así lo hizo. Fuese á la bodega, tomó un barril de vino muy especial que el Rey habia regalado á

su madre, y cargando con él lo echó dentro de la artesa. Despues se escondió en un rincon para ver beber las grullas, y qué efecto les causaba. Apénas lo ejecutó cuando bajaron todas al olor de tan buen vino, cercaron toda la artesa, y empezaron á gustar de una tan dulce bebida. Tanto bebieron que llegaron de tal suerte á emborracharse, que cayeron todas unas por un lado y otras por otro; de suerte que parecia al que las veía que todas se habian quedado muertas. Viendo Bertoldino tal espectáculo, fué corriendo con grande alegría, y una por una las fué cogiendo y colocando al rededor del cinto ó ceñidor que tenia, llevándolas todas ensartadas por los pescuezos. Determinó salir así á recibir á su madre cuando viniese, creyendo haber ganado un gran trofeo. Luego que á lo léjos vió á su madre saltaba de alegría y gritaba diciendo, mira las grullas, mira las grullas. Sucedió la fatalidad que con su inquietud tan continua y el haber pasado algun tiempo, habiendo las grullas digerido el vino, empezaron á sentir la opresion del cinto; y viéndose oprimidas con mortales y terribles angustias, empezaron á sacudir las álas esforzándose para ver si podian escaparse de aquel lazo. De tal suerte apretaron los vuelos, que como eran muchas no pudo resistir con su fuerza á la de

las grullas, y consiguieron levantarle en alto, llevándoselo hasta una muy distante altura. Venia de la ciudad á su casa Marcolfa, y reparó que Bertoldino andaba levantado en el ayre; y no sabiendo el motivo de una cosa tan extraña, toda trémula, confusa y afanada, empezó á gritar, diciendo:

Marc. Ay pobre de mí, qué es lo que veo! Ah Bertoldino! qué es lo que te ha sucedido? Dímelo, adónde vas?

Bert. Voy á cenar con las grullas. Sosiégate, que yo volveré muy presto.

Marc. Desdichada de mí! Bertoldino, Bertoldino?

Bert. Ya no soy Bertoldino que soy grulla.

Marc. Ay de mí, que las grullas se llevan á mi hijo! Dios sabe si le volveré á ver mas. Ven, muerte, y acaba conmigo, que no quiero estar mas en este mundo; ven, y con esto me quitarás tantos disgustos como paso.



ALEGORÍA QUINTA.

Todo aquel que desea ensalzarse con plumas y con el sudor de otros, ordinariamente fabríca su precipicio y dá compasion á los hombres capaces y juiciosos que de antemano ya lo tienen previsto. Á otros les causa gusto los propios males que experimentan; y por no privarse de esta loca delicia confian demasiado en los medios de la razon, esperando que le serán suministrados para librarse de todo riesgo.

VUELVEN LAS GRULLAS EL VUELO ácia el sitio donde habian bebido, rómpesele el cinto á Bertoldino, y cae en el estanque de agua.

Mientras Marcolfa se quejaba de su desdicha, las grullas habian levantado ya á Bertoldino á una altura muy bastante. Volvieron el vuelo ácia el sitio donde habian bebido, y casualmente sucedió la desgracia de que atravesando por encima de un estanque de agua, en donde habia bastante pesca, se rompió el cinto donde ellas estaban sujetas; y el pobre, á

imitacion del infelíz Ícaro, cayó de cabeza con las piernas ácia arriba, dando con todo su cuerpo un terrible golpe dentro del agua; de tal suerte, que con el estruendo toda la pesca se salió á la orilla. Pero como la fortuna está guardada solo para los tontos, despues de haberse zambullido muchas veces en el agua, salió fuera sin lesion alguna. Llegó Marcolfa en este tiempo, y viéndole hecho una sopa de agua le preguntó lo que le habia sucedido, diciendo:

Marc. Pobrecito mio, dime, cómo te llevaban por el ayre las grullas?

Bert. Las emborraché con aquel barril de vino que nos envió el Rey de regalo.

Marc. Ay desdichada de mí! Qué has hecho, majadero, infame, tonto!

Bert. No hice mas que vaciarlo dentro de la artesa del ganado, bajaron las grullas al olorcillo, y se lo bebieron todo. Despues que estaban embriagadas cayeron en el suelo como muertas; yo que las ví así, las fuí cogiendo y metiendo sus cabezas entre mi cinto. De este modo iba á salir á recibirte; pero cuando yo llegaba cerca de la puerta, empezaron á volver de su letargo, dando con tal fuerza continuas aletadas que pudieron mas que yo, y me levantaron en el ayre

lo que viste. Mi desgracia quiso se rompiese el cinto, que si no yo volaba como ellas, y queria me lleváran á la casa de la luna, y desde allí al pais de Culicotidonia, que es una tierra en donde son hembras todas las mugeres.

Marc. No, que serán machos. Bruto, qué pan tan mal empleado el que comes! Vamos á casa, te quitarás ese vestido, y te pondrás otro enjuto. Que bien dice aquel proverbio: *á los locos no se les dá nada aunque se undan todas las estrellas del cielo.* Mírese por experiencia en éste, pues á pesar del peligro tan grande en que se ha hallado, él lo toma por modo de juguete. Yo no sé qué me haga con este gran jumento, pues cada dia hace mas horribles disparates; ea, marcha á casa.

Bert. No quiero ir, que aquí me secaré al sol; anda tú, y tráeme un cesto, que quiero llenarlo de aquellos peces que han salido fuera del agua cuando yo me caí dentro, pues quiero hacer un regalo al Rey, que yo creo le apreciará, y mucho mas cuando le cuente la extratagema de que me he valido para cogerlos. Yo sé que ha de reir bien con esta nueva moda de pescar.

Marc. Es cierto que reirá. Simplon, no conoces que has perdido el juicio, y que no

tienes mas sesos que los que tiene una mosca?

Bert. Así los tuvieras tú y cuantos hay en el mundo, pues yo aseguro sucederian mejor todas las cosas; y si no dime, cuando tú me hiciste estaba yo presente?

Marc. Quítate de delante, que ya no puedo sufrir tan amontonadas simplezas y tan grandes ignorancias, y otra vez te vuelvo á decir que vayas á casa al punto.

Bert. Ya te he dicho que quiero coger los peces, y que me traigas una cesta; y si no me los pondré por dentro de los calzones, y se los llevaré así al Rey. Lo has entendido ya?

Marc. Ay, infelíz de mí! Pues ello no tiene mas, que este bruto conforme lo dice lo hará. Espera, te traeré la cesta y el vestido, que quiero darte ese gusto.



ALEGORÍA SEXTA.

Es propiedad de tontos lisonjearse y querer desechar de sí mismos una pasion que combate con otra mayor, y ésta tal vez suele acontecer que es mas perjudicial que la primera. La razon y el conocimiento no deja de hacernos presente el verdadero remedio, pero si éste llega tarde no sirve al enfermo y ofende al médico.

TIENE BERTOLDINO UNA GRANDE batalla con las moscas.

Mientras que Marcolfa fué á buscar la cesta y el vestido, Bertoldino se desnudó quedándose en cueros, y puso á secar su vestido al sol; y como era en lo mas ardiente del mes de julio, y á la hora de medio dia, se le empezaron á pegar las moscas de tal suerte, que le acribillaban sin poderse librar de su furor. Unas le picaban en la espalda, otras en un brazo, otras en el pescuezo; y en suma, unas de un lado y otras de otro, le dieron tal asalto por todo su cuerpo, que llegó á enfadarse tan de veras, que cogiendo un manojo de mimbres, y otro de

cambroneras, compuso dos manojos á modo de escobas, y las empezó á desafiar á una muy sangrienta batalla; pero como ellas se pegaban al cuerpo de Bertoldino, daba encima, y ellas saltaban de un lado á otro, y él asegundaba con furia en cuantas partes se le pegaban. Tanto se sacudió con los mimbres y cambroneras, que se llenó de llagas. Mas viendo que no se podia librar de una plaga tan grande, empezó á llamar á su madre para que le viniera á defender, diciendo á las moscas: esperad, que ahora vendrá mi madre, y os dará el pago que mereceis. Madre, corre, que las moscas me quieren comer. A estas voces salió de casa Marcolfa, creyendo que le hubiese sucedido alguna desgracia; y viendo que con tan blandos algodones se desollaba vivo, se los quitó de las manos cubriéndole sus sangrientas carnes. Púsole en la cama, porque no podia estar en pie, ya por la caida en el estanque, ya por lo desangrado que estaba, y ya tambien por haber estado tanto tiempo sufriendo el rigor del sol; de suerte que estaba tan fatigado, y tenia tan dolorido y sangriento todo el cuerpo, que era un lastimoso espectáculo. Fué Marcolfa al punto á buscar un médico, y de camino pasó á ver á la Reyna. Entró en su

cuarto saludándola como acostumbraba; pero la Reyna, haciéndola novedad que viniese á verla á hora tan intempestiva, la dijo:

Reyn. Qué buena suerte te trae, Marcolfa, á estas horas y con este calor?

Marc. No es muy buena suerte, sino la mala la que aquí me trae ahora.

Reyn. Pues qué te ha sucedido? Se ha muerto acaso Bertoldino? Parece que vienes muy angustiada.

Marc. Señora de mi vida, para mí sería grande suerte que se me hubiera muerto.

Reyn. Por qué? qué te ha hecho?

MARCOLFA CUENTA Á LA REYNA todo lo que habia sucedido á Bertoldino, y despues de haber reido con grande exceso la dice:

Reyn. Digo que tienes mucha razon; yo siento infinito tus desazones; pero dime, dónde le has dejado cuando saliste de casa?

Marc. Le he dejado en la cama todo molido y hecho pedazos, pues con la fuerza que ha hecho por defenderse de las moscas, se ha dado un golpe (entre los muchos) muy fuerte.

Reyn. Es menester que vaya el médico para que recete lo necesario, pues estando

en el estado que dices, será preciso, ó que le echen unas ventosas sajadas ó sangrarle, ú otro remedio perteneciente á su mal. Vayan á buscar al médico, y que sin dilacion visite á Bertoldino y le ponga luego en cura, pues importa mucho el restablecimiento de su salud. Tú, Marcolfa, vete antes para que cuando el médico llegue estés pronta para ver lo que ordenare. Consuélate, que yo espero no sea cosa de cuidado. Todo lo que se ofreciere se te aprontará al momento, con que así no te acongojes, que los golpes de los muchachos hacen poca impresion en ellos. Quando el Rey lo sepa tendrá un buen rato de gusto, aunque segun le quiere ha de sentir verle malo.

Marc. Ya sé, señora, que los locos dan gusto y divierten á los extraños; pero no sirven de diversion á los que son de su casa. Yo me voy, pero mucho dificulto quiera permitir él que el médico se le acerque; porque es tan fatal cabeza que creerá que le vá á matar. Mas con todo eso quisiera no dejase de ir, que una vez que le registre, á mí me dirá despues lo que se ha de ejecutar, y yo por mí lo haré, pues de ese modo nada se recelará; y así, señora, quedad con Dios.

Reyn. Anda en paz.

VA EL MÉDICO Á VER á Bertoldino, y entre los dos hay grandes coloquios.

Despues que Marcolfa se fué, y llegó á su casa, entró en el cuarto de Bertoldino, el cual estaba durmiendo, y abriendo el balcon se fué ácia la cama. Llamóſe diversas veces; pero como estaba en la mayor fuerza de su dormir no respondia. En este tiempo llegó el médico, y acercándose á la cama le descubrió un poquito para ver cómo estaba de sus heridas; y hallándole bastante maltratado, y en especialidad de la caida, dijo á Marcolfa:

Méd. Mira si le puedes despertar para registrarle bien, y despues te diré lo que has de hacer.

Marc. Despierta, Bertoldino; Bertoldino, no oyes?

Bert. No puedo despertar.

Marc. Por qué no puedes?

Bert. Pues no sabes que estoy durmiendo?

Marc. Vaya, despierta, mira que si no te tiraré de la cama al suelo.

Bert. Anda á hilar y no me enfades. Por cierto que nos vienes ahora con buena fres-

ca, estoy durmiendo á mas dormir, y quieres que despierte.

Méd. Ay, valgame Dios! Esto es bueno, está hablando, y dice que está durmiendo. No he oido mayor tontada en mi vida.

Bert. Quién es ese hombre barbudo que está contigo? Es algun capador? Pero no importa, que á tí no te ha de capar. Señor figura quítese delante de mí, porque:::: Agradece que estoy durmiendo, que si no me habia de levantar, y te habia de dar tantos palos como puede llevar un borrico de yesero.

Méd. Solo esto me faltaba. Vaya duerme, duerme, que es cierto que para mí es fortuna el que tú no estés despierto. Marcolfa, ya he conocido la enfermedad; yo te enviaré cinco píldoras capitales con las que se le descargará la cabeza. Quisiera que le echáras una lavativa, pero veo que será dificultoso el poderlo conseguir. Y así para mas facilidad le pondrás una cala, y por tres mañanas consecutivas le darás un poco de cañafistola en pedacitos, que con esto espero que en pocos dias se pondrá bueno; y no hay que tener cuidado que todo esto no será nada, y á Dios hasta otra vez.

Marc. El te acompañe, y agradezco tus favores; y perdona mi desatencion en no ha-

ber mandado que te saquen de beber, porque las grullas se bebieron todo el vino.

Méd. Mucho estimo tu atencion, pero yo de nada necesito. A Dios, y déjale dormir lo que quisiere.

Despidióse el Médico riendo de la gran simpleza de tan grande majadero, que aún se quedaba gruñendo y decia que dormia. Llegó á palacio, refirió á la Reyna el suceso, la cual echó á reir con tan buenas ganas que por mucho tiempo no fué posible dejarlo, sucediendo lo mismo con el Rey, quien mandó que al punto llevasen los medicamentos y se los entregasen á Marcolfa, la que luego que los recibió se fué con ellos á la cama de Bertoldino, diciendo:

Marc. Duermes todavía simplon?

Bert. Sí duermo, qué me quieres?

Marc. Te quiero dar un medicamento que te ha recetado el médico, y con él ha dicho que luego te pondrás bueno.

Bert, Yo duermo, yo duermo. Tómale tú por mí.

Marc. Vamos, siéntate, tomarás un poco de casia, y despues te untaré las espaldas con el ungüento de altea, y verás como con esto te quedas al punto bueno.

Bert. Qué has dicho? Que yo me coma

una casa? Que se la coma por mí el médico si tiene hambre.

Marc. No digo una casa, tonton, sino casia. Tómatela en bocaditos, y si no te gustase así te la daré en la caña ó desleida en el vino, ú de otro cualquier modo que te pueda hacer provecho.

Bert. Cómo quiere ese bárbaro que yo pueda tragar una casa y cañas enteras? Mas valiera que hubiese recetado que me hicieras unas puches. Sin duda que el tal médico es un grandísimo ignorante.

Marc. Yo te haré las puches despues de tomar las medicinas; y si no quieres la casia tomarás estas cuatro píldoras, y despues te pondré esta cala, que esto solo te descargará la cabeza.

Bert. Bien está, yo haré lo que tú quisieres con tal que me hagas las puches.

Marc. Te doy palabra de hacértelas. Toma las píldoras ahora, y trágalas presto para que vayan abajo, que esta cala te la pondré yo despues. — *Bert.* No, no, dámelo todo á mí, que ya estoy hecho cargo de lo que me dices, y lo ejecutaré como mandas.

Marc. Vaya, pues tómalo todo, y esfuérzate á echarlas presto abajo. Ea hijo, buen ánimo, y ten esfuerzo.

BERTOLDINO SE TRAGA LA CALA y las píldoras se las aplica en el orificio, y Marcolfa le dice:

Marc. Qué haces, bestia? Espera, que eso no vá bien de ese modo. Desdichada de mí! Lo que ha de tomar por arriba se lo aplica por abajo, todo lo hace al contrario.

Bert. Déjame, que bien lo entiendo. Piensas tú que soy yo algun lerdo? Tú eres la que no has entendido al médico. Quieres que yo me ponga por abajo este tarugo estando bañado en miel? Eso sería bueno para un tonto. Esto se ha de tomar por la boca, y estas balas por abajo; no creas que yo soy falto de conocimiento.

Marcolfa por mas gritos que le dió no lo pudo remediar porque la cala ya se la habia tragado, y las píldoras hacia todos sus esfuerzos para encajárselas por la parte posterior. Bien le pesó al desdichado la tomadura de la cala, pues como estaba tan enmelada se le atarugó en la garganta de tal suerte que no habia modo de pasarla, y llegó casi á términos de ahogarse causando á un tiempo lástima y risa en ver los visages y gestos que hacia. Viendo Marcolfa este las-

timoso suceso envió luego al punto á llamar al médico, el que vino prontamente con la órden de la Reyna. Vióle éste, y hallándole con temblores convulsivos le dió un vomitivo, con el cual le hizo arrojar de la garganta el impedimento que tenia en ella. El pobre médico no se pudo apartar con tiempo, y con la fuerza le tiró todo el vómito en los ojos. Tuvo bastante trabajo para limpiarse, y despues marchó á su casa furioso y colérico maldiciendo y renegando de los locos, y de quien le habia enviado á visitar tan gran bruto.

MARCOLFA PREGUNTA á Bertoldino cómo se halla. Y la respuesta que él la dá es decir que quiere puches.

Marc. Y bien, Bertoldino, cómo estás?

Bert. Bueno, y estaré mejor despues que me hayas traido las puches que me ofreciste.

Marc. Es cierto que por tu habilidad las mereces, pues has dejado casi ciego al pobre médico con la cala que le arrojaste con tal fuerza como si hubiera sido una bala.

Bert. Para él ha sido el daño, y es razon que quien tiene la culpa pague la pena, pues yo no le he llamado.

Marc. Ya sé que tú no le llamaste; pero

tampoco podias, porque tenias con la cala impedida la garganta para hablar.

Bert. Mejor estaba yo cuando tenia aquel bocado en la garganta, pues con él no me habia de morir de hambre como ahora me sucede; y si quieres darme vida hazme luego una grande artesa de puches, porque me siento tan debilitado que no puedo hablar de hambre. — *Marc.* Voy á hacerlas al momento ya que mi desgracia así lo quiere.

Bert. Despáchate presto para sacarme de esta afliccion y desmayo.

MARCOLFA HIZO UNA BUENA porcion de puches las que se comió Bertoldino, y con el peso de ellas se fué debajo de un olmo para aligerarse y allí se quedó dormido. Noticioso el Rey le envió á buscar con un coche, y cuando le vió presente, le dijo así:

Rey. Cómo estás, Bertoldino?

Bert. Yo estoy de pie derecho.

Rey. Ya lo veo: pero quiero decir, cómo te sientes?

Bert. Yo siento tocar las campanas.

Rey. Lo que te digo es si te sientes malo, ó bueno.

Bert. Pues si ya he dicho que siento tocar las campanas, no siento bien?

Rey. Te parece que son adecuadas esas respuestas? Ea, pues no quiere responder, conducidle al cuarto de la Reyna porque quiero que le vea.

Bert. Traedmela aquí donde estoy.

No queria ir, pero le llevaron para que la Reyna le viese; y luego que estuvo en su presencia, con grande risa le dijo:

Reyn. O, aquí tenemos á Bertoldino! Y qué se hace Marcolfa?

Bert. Las que hacen son vacas que están preñadas, y no yo señora Reyna.

Reyn. Dime, te sientes mas aliviado de tus indisposiciones, pues he tenido noticia que has estado enfermo?

Bert. Hasta ahora yo no he salido de casa, con que mira tú cómo puedo haber estado en el infierno, ni tampoco tengo noticias donde está. Lo que te estimaré es que me digas si es algun palomar ó pajar ese infierno. — *Reyn.* Sí, sí, palomar es. Dime qué se ha hecho tu madre?

Bert. Quando yo la dejé en casa quedaba dando de beber á los hijos de nuestra clueca que ha parido hasta unos treinta hijitos.

Reyn. Pues tu clueca pare hijos?

Bert. Y como que las pare. Y por qué no haces tú lo mismo? Te falta por ventura algun buen gallo?

Reyn. Soy yo gallina para que necesite de gallo?

Bert. Mi madre dice, que si nuestras gallinas no tuvieran un buen gallo, nunca tendrian hijos. Pues dime, las gallinas no son hembras como tú? Pues si deseas tener hijos, yo te buscaré un buen gallo, y sino te presentarémos el nuestro. Mira si le quieres, te le traeré al instante.

Reyn. Yo no he de menester gallo alguno, y te doy las gracias por el cuidado. Ola criados, venga uno y lleve á merendar este cuitado.

Bert. Te suplico, antes de merendar, que me hagas el gusto de mandar que me lleven á hacer mis necesidades, que es lo que mas me importa y necesito al presente.

Reyn. Tienes sobrada razon. Filandro, ven presto.

Fil. Señora, aquí estoy, qué mandais?

Reyn. Lleva á este pobrecillo donde él te diga, y sea cuanto antes no le suceda algun trabajo.

Fil. Dónde quieres que te lleve?

Bert. A hacer aguas mayores.

Fil. Yo creo que este descomulgado ha de soltar la carga antes que llegue al lugar comun. Ea, vamos, ven conmigo. Qué brava caña de pescar me han entregado! Yo no sé qué gustos tan raros tienen estos príncipes en permitir junto á sí esta casta de bufones, y mas éste que es un bruto. Ello lo que vemos es, que hoy dia mas se aprecian, protegen y patrocinan semejantes gentes, que un hombre erudíto cansado de quemarse las cejas en los estudios. Estos no se premian, y á este bruto todos los dias le hacen vestidos ricos y regalos exquisitos sin economía ninguna. Sucediendo todo al contrario con los hombres hábiles, como sucede en palacio con muchos criados antiguos y envejecidos en el servicio, sin haber tenido jamás la mas pequeña gratificacion en atencion á sus dilatados méritos; manteniéndose solo estos pobres con el humo, la sombra y vana esperanza, en la que acaban sin mas ascenso que su miseria. Cada uno corre con ansia y afana por la corte, y en ella se hallan cortas recompensas y muy dilatados los deseos. Y si éstos no vivieran con esperanza, mas presto correrian á buscar su muerte que pasar acelerados á la corte. Entre los muchos soy yo uno de éstos, pues habiendo servido en ella tantos años con la

mayor fidelidad y zelo correspondiente, no he recibido jamás de su mano el mas mínimo reconocimiento; y ahora para mi mayor desgracia me veo reducido á llevar á descomer á este bruto. Buen pago por cierto despues de tantos servicios! Hallarme reducido á un ejercicio tan bajo y tan indecoroso! O, pobre Filandro! Vamos descomulgado.

Bert. Dónde me quieres llevar?

Fil. Te llevo al cántaro para que hagas tu menester.

Bert. Yo no quiero cantar ahora; y así llévame al campo, y despues déjame á mí.

Fil. Vamos que yo te llevaré donde tú quisieres, ya que mi fortuna así lo quiere tendré paciencia. Por esta vez me han pillado, pero para otra muy dificultoso será.

Condújole Filandro á lo último del jardin donde hizo su precision; y despues que hubo acabado lo llevó á la despensa, le dió pan y un pedazo de salchichon con un buen trago de vino. Y despues que merendó le llevó adonde estaba la Reyna, quien le preguntó:

Reyn. Has merendado bien?

Bert. Si señora.

Reyn. Y que te han dado de bueno?

EN CINCO VECES NO PUDO acertar Bertoldino á decir que habia comido salchichon.

Bert. Pan y lasamo.

Reyn. Qué?

Bert. No te he dicho que samalo?

Reyn. No te entiendo.

Bert. Quiero decir malaso.

Reyn. Peor que peor.

Bert. Ahora sí que lo diré. Te digo que he comido lamaso, ya discurro me habrás entendido, pues bien claro me he explicado. Vuelvo á decir, que se llama masallo. Esta vez me habrás entendido mejor.

Reyn. Qué desatinos estás diciendo? Qué infiernos de nombres son estos que tú dices de lasamo, samalo, malaso, lamaso y masallo? No entiendo lo que tú quieres decir. Dime tú, Filandro, qué es lo que le has dado de merendar, porque este majadero no lo ha de acertar á decir.

Fil. Señora quiere decir salchichon. Vea V. M. qué buena cabeza tiene, pues de cinco veces no lo ha acertado á nombrar, como si esto fuera un punto de dificultosa gramática.

El lector podrá presumir lo que la Reyna

reiría con semejante paso. Llegó el Rey á la sazon, y le contaron el ya referido lance, de manera que volvió de nuevo la risa; y como se divulgó en todo palacio, generalmente reían todos. Duró la fiesta todo aquel dia y muchos despues. A todos se les habian quedado tan impresas en la memoria las cinco palabras de lamaso, samalo, malaso, lasamo y masallo, que cuando llegaba la ocasion de poner en cualquier mesa algun salchichon, ninguno acertaba á llamarle por su nombre propio, sino con los nombres extravagantes ya dichos. Mandó finalmemte la Reyna que llevasen á Bertoldino á su casa, pero que pusieran un coche porque era su gusto fuera con esta decencia; y así que llegó le preguntó Marcolfa.

Marc. Qué has visto en la ciudad que sea de tu gusto?

Bert. La olla que hay en la cocina del Rey.

Marc. Qué particularidad tiene la olla de la cocina del Rey?

Bert. Que caben en ella mas de mil tazas de sopas, porque es muy alta y tiene una gran barriga. — *Marc.* Reniego de tí, que siempre estás pensando en comer.

Bert. Quien no piensa en comer no piensa en vivir, y si yo no comiera me moriria.

Marc. Es mucha verdad; pero ahora quiero me digas qué es lo que has aprendido de bueno en la corte?

Bert. El andar subiendo y bajando escaleras por mi gusto.

Marc. Es cierto que eres gran sugeto, y dás muestras de tus grandes talentazos.

Bert. Pregunto, y los gansos son ánades?

Marc. Bueno vá. Sí, sí, Porque me dejes.

Bert. Una cosa te queria preguntar, y se me ha olvidado. — *Marc.* Tal sería ella.

Bert. Ya, ya me acuerdo. Dime, quando tú me engendraste estabas presente?

Marc. Ay pobre de mí! Ya te he dicho que no me rompas mas la cabeza con tus grandes desatinos, pues con tus tontadas me dás tanto enfado que ya te tengo aborrecimiento.

Bert. No te enfades. Escúchame, y te contaré una gracia que yo he observado. Estando en el cuarto de la Reyna he visto que no tiene mas que dos piernas, cosa que me ha maravillado, porque nuestra vaca tiene cuatro, qué te parece? Responde.

Marc. Qué quieres que responda? Digo que cuando te hice hubiera sido mejor haber hecho una torta.

Bert. Mejor hubiera sido, que con eso á mí me hubieras dado un pedazo.



ALEGORÍA SÉPTIMA.

En esta novela ván metafóricamente comprehendidos los verdaderos remedios para vivir sano; y son abstenerse todo lo mas posible de medicamentos y dejar obrar la naturaleza por sí sola, divertirse honestamente, comer con moderacion, no matarse por saber mas de lo que alcanza y puede llevar nuestro entendimiento, desechar y alejarse de todo vicio, y no dar lugar que reyne ninguna pasion particular en nuestro corazon, porque éstas son tambien debilidades que crian malas consecuencias.

MARCOLFA SE VA A LA CIUDAD, queda encargado á Bertoldino que cuide de los pollos, y los deja llevar á un gavilan.

En esta conversacion llegó la hora de irse á acostar. Por la mañana temprano se levantaron, y Marcolfa dijo tenia que pasar á la ciudad á comprar ciertas cosas precisas para la casa. Encargó á Bertoldino el cuidado de ella, y sobre todo que zelase los pollitos

que quedaban sueltos en el corral no se los llevára el gavilan. Fuese Marcolfa, y como si le hubieran dicho se los entregára al gavilan así lo hizo. Tomó todos los pollos y los fué atando de un pie uno por uno haciendo una sarta de todos juntos; y uno de ellos, que era todo blanco, le ató á una punta para que fuese el primero. De este modo los subió al tejado, y dejándolos allí se bajó á un sobradillo desde donde estaba observando lo que habia de suceder, y lo logró en breve tiempo. Un gavilan que de continuo revoloteaba al rededor de la casa, como los vió en el tejado, bajó poco á poco y se tiró sobre ellos; y como el blanco era el primero de todos empezó á picarle levántandole en el ayre con todos los demás que estaban asidos á él. Entonces empezó á reir Bertoldino, y con grande bulla decia: *al blanco, al blanco, tira bien del blanco, y llevarás los demás.* Así sucedió, pues los llevó sin dejar ninguno. Cuando volvió Marcolfa de la ciudad, la salió á recibir Bertoldino dando muchas carcajadas de risa, y su madre le preguntó:

Marc. Qué tienes que tanto te ries? Hay alguna cosa de nuevo?

Bert. Ay, madre mia, que he tenido un

gusto muy grande, y te aseguro que cuando sepas el motivo tú tambien has de reir sin consuelo. Te suplico empieces á reir. Ay, y qué gusto! No se puede dar mas grande.

Marc. Salvage, por qué quieres que me ria si no dices el motivo?

Bert. No me encargaste los pollos?

Marc. Sí, prosigue.

Bert. Pues le he pegado un gran chasco al gavilan.

Marc. El cielo me ampare! Y qué chasco es! Dilo presto.

Bert. Los he atado todos juntos en una sarta, ha venido el gavilan, y todos se los llevó de una vez. Pero no te puedo ponderar el trabajo que le ha costado el llevarlos, porque aunque yo le gritaba que agarrase primero al blanco, pues con eso mas fácilmente llevaria los demás, no me entendia; pero por último se esforzó y ejecutó lo mismo que yo le decia. Si lo hubieras visto, te habias de haber tendido de risa en ver que aquel pájaro tan grande, apénas podia llevar una manada de pollos. Dime, no le he pegado buen petardo á aquel pajaron?

Marc. Tú eres el pajaron, bestia indómita, no sé cómo me detengo, pues me están dando impulsos de agarrarte por el pescuezo

y ahogarte entre mis uñas. Ah, Rey Albuino! Ya no te tengo en subido y grande concepto, viendo que te pagas, entretienes y complaces con los desatinos de este loco que no tiene ni aun visos de racional. Es cierto que cada uno en este mundo tiene su ramito de locura; pero con tanto exceso, ya es insufrible, ni hay para tanto paciencia. Mas qué remedio tiene, ni cómo ha de dejar de cometer insolencias, si cuando sepa el Rey el desatino que ha hecho, en lugar de reprehenderle y hacerle castigar, lo celebrará por gran gracia; y despues le hará algun regalo en premio? Ay, pobres filósofos! Aprended con este ejemplo, aplicaos, sudad, trabajad, perdiendo la vida con los estudios, que por mas que hagais, pobres viviréis y pobres moriréis; pues en esta corte mas protegido está y mejor premiado un loco, ignorante, y simple, que cien hombres erudítos aunque estén llenos de méritos. Paciencia, que este pago acostumbra á dar el mundo. Y dime, bruto, la gallina donde está?

Bert. La tengo cerrada en el gallinero con el fin de que no impidiera al gavilan el poder llevar los hijos. Entiendes tú que yo soy tan tonto?

Marc. Paciencia, á lo hecho buen pecho.

Entra en casa que ya estoy satisfecha de que eres un mozo muy discreto. Pero dime, si esto llega á los oidos del Rey qué te parece que dirá? No podrá menos de darle sumo enfado, teniéndote por un necio, ignorante y mentecato.

Bert. Y quién quieres tú que se lo diga al Rey?

Marc. Te parece á tí que no hay orejas por aquí al rededor que todo lo están oyendo?

Bert. Pues yo no veo otras que las del burro del hortelano, y ciertamete me parece que está aquí cerca para observar y oir lo que pasa. Repárale bien, y verás cómo las tiene tiesas; pues yo te aseguro que ahora, ahora tomaré yo la providencia debida.



ALEGORÍA OCTAVA.

El oir uno negocios de otros es cosa muy descortés y de mal criado, y merece castigo; y no obstante los príncipes y grandes remuneran, mantienen y engordan bestias de tan mala raza. Quien se pone á ejercer un oficio que no sabe, se expone á un daño y riesgo vergonzoso.

BERTOLDINO CORTA las orejas al burro del hortelano.

Marc. Espera, qué vas á hacer?

Bert. Voy á cortar las orejas á este pollino que está escuchando todo cuanto hablamos los dos, y ha de pagar la curiosidad porque aprenda á ser cortés.

Marc. Ay, infeliz de mí! Ya cortó las orejas al borrico del hortelano! Qué dirá ahora? Esta es la ocasion en que si él vá delante del Rey á querellarse de nosotros, nos ha de enviar enhoramala, y tendrá muy justa razon. Ah, traidor!

Bert. El pícaro traidor es el borrico que se emplea en ir á contar lo que pasa entre nosotros, pero yo le aseguro que ya no oirá mas en su vida.

Marc. Ea, ya viene aquí el hortelano, y pues que su borrico no oye, tú oirás lo que no quisieras; y le sobrará la razon para obligarte á que se le pagues, pues sin orejas no se querrá servir mas de él.

Hort. Quién ha cortado las orejas á mi borrico?

Bert. Yo he sido.

Hort. Por qué motivo?

Bert. Porque estaba escuchando lo que parlábamos.

Hort. Aquí no necesitamos de bufones. Págame al punto mi borrico; y si no, me voy á querellar de tí al Rey para que me haga justicia.

Marc. Escucha, aguarda, no vayas á dar querella, que yo te satisfaré el valor de tu borrico. Déjalo á mi cargo que yo lo compondré todo.

Hort. No, no. Quiero que el Rey lo sepa, pues tambien el otro dia sucedió lo que sabes con mi muger. No quiero dar lugar á que algun dia se le antoje hacer otra locura mayor, que me pese mucho mas si tanto se tolera; y así, voyme corriendo á la ciudad á querellarme ante el Rey.

EL HORTELANO SE QUERELLA al Rey contra Bertoldino, al cual luego envió á llamar. Viene con las orejas del burro en el pecho, y el Rey le dice.

Rey. Ven ácia acá, Bertoldino.

Bert. Aquí estoy, señor maestrísimo.

Rey. Ponte aquí mas adelante, hortelano.

Hort. Serenísimo Señor y Rey mio, aquí estoy.

Rey. Cuál es la queja que traes?

Hort. Señor, que este majadero me ha estropeado mi borrico, y vengo á pediros justicia.

Rey. Es verdad esto, Bertoldino?

Bert. Es verdad, porque el asno, señor :::

Rey. Tú eres el asno, prosigue.

Bert. Estaba con las orejas tiesas para escuchar lo que hablábamos mi madre y yo, y porque no oyera jamás negocios de otros le he cortado las orejas; y para que te enteres de la verdad, míralas aquí, que las he traido conmigo. Tómalas, y llama quien se las ponga de nuevo, que mi madre pagará despues lo que costase el ponerlas.

Á ESTAS RAZONES SE PUSO el Rey á reir, de suerte que apénas podia respirar, y despues que se sosegó, le dijo:

Rey. Hortelano, ya sabes que Bertoldino es hombre de bien y honrado, y si te ha estropeado el borrico no quiere quedar deudor tuyo. Toma tu alhaja que son las orejas del asno, y mando además para escarmiento y castigo de tal delito, que Bertoldino monte en el borrico desorejado acompañándole tú hasta casa. Dime, hortelano, te gusta esta sentencia dada contra Bertoldino?

Hort. Señor, ese es un castigo que mas es en detrimento mio que suyo. Lo que pido es que se me satisfaga lo que costó el borrico, y despues monte en él quien quisiere que yo solo deseo lo justo, pues no será razon que pierda lo que me ha costado.

Rey. Dices bien, cuánto quieres por tu asno?

Hort. Yo, señor, no quiero ganar ni perder nada. Lo que aseguro con toda verdad es que el año pasado me costó ocho ducados.

Rey. Muy bien está, te se pagarán al punto. Herminio, ven acá.

Herm. Señor, aquí estoy.

Rey. Paga luego á este hombre ocho duca-

dos; y tú, Bertoldino, toma el borrico, que quiero regalarte con él para que te vayas á casa. Ea pues, marchad juntos, y correspondeos como buenos vecinos y amigos.

Hort. Así lo haremos, señor. Vamos, Bertoldino, monta, y volvamos á casa. Arre, chó, qué diablos haces que te vás cayendo de la otra parte?

Bert. Es que me pesa mas la cabeza que el tafanario, y por esto me caigo del otro lado. Ten bien, só, chó, trú, toma, arre allá, hombre de los diablos déjame á mí la brida. Arre, vá, camina. A Dios, señor.

EL BORRICO TIRA AL SUELO á Bertoldino, y de la caida tan grande que dió se rompió una costilla. Marcolfa se vá á la ciudad á ver al Rey y Reyna, cuéntales una novela, y logra el real permiso para volverse á vivir de asiento á su casa ó choza de la montaña.

Luego que llegó Marcolfa á la ciudad fué á visitar á los Reyes, y los halló ambos juntos, que aún estaban riendo la simplicidad de Bertoldino. El Rey, luego que la vió la dijo:

Rey. Querida Marcolfa, qué buena ventura es la que te trae por acá?

Marc. No tengo ventura buena, pues ninguna me es propicia.

Rey. Por qué? Te ha sucedido algun trabajo?

Marc. Qué ha de ser, á Bertoldino le ha dejado caer el borrico y se ha quebrado una costilla. Vengo á buscar una vizma para curarle, y mientras que me despachan tendré tiempo para contar una novela que viene muy adecuada al suceso. Si me dais permiso, y gustais de escucharla, os la contaré brevemente.

Rey. Sea muy enhorabuena, empieza, que para nosotros será de mucho placer el oirla, pues todas tus conversaciones nos son muy gustosas y apreciables.

Marc. En aquel tiempo en que los hormigones iban á caza de chinches preñadas, hallándose en la ciudad de Berlinches una mosca viuda, á causa de haber muerto su marido pocos dias habia una homicida lombriz con una vara larga de torear que habia quitado á un moscon de campo, que marchaba á la conquista de la miel de la Alcarria, año muy señalado, porque se vieron muchos alcarreños en aquella tierra, sucedió que pasando en derechura á la casa de la viuda mosca una araña macho, de corpulencia muy grande, vió asomada á la ventana la mosca, que como era domingo se habia compuesto y lavado, y tenia la cabeza pues-

ta, como se suele decir, de veinte y cinco alfileres. Tan bonita le pareció al araño, que enamorado de su hermosura, la hizo una guiñadita á la ventana donde estaba; y como le habia tocado en el corazon la flecha de Cupido, empezó á pasear la calle arriba y abajo haciendo de petimetre, y alzándose en puntillas se paseaba con mucha ligereza por la calle. La desdeñosa viudilla conoció la intencion de su enamorado, y haciendo la desentendida, se retiraba ácia dentro escondiéndose como suelen hacer las viudillas zalameras. Una vez se asomaba, y le hacia un gestillo, otra vez una guiñada, todo con el fin de chasquearle y darle poste, de manera que el pobre arañon se dejó llevar de su cariño quedando abrasado con tanto fuego como sentia en su pecho. Pero no pudiendo resistir á su amoroso incendio, pensó en ver cómo podia subir por la tapia para entrar por la ventana. Púsolo por obra, y empezó á trepar consintiendo era alguna de las que ya vmd. me entiende. Prosiguió su empresa ácia el balcon con ánimo de alcanzar su fin, y despues de haberle logrado volverse por el mismo camino á la calle. Con estas cuentas que iba haciendo entre sí mismo, subia muy alegre mi buen enamorado, cuando ella se asomó al mismo tiempo; y viendo atrevimiento y des-

vergüenza tan grande, pareciéndola poco atento, presuntuoso y nada cortés, fué corriendo á buscar una caldera de lejía que tenia pronta para cocer en ella unos calzones de un piojo opilado que tenia en su casa de huésped; y apénas vió que echaba las garras al balcon para entrar dentro, le encajó toda la caldera de lejía cociendo sobre la cabeza á fin de pelarle bien y castigar su osadia. Pero el araño era muy pícaro y conoció la intencion, y para resguardo se puso por yelmo una cáscara de nuez. Luego que vió el diluvio de agua hirviendo sobre sí, se puso para recibirla de tal suerte, que si le cayese algo fuese sobre la cabeza, de lo que no se le daba nada, por la prevencion del yelmo que le defendió mucho; y así fué poco el daño que recibió, librándose de esta suerte del primer golpe de esta desgracia. Pero como duró algo mas tiempo el chorreo del agua, aun mas de lo que él gastó para caer en el suelo, le sucedió la fatalidad de que con el golpe que dió en tierra se le cayó el yelmo, y le cogió la cabeza el agua, de suerte que le cocieron los sesos, y se pasaron de la mollera á otra parte. Desde entonces hasta ahora han tenido siempre las arañas los sesos atrás, por lo que hicieron juramento de vengarse de un hecho tan afrentoso. Y así se vé al presente que las ara-

ñas andan siempre á caza de moscas por venganza del ultraje que recibieron de la viudilla, y por esto en todos los desvanes, rincones y agujeros tienden sus redes como homicidas, y toman venganza de ellas; y es muy comun cuando prenden á una arrancarla la cabeza, y el resto lo dejan libre.

Esto mismo creo le ha sucedido á mi hijo, al cual le aconteció que una vez que iba corriendo detrás de una cabra por una cuesta arriba se cayó ácia atrás, y rodando como venia dió con la cabeza en un tronco de sahuco, de lo que desde entonces le sobrevino habérsele escapado el juicio á la parte posterior, y por esto ha quedado tan ligero de cabeza como el sahuco, y desde entonces tambien anda siempre cogiendo y matando moscas. Esta es la causa del poco juicio que tiene, con que así VV. MM. harian una accion muy loable en darnos licencia para volvernos á nuestra choza; porque yo, si no me engaño, creo que se ha de cumplir la sentencia de mi marido Bertoldo (de felice memoria), que dijo: *Que el que esté acostumbrado á cebollas, no busque pasteles.* Y así, siendo nosotros nacidos y criados en lugares rústicos é incultos, no debemos pretender ni es razon salir fuera de nuestro centro. En

la corte el cortesano, y en la aldea el aldeano.

Reyn. Has dicho muy bien, Marcolfa, pero quien ha bebido en la mar bien puede tambien beber en un rio. Yo te aseguro que siento bastante la simplicidad de Bertoldino, pero al mismo tiempo creo que estando mas en la corte conversando con las gentes, puede suceder llegue á lograr mas juicio del que tiene; y así no hay que desesperar de su curacion.

Marc. Quien nació loco no sanó nunca.

Reyn. Quien mal bayla bien enfada.

Marc. Quien tiene vicio desde su infancia hasta el sepulcro le alcanza.

Reyn. El que no tiene juicio tenga piernas.

Marc. A un mal mortal no vale ni médico ni medicina. — *Reyn.* Mas vale un pájaro en la mano que ciento volando.

Marc. Mas vale ser pájaro en el campo que estar regalado en jaula.

Reyn. Todo derecho tiene su revés.

Marc. Todas las cabezas suelen tener pelo, pero no todas suelen tener sesos.

Reyn. Todas las cosas se pueden soportar excepto el mal tiempo. — *Marc.* Nunca jamás se hizo la lejía sin que lloviese.

Reyn. Una hora de buen sol seca mil lejías.

Marc. Quien no tuerza bien la ropa no

la secará en tres dias. — *Reyn.* Habla mas claro que no te entiendo. — *Marc.* No hay peor sordo que aquel que no quiere oir.

Reyn. Prosigue, que ya te escucho, y como cuentes otra fábula adecuada al asunto que me persuada con razones concluyentes, yo daré licencia para que os retireis á vuestra aldea; dándoos palabra, como quien soy, de no hacer oposicion ni impedirlo (aunque lo siento de corazon), y os ofrezco daros con que toda la vida seais ricos, y lo paseis bien en las montañas.

MARCOLFA REFIERE OTRA gustosa fábula.

Marc. Ya que vuestras Magestades me prestan atencion, habrán de saber que en el tiempo que los gusanos de luz eran mercaderes de linternas, habia un caracolazo de los que tienen cuatro astas. Éste se enamaró de una de aquellas caracolillas que suelen andar sin cáscara alrededor de las fuentes. Era ésta de muy buena vista y en un todo muy graciosa, y habiéndola caido encima el rocío una noche del mes de abril estaba mucho mas lustrosa y bella. Sucedió pues que en aquella misma noche la vió el caracol. Dié-

ronse palabra de esposos, y la condujo á su casa. La hizo un suntuoso banquete, y concurrieron á él y al sarao todos los deudos y amigos. Entre el concurso tan grande eran muchas las habilidades que habia, y en especial la que tenian cuatro cangrejos de muy buen porte y mejor traza en tocar la viola. Seguíase á estos un galápago que tocaba el harpa con perfeccion. Tocaron un poco, ínterin llegaba la hora de la cena, y despues de ella se volvió á la diversion de la música, y una mariposa cantó unas tonadillas graciosas con la guitarra; pero como estaba un poco resfriada, no pudo dar al auditorio toda la satisfaccion y gusto que deseaba. Despues de esto se determinó saliesen algunos que tenian habilidad á baylar. Se hizo la seña, y en un instante todos los instrumentos á un tiempo empezaron á sonar. Dióse principio al bayle, siendo los primeros un galápago y una mariposa, los que hicieron un bayle muy precioso y muy extraño por las diferencias raras y nunca vistas de que usaron. Pero los segundos que salieron, que fueron un grillo blanco y una chicharra, hicieron, como se suele decir, raya, pues baylaron la españoleta con la mayor destreza; de suerte que hicieron maravillar á todos los concur-

rentes. Acabaron el bayle; y molidos y cansados se pusieron á hacer juegos, y dieron el mando para que les gobernase á una pulga que era muy decidora y jocosa. Aceptó ésta el encargo sin hacerse de rogar, inventó varios y bellísimos juegos de prendas, y para la restitucion de ellas impuso al que perdia penitencias, que consistian en muy agudas y discretas sentencias, varios motes, preguntas y respuestas muy elegantes; de modo que la fiesta duró mucho tiempo con general diversion de todos. Pero la mayor imperfeccion y falta que tuvo esta diversion fué haber sido tan dilatada y larga, que muchos de cansados se fueron quedando dormidos, y otros se fueron molidos. Así pues somos nosotros, que con nuestra fiesta se ha pasado muy bien este tiempo; pero nuestro juego no solamente no se acaba, sino que cada dia se vá dilatando mas, siendo cierto que si dura el juego, Bertoldino se quedará cada dia mas dormido. Por esto, señores, será mejor que mudemos de clima, pues puede ser suceda que le haga despertar el ayre de la montaña, aunque bien dificil es. Además de esto siempre oí decir que todo pájaro canta mejor en su nido que en el ageno, y así deseo volver este pájaro al suyo; y por lo tocante á mí, deseo vivir en mi cabaña del

*

modo que mas me convenga, sin que yo sirva de tedio á humana persona. Por lo cual, serenísimos señores, os suplicamos con toda veneracion nos concedais para irnos vuestra licencia, porque ya no habeis de sacar ningun gusto ni del uno ni del otro, pues aunque Bertoldino sea mi hijo, razon no quita conocimiento.

Reyn. Marcolfa, nosotros deseamos el complaceros, pues es cierto que nos dejas muy pagados y satisfechos. Todo el tiempo que has estado en la corte hemos estado gustosos con tu agudeza, la cual es tal, que verdaderamente no se puede creer que seas muger rústica ni silvestre, antes bien te se puede llamar un oráculo. Y ciertamente mereciste estar empleada con un hombre de las mayores circunstancias como lo era Bertoldo, cuyas sentencias las tengo esculpidas con letras de oro encima de la puerta principal de mi palacio, para perpetua memoria de una sabiduría tan sublime como era la suya. Pero pues es preciso darte licencia por condescencer á tus ruegos, que tanto has encarecido, Herminio, vé á mi cuarto, y toma aquel cofrecito cubierto de terciopelo negro en donde hay dos mil escudos de oro, y tráemele aquí para dárselo á Marcolfa. Despues pa-

sarás á casa de algun mercader de paños, y le dirás que te entregue cuatro piezas de paño fino y doscientas varas de lienzo para camisas y sábanas; y harás que luego dispongan una litera, en la que han de llevar á estos á su lugar con el mayor cuidado, y les enviarás hasta doce sacos de harina con doce barriles de vino. En suma todo cuanto pidiesen se les ha de dar al instante, de suerte que no les haga falta nada para su viage y para vivir con quietud y descanso en su albergue. Ea pues, Marcolfa, ya te se ha concedido la gracia de poder volver á tu casa, y vivir en ella á tu gusto. Tambien te advertimos que si gustases aunque sea de tarde en tarde venir á vernos, será para nosotros de grande complacencia y gusto. Ya te he significado el grande sentimiento que tenemos el Rey y yo de tu partida; pero como no deseamos mas de aquello que tú apeteces, no queremos impedirte como pudiéramos.

MARCOLFA DA LAS DEBIDAS gracias al Rey y Reyna por los beneficios recibidos.

Marc. Magnánimos señores, me falta lengua para daros las debidas gracias por

tantos y tan singulares favores como he recibido de la piadosa clemencia de vuestras Magestades; y así os suplico encarecidamente me perdoneis, y espero que en todo cuanto hubiésemos faltado y en adelante podamos faltar, lo supliréis con vuestra innata piedad.

Mi deseo es que os conceda Dios gracia para conservaros en vuestro reyno, paz y sosiego con la mayor felicidad, valor y fuerzas contra vuestros enemigos, que veais cumplidos todos vuestros deseos, que os conceda á uno y á otro las mayores satisfaciones; y en suma, pediré continuamente á este Señor que os galardone con la bienaventuranza. Y ahora aquí me teneis rendida á vuestros reales pies pidiéndoos humildemente perdon de todo; y si por ignorancia hubiese incurrido en alguna culpa en palabras ú obras, ó en algun otro modo que haya faltado con poco respeto y reverencia, vuelvo á suplicaros me perdoneis. Y así con vuestra licencia iré á disponer mis trastos, y parto con el consuelo de que siempre me tendré por vuestra humilde sierva y mas apasionada vasalla.

Con las expresiones y razones tan humildes y discretas de Marcolfa, el Rey y la Reyna no pudieron contener ni disimular la ternura de sus lágrimas; y luego que se despi-

dió se retiraron á sus gabinetes, en donde tuvieron suma tristeza y melancolía por la ausencia de Marcolfa, la que se partió con su Bertoldino cargada de escudos y otras infinitas dádivas.

Los condujeron en la litera hasta que los dejaron en la infeliz choza de su nacimiento. Á su llegada acudieron todos los vecinos muy alegres á darles la bienvenida, y se hicieron muchas fiestas y alborozos rústicos por algunos dias en aquellas sierras segun el estilo del pais, de que resultó pegarse fuego á causa de tanta alegría á dos montes ó bosques cercanos.

Mas como todo se acaba en esta vida, tambien se acabaron los festejos de aquellos villanos. Pero los dos cortesanos vivieron en la montaña muy gustosos y alegres lo restante de su vida con quietud y tranquilidad, sin tener nada que desear, y Bertoldino entre los patanes ó palurdos era el hombre mas discreto y político de todos. En fin como hombre ya práctico en la corte dió diversos chascos á aquellas pobres y agrestes gentes; pero como en aquellas asperezas no habia ninguno que supiese escribir, no se puede hacer mencion de ellos ni de lo que despues les sucedió. No obstante, por raros caminos se vi-

no á saber que cuando Bertoldino llegó á la edad de treinta años, la rudeza de su entendimiento de tal conformidad se habia disipado, que parecia absolutamente otro hombre dotado de una sagacidad y discrecion tan admirables, que no daba muestras de haber sido tan gran tonto como queda referido.

Pero por lo que á mí toca se me hace esto muy dificultoso de creer; porque aunque Dios, como Todopoderoso, puede hacerlo, tambien sé que vulgarmente hablando se dice, que tres cosas hay muy dificiles de curarse, que son: la locura de un tonto, las deudas de un tramposo, y la gangrena declarada.

FIN DEL TRATADO SEGUNDO.

VIDA
DE CACASENO,
HIJO DEL SIMPLE
BERTOLDINO.

TRATADO TERCERO.

INTRODUCCION.

El astuto Bertoldo, y la sagaz Marcolfa su muger, no obstante de haber nacido y criádose en lo inculto de la montaña, no solo hicieron maravillar con sus dichos, sentencias morales, y agudas respuestas, á los particulares que los oían, sino tambien sucedió lo mismo al Rey Albuino y á su muger la Reyna Ipsicratea, de quienes eran vasallos; y por esta causa recibieron de estos soberanos muchos favores y dádivas correspondientes á su grandeza. Tuvieron dichos rústicos la felicidad de lograr el fruto matrimonial, concediéndoles el cielo la sucesion en un hijo. Por muchos motivos eran grandes las alegrías que tenian los dos esposos, y el mayor de ellos era porque presumian que este nuevo infante se pareceria á su padre Bertoldo; y para que hasta en el nombre le pareciese, tomaron la nominacion paterna, y le pusieron por nombre Bertoldino. Pero la esperanza que fundaron les salió vana, pues despues de grandecito, si Bertoldo era agudo y sagaz, este otro salió al contrario, pues era tan

simple, aturdido y bruto, que desdecia de su nacimiento. El pobre padre viendo tal contrariedad, se ausentó, y se fué á la corte, no pudiendo sufrir las tontadas de su hijo, donde como vimos, acabó y dió fin á los dias de su vida, quedando así Marcolfa viuda con Bertoldino. Tuvo noticia de ellos el Rey, y con la curiosidad de ver y saber, hizo venir á la corte á Marcolfa con su hijo; y creyendo esta pobre hallar en el Rey algun enfado, ó ser llamada por mal fin, la sucedió muy al contrario, pues Bertoldino con sus inocencias dió tanto gusto en la corte, que cuando se retiró de ella, el Rey le mandó dar dos mil escudos de oro, con otras innumerables cosas de sumo valor y precio. Todas estas alhajas las vendió Marcolfa, y con el dinero determinó comprar tierras y raices para vivir el resto de sus dias. Bertoldino despues se casó, y tuvo un hijo que se llamó Cacaseno, de quien referirémos su graciosa vida.



ALEGORÍA PRIMERA.

Es providencia divina que tambien las familias de los rústicos y pastores estén tan aptas á la propagacion, como cosa tan necesaria para la conservacion del género humano y bien de las repúblicas. Las mugeres muchas veces se abstienen del ejercicio de alguna habilidad que les adorna, por temor de no manifestar sus defectos naturales.

MARCOLFA, BIEN HALLADA con la quietud de su montaña, dispuso que la hicieran habitacion decente, pues tenia bien con que pasar su vida. Despues de algunos años vá un criado del Rey por aquella montaña y visita á Marcolfa, de lo que se regocija por llevar al Rey alguna buena nueva.

Herminio, de quien ya hablamos, era criado del Rey Albuino. Éste con órden de su amo acompañado de un criado suyo, recorrió por muchos dias todos los pueblos que incluía una provincia de la corona, para hacer diferentes negocios particulares de la corte.

Accidentalmente pasó por la falda de una montaña, sobre la cual habitaba la memorable Marcolfa con el célebre y nunca bien alabado Bertoldino. Juzgó hacer una cosa muy grata y meritoria si llevaba á los Reyes noticia de ellos, y así determinó verlos. Subió á la montaña, y cuando estuvo en la eminencia, observó la buena situacion del país y una casa allí inmediata hecha de fábrica muy decente. Llamó á la puerta, se asomó á la ventana Marcolfa, bajó á abrirle, y conociendo á Herminio, le hizo entrar con grande alegría, bulla y regocijo. Hízole muchos agasajos y expresiones, y entre los muchos asuntos que se la ofrecieron, le contó como su hijo Bertoldino habia casado muy bien con el auxîlio del dinero y alhajas que le habian dado los Reyes, aunque cuando ellos fueron á la corte ya tenian algunos pocos bienes y muebles para poder subsistir. Añadió mas, que Bertoldino despues que pasó los años de su juventud, habia dado tal vuelta, que no era conocido segun la discrecion que se le habia infundido: que vivian con suma alegría y tranquilidad, no molestándoles sino una sola cosa, y era que despues de tanto tiempo como hacia que Bertoldino se habia casado, no tenia mas que un hijo, el cual

se hallaba ya en la edad de siete años cumplidos, y con el desconsuelo de haber salido mas simple y necio que su padre. Tuvo Herminio un gran gozo con esta conversacion, y determinó á toda priesa llevar noticia á los Reyes de cuanto habia oido; y así la dijo:

HERMINIO Á MARCOLFA.

Herm. Dime, Marcolfa, donde está Bertoldino y su hijo?

Marc. Han ido cerca de aquí á la choza de un pastor nuestro, y discurro no tardarán en volver pues se acerca ya la hora de ir á amasar. — *Herm.* Y el hijo que me dices cómo se llama?

Marc, Su nombre propio es Arsenio. Pero como estos montañeses siempre inventan, añaden y quitan nombres, los propios no suelen servir, y por esta razon te pondré un ejemplo. Entre nosotros se llama uno Antonio; y éste si es de estatura crecida, le llaman Toñon; si es de baja, Toño; si es de mas diminuta, Toñeto; y si es pequeño y gordo, le llaman Toñolo; si es pequeño y flaco, Toñino: de modo que reducen el nombre de Antonio en tantas piezas, que no se conoce ya el primero que tuvo, como al pre-

sente sucede á mi nieto, que llamándose Arsenio, como es pequeño y un poco simple, le han puesto el ridículo nombre de Cacaseno.

Herminio cuando oyó el nombre tan ridículo de Cacaseno le dió sumo gusto, y se le encendió mucho mas el deseo de conducirle á la corte. Mientras echaba sus líneas del modo que habia de usar para llevársele, oyó en la calle á Dominga, muger de Bertoldino, que venia cantando esta coplilla.

STRAMBOTE.

Todos me dicen soy tan linda y bella
Que de algun gran señor hija parezco:
Uno me llama de Diana estrella,
Otro que amor flechero ser merezco:
Todo el lugar me dice sin querella,
Que en mi frente las flores reverdezco;
Y un mancebo ante ayer al verme clama,
Por qué no hay de estas pulgas en mi cama?

En este tiempo vino Bertoldino, y despues Dominga y Cacaseno con manojos de espárragos, fresas y requesones, que todo esto traían de su cortijo. Hiciéronse muchos cumplimientos unos y otros, y Herminio dijo:

HERMINIO, MARCOLFA, Bertoldino y Dominga.

Herm. Eres tú aquella mocita que cantaba?

Dom. No señor, que era una pastora nuestra.

Marc. Ah, embustera! Mira que no parece bien el decir mentiras. Si señor, ella era, y sabe cantar muchas coplillas graciosas.

Herm. Dominguita, hazme el favor de volverla á cantar, ú otra cosa que sea de tu agrado.

Dom. De veras? No puedo cantar porque estoy ronca.

Bert. Vamos, canta. De qué tienes miedo?

Dom. Ciertamente que no puedo, y ahora no me acuerdo de ninguna.

Marc. Despáchate, quieres hacerte de rogar y dejar desayrado á este caballero?

Bert. No hacen mas las grandes músicas que se hacen de rogar mucho tiempo, y cuando llegan á cantar ya tienen enfadado al auditorio. Ea, Dominguita, canta, canta.

Dom. Por lo mismo que tiras á sonrojarme no quiero cantar.

Herm. No te enfades, Dominguita, que tu marido se chancea contigo.

Marc. Canta, hija, que parece mal el hacerse tanto de rogar.

Dom. Yo lo haré, pero no aquí.

Herm. Como tú cantes sea donde quisieres.

Mientras que Dominga fué á cantar, Marcolfa y Bertoldino se despidieron de Herminio porque iban á disponer su comida. Al mismo tiempo llegó Cacaseno que venia de almorzar, y Herminio le agarró de la mano.

STRAMBOTE.

Si te vienes conmigo, prenda mia,
A caballo vendrás en mi pollino;
Verás hecha un espejo mi alquería,
Todo su ajuar el gallo y el cochino.
Del gilguero la acorde melodía
Oirás entre las plumas que previno;
Y tendrás el contento duplicado,
Tordos cazando y mirlos en el prado.

Así que acabó de cantar Dominga empezó á preguntar

HERMINIO Á CACASENO.

Herm. Niño hermoso, qué haces?

Cacas. En este instante acabo de almorzar.

Herm. Buen principio. Dime, cómo es tu nombre?

Cacas. No señor, no soy hombre que soy muchacho.

Herm. No te pregunto si eres hombre, te digo cómo te llamas?

Cacas. Cuando uno me llama yo le respondo.

Herm. Y si yo hubiese de llamarte, cómo tengo de decir?

Cacas. Dí como tú quisieres. Pero cuidado; ten las manos quietas, que parece me quieres sacar los ojos; y no me enfades de suerte que te sacuda en la cabeza con este garrote, pues no conoces aún quien soy.

Es menester advertir que Herminio mientras hablaba con él hacia varios movimientos y ademanes con las manos. Cacaseno creyó que le queria sacar los ojos, se enfadó, alzó el palo, y le quiso dar en la cabeza; pero Marcolfa llegó al punto y le sacudió un buen bofeton, con lo que le hizo muy presto bajar el palo. Empezó á gritar Cacaseno, de suerte que parecia un becerro, ó por mejor decir un lechon cuando le degüellan. Corrió entonces Dominga, le llevó un gazpacho para aquietarle, y le dice:



ALEGORÍA SEGUNDA.

El hombre que está ricamente vestido y con ayre de cortesano, ordinariamente vence la soberbia de las mugeres por que lisonjea su vanidad. Pero despues de algun tiempo suele experimentar cien chascos y todo género de desgracias.

DOMINGA, CACASENO y Herminio.

Dom. Qué tienes tú, Cacaseno mio, que tanto chillas?

Cacas. U, ú, ú, la abuela me ha pegado porqué me he defendido, ú, ú, ú, de este hombre que me queria sacar los ojos con los dedos, á, á, á.

Dom. Calla, Cacasenito mio, que hemos de hacer que la abuela vaya descalza á la cama, sí, sí, hijo mio? Ea, escupe, y verás como la casco.

Herm. No es cierto lo que dice de que le queria sacar los ojos. Vamos, hijo mio, toma un tres y hagamos las amistades.

Viendo Cacaseno el tres, ó por mejor decir el cuarto, se sosegó, y al mismo tiempo

Dominga le dice: haz un besamanos á este señor, y besa la mano á la abuela.

Herminio estuvo observando los movimientos que hacia, no pudiendo contener la risa, considerando el gusto que tendrian los Reyes al ver su extravagante figura, pues era súmamente gordo de cintura, tenia la frente muy baja, los ojos muy saltados, las cejas largas y cerdudas, las narices chatas, y la boca tan aguzada que parecia gato montés. Así que llegó la hora de comer todos se lavaron las manos y se sentaron á la mesa. Y aquí dejo á la consideracion del curioso lector el sufrimiento de la risa que padeceria el pobre Herminio durante la comida y despues de concluida.

HERMINIO, DOMINGA, Marcolfa y Bertoldino.

Herm. Habeis de saber que estando en la plaza la otra mañana el comprador de palacio comprando unos cabritos de un montañés de estas sierras (discurro será conocido vuestro), estuvo contando de qué suerte os tratábais, y dando noticia de vuestro Cacaseno. Llegó esta voz á los oidos del Rey, y éste me ha mandado venir en persona pa-

ra que le lleve á su presencia. Está muy ansioso de verle, por lo cual estais obligados por cortesanía y agradecimiento á darle gusto en una cosa tan fácil, y que solo pende de vuestra buena voluntad y fiel afecto al soberano.

Dom. Qué se entiende! No señor, no puede ser, porque mi hijo es tan simple y tan bruto, que estoy muy cierta que si vá á la corte le ha de suceder algun trabajo.

Marc. Nuera querida, hija mia, no tengas miedo por eso que yo iré en su compañía. Y has de tener entendido que los brazos de los soberanos son muy largos y llegan á lo mas dilatado del mundo; y considerando esto, es menester obedecerlos con precepto ó sin él, y sobre todo por obligacion, en la cual estamos constituidos.

Bert. Y con especialidad al Rey Albuino, á quien debemos todo lo que tenemos. Con que así, Dominga, sosiégate, que ésta es nuestra mayor fortuna.



ALEGORÍA TERCERA.

Los hijos comunmente siguen siempre las huellas y la índole de sus padres, por lo cual cada hombre por vil que sea debe imitar las operaciones de sus mayores, siendo siempre las costumbres de la edad pasada menos depravadas que las de la presente. Tambien en las aldeas y chozas procura cada uno conservar la memoria de la honradez y gloria de sus abuelos.

MARCOLFA CONSIGUE DE Dominga su nuera que la deje llevar á Cacaseno á palacio. Ponénle sus mejores vestidos, y dan principio á la jornada.

Con las razones de Marcolfa y Bertoldino no replicó palabra Dominga. Vistió á su hijo con el vestido de los dias de fiesta, se lo entregó á su abuela Marcolfa, hiciéronse aquellos agasajos y cariños paternos que es natural con un hijo, y se despidieron, quedándose Bertoldino y Dominga para cuidar de la casa. Herminio y su criado, Marcolfa

y Cacaseno bajaron la montaña, y tomaron el camino de la corte. Herminio, así que llegó á la primera posada mandó desmontar á su criado del caballo, y le hizo dar una posta para que diese noticia á sus soberanos de lo que le habia sucedido. Quedó así el caballo del criado sin ginete, y Herminio se volvió á Marcolfa que llevaba á Cacaseno, y la dijo:

HERMINIO, MARCOLFA y Cacaseno.

Herm. Marcolfa, me parece mas conveniente que Cacaseno monte á caballo ya que estamos en llanura, que de este modo no se cansará en el viage.

Marc. Dices muy bien, y has hallado un arbitrio muy prudente, pues ya que está de vacío este caballo mejor será que le ocupe Cacaseno. Vamos, te montaré encima de él.

Caças. No quiero, que tengo miedo de que me muerda.

Marc. Y por qué te ha de morder?

Cacas. Ya he dicho que no quiero, no vés cómo me enseña los dientes?

Herm. Espera, Marcolfa. Yo me apearé, y le pondré de suerte que vaya bien. Ea,

vamos; no tengas miedo, abre bien las piernas y siéntate encima de la silla. Ah, qué bravo mozo! Toma la brida en la mano y déjale que siga á mi caballo, y ahora por mi cuenta vá si te cayeres.



ALEGORÍA CUARTA.

La escuela y el ejercicio son dos cosas que hacen al hombre perfecto en toda especie de profesion, y con razon le sale mal á aquel que quiere seguir un arte que no aprendió. Como tampoco al rústico le está bien hacer por fuerza oficio de caballero.

PONE HERMINIO Á CACASENO sobre el caballo, adviértele tenga sujetas las riendas, y él las oprime en tanto extremo que le hace poner en dos pies; y diciéndole que aflojára, soltó la brida, y desbocándose, arrojó á Cacaseno.

Herminio, antes que volviese á montar sobre su caballo, advirtió á Cacaseno que tuviese las riendas en la mano bien sujetas, y él comprehendió que le habia dicho las tirase. Así lo ejecutó, y empezando á tirar de ellas, el caballo se enarboló y se puso en dos pies, con lo que tomó tanto miedo que gritaba diciendo: Ay que me mata! No hay quien me favorezca? porque esta bestia me quiere llevar por los ayres y romperme

los cascos. A los gritos que daba se volvió Herminio, y le empezó á decir á voces, afloja, afloja las riendas. El pobre Cacaseno, que no entendia lo que le decian, las soltó del todo, por lo que el caballo se desbocó, y le dejó caer un gran golpe en el suelo; pero tuvo la fortuna de que cayó en un arenal, motivo por el cual no se hizo daño particular. Marcolfa se sorprendió creyendo le hubiese acontecido alguna desgracia, y empezó á llorar y á decir:

MARCOLFA, HERMINIO y Cacaseno.

Marc. Ay desdichada de mí, que este muchacho se ha estropeado! Bajad presto.

Herm. Aquí estoy. Qué es esto, Cacaseno, te has hecho mal?

Cacas. O bien ó mal, yo quiero volverme á mi casa.

Herm. Vamos, hijo, vuelve á montar á caballo; que yo te pondré la brida en la mano, y tú le dejarás caminar como quisieres.

Cacas. Si quieres que yo vaya, déjame á mí montar de la forma que yo he visto que tú montas.

Herm. Muy bien, yo te tendré el caballo,

y para que llegues mejor á los estrivos, súbete encima de esta piedra y montarás con mas conveniencia.

Montóse Herminio á caballo, y encargó á Marcolfa tuviese las riendas del de su nieto; pero Cacaseno se adelantó, y puso el pie izquierdo en el estrivo derecho, quedándose montado con la cara á las ancas del caballo. Cuando Herminio se volvió, y reparó en tal disparate, no se podia aquietar con la pasion de la risa. Hacíale varias instancias para que se apease, pero no fué posible por ningun modo, respondiendo que aquella era la forma de cabalgar.



ALEGORÍA QUINTA.

La seriedad acompañada de aspereza no siempre conviene á la debilidad de nuestra humanidad. Algunas veces es lícito divertirse y gozar de placeres honestos. Y así como el Autor de la naturaleza crió entre los animales las monas, entre las aves el buho, el mochuelo y la lechuza, y entre los pescados los delfines para que sirviesen de recreo á todos los demás de su especie; pues del mismo modo parece ha criado tambien ciertos hombres que nacen solo para servir de instrumento á nuestra risa. Oh, y cuántos hay de éstos en el mundo!

HERMINIO Y CACASENO.

Herm. Bájate, que has montado al revés.

Cacas. Nunca podré estar mejor de lo que estoy. Pero no me has dicho que el Rey te ha enviado para conducirme?

Herm. Es verdad que lo he dicho, pero qué es lo que tú infieres de eso?

Cacas. Pues mira, toma tú la brida del caballo y condúceme, que así obedecerás á

tu amo, y de este modo no veré yo los peligros que tengo que pasar.

Herm. Buena compra hemos hecho. Ya he llegado á ser lazarillo de caballo en lugar de serlo de un ciego. No es buena la fresca de este marmoto con figura de camueso?

Pasó accidentalmente un paisano que iba á la corte, llamóle Herminio, y le hizo llevar de las riendas el caballo de Cacaseno hasta la puerta de palacio, y le ordenó que allí le esperase; mandándole asimismo que al entrar en la ciudad pidiese auxîlio á la tropa, temiendo que los muchachos apedreasen á Cacaseno, ó á lo menos le tiráran naranjazos. Dió de espuelas Herminio á su caballo, llegó á palacio, y halló á los Reyes á un balcon esperando ver la entrada de Polán, cuya noticia habian recibido por su criado. Mientras Herminio les hacia relacion de las aventuras que le habian sucedido por el camino con Cacaseno, llegó en este tiempo lo que tanto deseaban. Vieron venir á Marcolfa, al paisano que conducia el caballo de Cacaseno, y á éste montado al revés. Al verle así fueron tales los silvidos y gritería del populacho, que parecia dia de carnestolendas con máscaras ridículas. Cayó tanto en gracia á los Reyes toda esta bulla, que no se

puede ponderar. Llegaron á palacio, los hicieron subir, y Marcolfa entró delante. Despues de hacer una grande reverencia, el Rey la dijo:

REY, MARCOLFA Y LA REYNA.

Rey. Marcolfa, seas bien venida, pues creíamos no vivieses despues de tanto tiempo.

Marc. Yo aun vivo para servir á vuestra Magestad, y mientras me duráre la vida seré siempre su esclava. — *Reyn.* Marcolfa, no me conoces ya? no te acuerdas de mí?

Marc. Señora, son tantas las obligaciones, gracias, mercedes, favores y dádivas que tengo recibidas de vuestra generosa mano mientras estuve en esta corte con mi hijo Bertoldino, que tengo siempre delante de mis ojos las imágenes de los dos; y no lo digo por adulacion, pues aunque pobre montañesa nunca la gasté, diciendo siempre la verdad desnuda. Y este modo de portarme, y el ser agradecida, lo aprendí de un hombre como Bertoldo, agudo y sentencioso en sus proverbios, los que bien entendidos, pueden servir de mucha doctrina al que atento los leyere. Muchos dijo, y entre los muchos que le oí decir me gustaron estas sentencias.

El pobre que es soberbio es veneno acervo.
El pobre que se humilla es sincéra avecilla.
El pobre que es tramposo es peor que el oso.
El pobre verdadero es como el cordero.

Reyn. Es cierto que son dignas de reflexîon. Pero dejando esto por ahora, adónde está Cacaseno?

Marc. Señora, conmigo venia, pero no le veo. Pobre de mí, dónde se habrá quedado! Pues júntos veniamos.

Oyendo esto un criado, alzó una cortina é hizo entrar á Cacaseno que traía una puerta arrastrando, y el Rey y la Reyna comenzaron á reir al ver tan buena entrada sin saber el motivo de tal extravagancia. Pero el mismo criado la descifró por haberse hallado presente, y sin poder contener la risa, dijo:

REY, CRIADO Y CACASENO.

Criad. Sepan vuestras Magestades que al tiempo de subir la escalera de palacio, mientras Marcolfa entraba en la sala, este salvage le dijo á un criado que tenia gana de hacer aguas. Lo llevó á un lugar destinado á este fin, y así que entró le dijo, cuando vuelvas á salir traete la puerta ácia tí. El

gran bruto así lo ha hecho, pues la ha desgoznado y la trae arrastrando tras sí, y de esta suerte le conducimos para que le veais.

Rey. Dime, Cacaseno, para que traes arrastrando esa puerta?

Cacas. Y qué te se dá á tí?

Rey. Mucho se me dá, que como dueño de casa quiero saberlo.

Cacas. Con que si eres el dueño de casa será tuya esta puerta, y tú me dirás lo que tengo de hacer con ella.

Rey. Sí, suéltala. — *Cacas.* Puerta ya te suelto, que el dueño de la casa te dá licencia; marcha, marcha, que ya pesas demasiado y no te puedo sostener. Obedece, puerta, que si no te cascará el amo de casa.

Con semejante simpleza llegó Marcolfa muy enfadada y se la quitó, mandándole que hiciese una cortesía á Rey y Reyna, y postrándose de rodillas besase las manos á entrámbos. Obedeció Cacaseno, pero fué poniéndose en cuatro pies boca á bajo, y así puesto empezó á decir:

CACASENO Y MARCOLFA.

Cacas. O, señores mios! Ya veis mi cortesía tan reverenda, tirándome por el suelo

como mi abuela me lo mandó. Ya no falta mas sino que me metais el dedo en la boca para besaros la mano. Venid, que os estoy aguardando.

Marc. Qué haces, jumento, de esa suerte? No quieres besar la mano?

Cacas. Pues no me has dicho que les haga la cortesía, y que de rodillas bese la mano á los dos? Ea pues, ya estoy con las rodillas en el suelo, dílos que vengan les besaré, que ya tengo ganas de merendar.

Los Reyes celebraron mucho esta tan grande sencillez y le mandaron levantar, y llamando á un criado que se llamaba Atilio le ordenaron le llevase á merendar. Ínterin se quedó Marcolfa disculpando al inocente Cacaseno.

MARCOLFA, REY Y REYNA.

Marc. Serenísimos señores, habeis de contemplar que Cacaseno no es menos ignorante que su padre Bertoldino. En fin tal cual es el árbol así ha salido el fruto, por lo que os ruego no estrañeis sus simplezas. Yo le he conducido á la corte muy gustosa para dar á conocer que soy obediente á los mandatos de mis soberanos; pero espero al mismo tiempo

licencia para volverme á mi casa siendo de vuestro real agrado, al que solo por complacer he venido.

Rey. Está bien, y Bertoldino vive todavía?

Marc. Está vivo y sano, y despues que llegó á mas crecida edad empezó á tener razon y juicio, cosa que parece fabulosa, pero así es. Despues de algun tiempo se casó, y de este matrimonio ha nacido Cacaseno. Y te aseguro, que con la boda y otros infinitos gastos nunca hubiéramos podido prevalecer si no hubiera sido por las dádivas con que la piedad de vuestras reales personas nos ha favorecido. Y aun despues de todo nos ha quedado lo muy bastante para vivir medianamente, segun nuestro estado, toda nuestra vida.

Rey. Es cierto lo que me dices de Bertoldino?

Marc. Verdad es lo que te he dicho, pues yo no diria una mentira á mi Rey y señor aunque me costára la vida. Y si no te causa enfado, quisiera contarte un caso de aquellos que al intento contaba Bertoldo mi marido; y es de uno, que diciendo una mentira á un príncipe perdió por eso mil pesos.

Rey. Refiérela, que para mí será de especialísimo gusto.

Marc. Habia un príncipe, y éste tenia un

criado muy querido. Sucedió que un hidalgo, viendo la familiaridad que tenia con su amo, buscó modo de comunicarle una pretension; y esperando por este medio alcanzarla, en premio le ofreció mil pesos si la lograba. El sonido de tan apetecido metal abrió las puertas de su avaricia, prometiéndole que haria todo lo posible para que se le despachase á su favor la pretension que deseaba. No dilató mucho tiempo en hacer la súplica el familiar, pues luego recurrió al príncipe y le pidió le concediese la tal gracia; y para lograrla mas fácilmente añadió una mentira, diciendo que el favor que suplicaba era para un hermano suyo. El príncipe respondió que se veria en ello consultándolo con el ministro de su inspeccion, y que despues de resuelto se le daria la respuesta. Como las mentiras no tienen alas, y el embustero necesita de una gran memoria, despues de algunos dias el príncipe se acordó que en cierta ocasion le habia dicho su criado que no tenia hermano alguno; por lo que para aclarar la verdad quitóse de cuentos, y secretamente hizo llamar al hidalgo pretendiente. Llegó á la audiencia, y el príncipe le dijo: tú me has de decir la verdad, y si no quedarás privado de mi gracia. Respondió el hi-

dalgo que sin dificultad diria cuanto supiese. Entonces le preguntó el príncipe, dime, fulano es hermano tuyo? Respondió el hidalgo que no. Le volvió á replicar, pues por qué te ha prometido y facilitado la pretension que deseas? El hidalgo le respondió, señor, le he prometido y asegurado darle de gracia mil pesos. Dijo nuevamente el príncipe, pues dame á mí los mil pesos que la gracia yo te la concedo, y te mando que no hagas ningun recurso á tu amigo. El familiar ó criado hallándose inocente de lo que habia pasado con su amo y el hidalgo, un dia hallándole de buen semblante le hizo memoria de la gracia que le habia suplicado para su hermano; y el príncipe entonces con grande agudeza le dijo, bien puedes buscar otro hermano, porque aquel que tú pensabas que era tuyo lo es mio.

Rey. Una respuesta fué muy pronta, y una invencion muy graciosa. Pero volviendo á nuestro primer discurso, por qué motivo has omitido darnos noticias de tu persona, pues todos los años hubiéramos tenido el gusto de regalarte?

Marc. Indiscreta es toda persona que no se contenta con lo preciso. Bastante hemos disfrutado de la magnanimidad de vuestras reales personas con tantas dádivas como nos disteis

al tiempo de nuestra partida. Con lo que hemos sacado de sus valores nos ha sido suficiente para comprar muchas tierras y posesiones, de suerte que con todo lo que gozamos podemos vivir mejor que otro de mayor esfera.

Rey. Por qué no te has vestido de aquel paño fino y lienzo delgado que llevaste?

Marc. Porque nuestra infeliz montaña requiere vestidos toscos, pan mezclado con centeno, y beber continuamente agua; y con esta comida se mantienen los cuerpos con la mayor robustez y sanidad.

Rey. El que se contenta con su estado es feliz. Pero me parece una gran simplicidad mantenerse de mixturas y beber agua, pudiendo comer bien y beber mejor.

Marc. No señor, que es muy malo beber vino quien no está acostumbrado, y es la peor cosa para la salud. Y en prueba de eso quiero contar un suceso acaecido á un caballero aleman, que me acuerdo le contaba por cosa cierta mi marido; y ya que viene á propósito hablando de aquellos á quienes les gusta el vino, si me prestais atencion le contaré brevemente.

Rey. Estamos prontos, y asi puedes empezar.

Marc. Un caballero aleman determinó salir de su patria para ir á ver la maravillosa ciudad de Roma, y reconocer el delicioso rey-

no de Nápoles. Púsose en camino con un criado de toda su mayor confianza, y práctico en tales paises. Llegaron á Bolonia, y el caballero mandó al criado que se adelantase; y que en todas las ciudades, villas, lugares y ventas que hallase por el camino real parase en todas las tabernas, y probase si habia buen vino; y cuando lo hallase, para señal de que era bueno escribiese sobre la puerta de la taberna una cláusula latina que dijese EST, que queria decir aquí hay buen vino. El criado cumplió con el precepto, y cuando el amo llegaba, si veía EST, se paraba allí un dia, tanto por la curiosidad de ver aquella poblacion, como para gustar de tan deliciosa bebida. Fueron caminando por la Romania. Llegó el criado á un lugar de la Toscana, situado entre Florencia y Sena, que se llama Pogibonce. Se paró en una hostería que la llaman de las Llaves, halló en ella de tres géneros de vinos, moscatel, verdea y treviano; y con tan buen hallazgo el criado puso el letrero tres veces EST, EST, EST. Llegó su amo, tendió su rancho, y mandó que le sacáran de todos los tres vinos: bebió de ellos, y cada uno le gustó á cual mejor. Se detuvo allí tres dias sin saciarse de beber, y llegó á tanta demasía que le sobrevino una sufocacion tan repentina que

en pocas horas le llevó la mala trampa. El criado que iba adelante haciendo el alojamiento del buen vino para su amo, noticioso del suceso, volvióse atrás súmamente melancólico con tan funesta noticia. Pasó á participarla á los parientes de su amo y á todos sus amigos, los cuales preguntándole de qué habia muerto su amo, así les respondia:

EST, EST, EST.
Propter nimium EST
Dominus meus mortuus est.

Con que aplicando el cuento, vuelvo á decir que el vino es muy nocivo, y engendra infinitos desórdenes y enfermedades. Lo que no nos sucede á nosotros en la montaña en donde nadie lo bebe ni aun lo gusta, pues apetecemos mas nuestras aguas cristalinas que con dulce ruido se despeñan de los cóncavos de las fuentes, las cuales cuando las bebemos llegan tan delgadas y gustosas que nos libran de todo género de indigéstiones.

Rey. Es cierto que ha sido muy graciosa y adecuada la historia; pero por cuanto me hago cargo de que estarás muy enfadada con el motivo del viage, te mando y es mi gusto que vayas á descansar, y despues volverás con Cacaseno.

El Rey llamó al mayordomo, y le mandó que á Marcolfa la condujese al cuarto que se le habia destinado, en donde entró, y vió á Cacaseno tendido en el suelo gritando.

Cacas. Ay, ay, ay.

Criad. No le puedo hacer callar.

MARCOLFA PREGUNTA el motivo al criado.

Marc. Qué es lo que ha sucedido?

Criad. Has de saber que despues que merendó me dijo que queria dormir. Yo juzgando que no fuese tan simple, le dije que subiese sobre esa cama; y él se agarró con manos y pies de una de las columnas de ella de tal modo, qué cuando llegó al remate no se pudo sostener la columna, con lo que se rompió, y él dió en tierra con todo su cuerpo como le vés.

Marc. No te maravilles de esto, porque en nuestra montaña como no se usan camas de esta moda, se ha imaginado que el cielo de ella era en donde él se habia de echar á dormir, y créeme que éste ha sido el motivo. Ay desdichada de mí! Qué es lo que veo! Él no habla. Cacaseno? Cacaseno?

Cacas. Déjame, no me despiertes, que estoy durmiendo.

Marcolfa le levantó del suelo hecho un cesto de sueño y le tendió sobre la cama, cerró las ventanas y le dejó durmiendo. En este intermedio el criado fué á dar cuenta á los Reyes del suceso, los que se quedaron admirados de semejante ignorancia, y al mismo tiempo se maravillaban de la memoria tan felíz que conservaba Marcolfa de todos los dichos de Bertoldo. Volviendo de nuevo á hacer conmemoracion de la inocencia de Cacaseno cuando se puso boca abajo esperando que le diesen la mano para besársela, y retozándoles el impulso de la risa una sencillez tan rara como querer tambien subirse al cielo de la cama, redoblando la risa, hiciéronle volviese á contarles la historia, y siempre la celebraban con mucho mas gusto. El Rey le mandó que tornase á ver lo que pasaba, y cuanto mas antes le diese noticia de las novedades que sobreviniesen con el inocente Cacaseno. Mientras que estaba durmiendo, Marcolfa cansada del viage, y como habia comido bien, se fué á descansar; pero cuando estaba en lo mejor de su sueño la despertó un gran golpazo que dió Cacaseno de la cama abajo.

CACASENO Y MARCOLFA.

Cacas. Ay de mí! Ay, infelíz de mí! Dónde estoy?

Marc. Qué ruido es este? Qué te ha sucedido?

Cacas. Qué ha de ser? que me he caido de la cama, y se me han saltado los ojos del casco.

Marc. Habrá muger mas desventurada que yo! Qué dirá Bertoldino y Dominga cuando sepan que estás ciego? Adónde estás?

Cacas. Si estoy ciego cómo quieres que te vea? — *Marc.* Espera abriré las ventanas.

Cacas. Alegría, alegría, abuelita, que ya me han vuelto los ojos.

Marc. Salvage, cómo puede ser que estuvieses ciego? Sería el motivo que las ventanas estaban cerradas. Levántate de ahí, te has hecho mal!

Cacas. Bastante, porque siento un gran dolor en las ancas; pero esto no me dá mucho cuidado, y se puede dar por bien empleado por el hallazgo de mis ojos.

Estando Marcolfa y Cacaseno en estas ignorantes razones, el criado á quien habia enviado su amo para que supiese lo que sucedia, se estuvo escondido todo este tiempo de-

trás de una mampara; y despues que vió todo lo dichó, sin poder contener la risa, marchó con gran priesa á dar noticia al Rey de todo lo que habia oido, y de la pérdida de los ojos de Cacaseno. Fué entonces extremada la risa, y mas que el criado lo contaba con suma individualidad y bufonada. Mandó despues la Reyna al criado que llevase un recado á Marcolfa, diciéndola que tenia precision de hablarla, y que era cosa sobre dependencia suya, que no permitia pérdida de tiempo, y que se viniese ella sola dejándose á Cacaseno en el cuarto. Obedeció el mandato, dió el recado á Marcolfa, y ella dice á Cacaseno.

MARCOLFA Y CACASENO.

Marc. Cacaseno, me precisa el ir á ver á la Reyna, y me ha enviado á decir que vaya sola, con que así tú te quedarás aquí hasta que yo vuelva.

Cacas. Yo tambien quiero ir allá porque tengo miedo de quedarme aquí solo, y puede suceder que vuelva á perder los ojos otra vez.

Marc. De qué tienes miedo? Calla, que no sucederá este caso; quédate, que yo vendré lo mas breve que pueda.

Marcolfa cerró la puerta con gran priesa á fin de que Cacaseno no se escapase tras de ella. Empezó á gritar de tal modo que parecia un becerro, y hasta que encontró unos juguetes con que divertirse no hubo forma de callar. Llegó Marcolfa delante de la Reyna, y la dice:

MARCOLFA Y LA REYNA.

Marc. Serenísima señora, aquí me tienes pronta para obedecer tus preceptos.

Reyn. Querida Marcolfa, yo me acuerdo que quando estuviste la otra vez en la corte con Bertoldino me descifraste ciertas dudas enigmáticas acaecidas en un juego en que yo me hallé con unas damas y caballeros; y como yo tengo mañana á la noche otra diversion semejante, quisiera que me enseñáras un juego bueno y de todo gusto. Pero es preciso que yo le mande; y estoy muy bien persuadida que eres capaz para inventarle, y que sabrás algunos que sean de gusto y de diversion.

Marc. Ay, señora, que las plantas silvestres nunca crian fruto doméstico. Y yo que vivo en una montaña mal puedo inventar cosa digna que corresponda á la persona de una

Reyna como vuestra Magestad. Los que sé, discurro no serán como yo quisiera.

Reyn. No importa, dime uno, que yo estoy contenta y satisfecha siendo tuyo.

Marc. En un todo debo obedecer y dar gusto á vuestra Magestad, no obstante que os diga cosa que en mí será comun y muy ordinaria; pero saliendo de vuestra boca se apreciará y se celebrará infinito. Y la experiencia nos lo enseña, pues aunque los grandes señores digan algun desatino, le abrazan tan placenteros como si saliera de la boca de un oráculo, y le interpretan por una sentencia muy docta. No obstante desto que me deis tiempo para daros el enigma del juego que me pedis.

Reyn. Una persona tan capaz como tú pide tiempo para pensarlo? Yo creo que haces burla de mí.

Marc. Yo hacer burla de una persona tan sagrada? No se diga esto de mí. Soy muy agradecida, y como dije poco tiempo hace en la presencia del Rey, siendo yo una pobre infelíz, tengo presente que con tus dádivas he llegado á gozar grandezas á correspondencia de la calidad de mi tierra y de mi persona.

Reyn. Este es el fruto que produce el mun-

do, el que un pobre se ponga rico; y al contrario en otros, que de rico pase á pobre. No sabes tú aquel proverbio que dice:

Este mundo es escalera
que uno acierta y otro yerra.

Marc. Mi marido Bertoldo solia decir, figurando el mundo:

La carne en el garavato
huele el perro y mahulla el gato.

Y para decirlo mas claro, unos arriba y otros abajo; y á este propósito se me previene una moralidad de la zorra y el oso.

Reyn. Deseo que la refieras, y despues volveremos á nuestro discurso.

Marc. Accidentalmente pasando un dia la pícara y astuta de la zorra por un patio de cierto caballero, se subió sobre una cisterna, la que estaba con muy poca agua por una sequía grande que se padecia. Casualmente se puso la zorra á mirar á lo hondo de ella, y descubrió una gran cantidad de pesca que se mantenia con la poca humedad que habia quedado. Llevada de su apetito de gula pensó su astucia en bajar á bajo. Vió que habia una cadena con dos cubos, se abalanzó á uno de ellos, y con el peso de ella prontamente bajó á bajo, y se hartó de pesca como se suele decir hasta la gargan-

ta. Despues que se vió saciada se acordó cómo se habia bajado, y se persuadió que sería lo mismo para subir arriba; pero el juicio la salió muy al contrario, porque no pudo subir de ningun modo. Hallándose en esta afliccion empezó á quejarse amargamente consigo misma. Ay, infeliz de mí, decia, y lo que he hecho! Creí hacer una cosa buena y me ha salido muy mala, desgraciada de mí! qué haré? quién me librará de este cautiverio? Si los dueños vienen, y por desgracia me hallan aquí, sin duda dirán que me he comido la pesca, y me la harán echar á palos del cuerpo, como suelen decir, que el que se comió las velas vomite los pávilos; y si por desgracia vienen á limpiar la cisterna, y me hallan aquí, pereceré sin duda.

Mientras que la zorra hacia todos estos extremos pasó por allí un oso su pariente. La conoció en la voz, acercóse, y se asomó á la cisterna, y viéndola allá abajo, la dijo: por qué te quejas? te has caido, ó no puedes subir? Cuéntame lo que te ha sucedido, que deseo ayudarte en tan gran necesidad. Entonces estuvo pronta á la astucia la maliciosa zorra, y en estos términos se explica.

Querido, amado y pariente mio, sabes por qué me quejo? Es por el caldo que está

demasiado gordo; quiero decirte, que he venido aquí abajo, he comido tantos peces que estoy llena hasta los ojos. Replicó el oso, y por eso te quejas? Añadió la zorra, no me quejo de lo que he comido, pero me pesa mucho de lo que dejo. Dijo el oso entonces, hay mucho? Y muy pronta dijo la zorra: se pueden cargar mas de diez acémilas. Oyendo el oso esto, dijo: quiero yo tambien bajar y darme una buena panzada, y sacar mi barriga de mal año: dime, de qué modo has bajado tú? La zorra le enseñó diciendo: haz lo mismo que yo hice, agárrate á ese cubo y bajarás con ligereza; pero mira no sueltes las manos. Tan presto y liberal fué para agarrarse con el consejo de la zorra, que con la misma ligereza cayó abajo sin considerar su fin. Al mismo tiempo se metió ella en el cubo que estaba abajo, y como el oso era mas pesado, con mas violencia subió arriba. La cual viéndose libre y puesta en salvo, dijo al oso su pariente: á Dios, amigo, hasta la vista, que discurro que no me verás ya mas. Por esto se puede decir con certeza, que unos suben y otros bajan; conque aplicando el cuento, y moralizándole, digo que tal vez cuando una persona se halla en la mayor pobreza, as-

ciende á las felicidades mayores, como sucedió á la zorra, que despues de haber saciado su apetito quedó contenta y victoriosa burlándose del mundo. Y á otros les sucedió lo mismo que experimentó el pobre oso, que dejándose engañar y llevar de una vil golosina, acaban su vida en necesidad extrema.

Reyn. Me has dado sumo gusto y contento con la fábula que has referido, y solo tu agudeza pudiera traer las cosas tan prontas y adecuadas al caso. Pero dejando esto, y volviendo á nuestro asunto antecedente, lo que quiero es, que me enseñes un juego de prendas en que el que perdiese la pague; y para volverla á cobrar se le ha de dar la penitencia de descifrar alguna cosa dificultosa, ó un equívoco; y en suma otras muchas penitencias muy discretas que hay. Y si no lo aciertan suele haber un rato de fiesta, de pasatiempo y de chanza.

Marc. Pues quiero enseñarte uno, que yo espero será muy aplaudido de todos los concurrentes; y es juego que vió Bertoldo hacer á unos caballeros, cuyo título es:

LA MÚSICA INSTRUMENTAL.

Declaracion del juego.

Los jugadores y jugadoras no han de ser mas que doce, y cuando menos ocho. Cada uno ha de tomar uno de los infrascritos instrumentos, y aquel que escogiese, le ha de imitar con la boca ó con las manos, y despues que haya imitado con su instrumento, tomará otro de los compañeros.

Juego y nombres de los instrumentos.

Primero...........	*La Espineta*......
Segundo..........	*Archilaud*.........
Tercero...........	*Guitarra*...........
Cuarto............	*Violín*..............
Quinto............	*Bajon*...............
Sexto..............	*Chirimía*...........
Séptimo...........	*Trompeta*...........
Octavo............	*Tambor*.............
Nono..............	*Corneta*............
Décimo...........	*Flauta*..............
Undécimo.......	*Viola*...............
Duodécimo......	*Trompon*...........

Aquel que hiciere el juego dirá, por ejemplo, *Dirindín* con *tu Espineta*. El de la Espineta responderá con su instrumento; y despues tocará uno del de los otros, el que le pareciere, y dirá de esta suerte.

Dirindín con *mi Espineta*, y *Trapatá* con *tu Tambor*. El que tuviese el Tambor responderá al instante.

I. *Dirindín*....................	la mia, ó tu Espineta....
II. *Tronc*, *Tronc*............	el mio, ó tu Archilaud..
III. *Trinc*, *Trinc*...........	la mia, ó tu Guitarra....
IV. *Si*, *ri*, *sí*, *si*, *ri*, *sí*.	el mio, ó tu Violín........
V. *Virivi*, *virivi*...........	el mio, ó tu Bajon........
VI. *Taran*, *tarantan*......	la mia, ó tu Chirimía....
VII. *Tará*, *tará*............	la mia, ó tu Trompeta...
VIII. *Trapatá*................	el mio, ó tu Tambor......
IX. *Curici*.....................	el mio, ó tu Corneta.....
X. *Fis*, *fis*, *fis*.............	el mio, ó tu Flauta.......
XI. *Vion*, *vion*, *vi*.........	la mia, ó tu Viola.........
XII. *Fu*, *fu*, *fu*..............	el mio, ó tu Trompon...

Todo aquel que faltase pagará sus prendas del modo que se advierte.

Cuando le llamasen, si no responde presto con su instrumento pierde; es á saber, si falta en el cantar el verso, y si dice *tuyo* en lugar de decir *mio*, y cuando no se imita con las manos su instrumento ó el del compañero. Advirtiendo que si los instrumentos son de voz aguda se imitará con voz sutíl, y los de las voces gruesas se han de imitar á correspondencia; y el que faltase á esto pagará una prenda (por esto dice el proverbio

que todo cansa en este mundo, y que todo juego tanto mas gustoso es cuanto tenga de más breve). Segun cada uno vá poniendo su prenda saldrá del juego. Y cuando los jugadores tengan perdidas seis prendas, éstas se les darán á los vencedores; y para hacérselas cobrar despues que haya salido del juego, es preciso que otro le llame á su instrumento; y éste torna al juego y recupera su prenda. Y aquel que ha errado depone la prenda y sale del juego.

Reyn. Quedo muy enterada. Y para que veas si es cierto me explicaré segun mi parecer. Aquel que guia el juego debe cantar con la boca, y con las manos imitar el instrumento; y los del juego á aquello que oigan pronunciar responderán presto con su instrumento; y aquel mismo ha de proponer otro, el que le pareciere. Y de esta manera se seguirá con las demás condiciones que me has dicho, las cuales conservaré en mi memoria. Pero si por acaso yo llegase á ser uno de los vencedores, quisiera que me enseñáras una dificultad para mandar descifrar al dueño de la prenda.

Marc. Está bien. Cómo haria vuestra Magestad para partir veinte en cinco partes, y que cada partida quedase en núme-

ro desigual, ó por mejor decir en nones?

Reyn. Yo tambien he estudiado un poco de aritmética. Espera que haga el cómputo, á ver si me sale bien: 1357 sobran 4; no sale: 3333 sobran 8, peor: 3573 sobran 2, tampoco. Cuatro veces cinco veinte; pero son pares. No es posible partir en cinco partes, y que queden en nones.

Marc. Véase con qué facilidad lo he de poner en claro partir veinte en cinco partes, y que queden en el número de nones: háse de partir la palabra de esta forma:

V E N T I
1 2 3 4 5

NOTA. *Quédase en idioma italiano la palabra* VENTI, *por dejar la enigma perfecta; la que no estaria si se pusiera en nuestro castellano, por ser en él mas abundante de letras dicho término; y como rigurosamente ha de quedar en cinco partes, es necesario dejarle en el italiano* VENTI, *que equivale á nuestro* VEINTE *castellano.*

Ya está desatada la dificultad, y discurro que es bastante enigmática.

Reyn. Es cierto que es muy discreta, y me

ha gustado; y quedo enterada, persuadiéndome que saldré con aplauso de mi empresa, y que te daré las gracias. Y ahora, pues no hay mas que hacer, vete á ver á Cacaseno porque el pobrecillo te estará esperando impaciente.



ALEGORÍA SEXTA.

La gula y la codicia reducen al hombre brutal, la razon grita, y lo reprueba la prudencia de otro, por lo que siempre es preciso echar fuera estos sugetos de las conversaciones de los hombres.

MARCOLFA SE FUE PARA SU CASA, en la que habia dejado á Cacaseno. Este se llena la cara de puches, un criado le vé, dá cuenta al Rey de lo que está haciendo, y le manda que se le lleve á palacio que le quiere ver.

Con la mayor veneracion y respeto que Marcolfa usaba se despidió de la Reyna. Y volviéndose á Cacaseno, su abuela le habia dicho cuando se fué á ver á la Reyna que se entretuviese hasta que volviera. Un criado viendo que estaba solo se escondió en un lugar oculto del cuarto para observar todo lo que hacia, manteniéndose allí hasta que le vió hacer una de las suyas, y sin poder contenerse fué corriendo á dar cuenta al Rey, y como supo que estaba solo mandó al criado que se le trajese. Volvió, y le sacó del cuarto con el pretexto de que le lle-

vaba á beber, siendo engañado; pues se halló delante del Rey, y mirándole la cara que la traía toda engrudada le preguntó á Atilio, que así se llamaba el criado;

Rey. Qué le ha sucedido al pobre Cacaseno que trae la cara tan engrudada y puerca?

Criad. Señor, habeis de saber que un mozo de la repostería puso á la lumbre un perol de cola para pegar los cristales de los ramilletes, y pareciéndole cosa á propósito para comer agarró el perol, se lo puso entre piernas, comió alguna porcion de cola, y despues se debe de haber estregado la cara con ella. De suerte que yo dificulto que barrabás le pueda limpiar ni quitarla.

Rey. Dime, Cacaseno, has comido de la cola?

Cacas. Si mi abuela me dijo cuando se fue que me entretuviese; y yo como no hallé otra cosa me he divertido con aquel perol de puches, y este cara de judío me ha traido delante de tí en lugar de llevarme á beber.

El Rey oyendo razones tan inocentes, y mirando su cara de tan malísima figura, echó á reir, y mandó al criado que le llevára á beber; pero como deseaba que la Reyna fuese sabedora de tal simplicidad, le hizo una seña para que le llevase á su cuarto, lo que obedeció puntualmente.

REYNA Y CACASENO.

Reyn. Cómo vienes con esa cara engrudada?

Cacas. Es que he merendado, y se me habrá pegado alguna grasa, y quisiera solo que me hicieras el gusto de mandar dar á este veinte y cinco palos muy bien dados, porque el Rey le ha mandado que me lleve á beber, y él no ha querido obedecer. Y así manda tú que traigan de beber, porque me siento tan hinchado como una vegiga de puerco.

Reyn. A decir la verdad te pareces á él en un todo, y tu cara no es de otra cosa que de lo que has dicho tú mismo.

Mandó que la refiriesen el suceso, lo celebró infinito, y despues ordenó que lo lleváran á beber. Llegó Marcolfa á su quarto, y no hallando á Cacaseno se inquietó de tal modo que iba á salir á buscarle sumamente enfadada; pero al mismo punto llegó Arildo con Cacaseno, y despues que supo el suceso, empezó á exclamar diciendo, pobre de mí! Este bruto tiene la culpa de verme avergonzada en esta corte. Procuró lavarlo, pero eran vanas todas las di-diligencias, pues tan dura y tan tenaz estaba la cola, que no habia fuerzas humanas para podérsela despegar de la cara y manos, y fué pre-

ciso poner agua á cocer para podérsela quitar. Enfadada de sus bestialidades, y desesperanzada de su enmienda, determinó el ir á pedir licencia á los Reyes para retirarse á su montaña. Los halló juntos, y con una reverencia humilde y profunda así les dijo:

MARCOLFA, REY Y REYNA.

Marc. Serenísimos y piadosos señores, ya que es tanta mi fortuna en haberos hallado aquí juntos, acaeciéndome lo que muchas veces suele suceder al cazador que pone la red para un pájaro y coge dos á un tiempo mismo, con el mayor rendimiento vengo á suplicaros me concedais licencia y libertad para volverme á casa; y así espero esta gracia de vuestra real clemencia.

Rey. Conozco que es perjudicial á tus intereses y al gobierno de tu casa la ausencia de tu persona, y así te concedo la licencia y permision cuando fuese tu voluntad; pero te aseguro que para nosotros sería de mayor gusto el que tú te quedases á nuestra vista.

Marc. En todo asunto, oracion, argumento y disfrutar favores de otros, siempre se gusta de la brevedad. Además de esto, no parece bien que un súbdito se familiarice con su príncipe largo tiempo, porque tal vez, cuando me-

nos se piense, no le hallará de gracia; y le sucederá lo que al raton con el gato, que despues de jugar con él largo tiempo se cansa, y le deshace la cabeza para concluir su alegría. Mi marido solia decir que la amistad de un príncipe es de la calidad del fuego. Y así es menester precaverse y no acercarse demasiado que se queme, ni alejarse tanto que no se caliente, sino en un buen medio.

Rey. Yo te confieso que tal vez con muchos suele suceder lo que dices; pero contigo, á quien conocemos tan prudente y tan formal en todas tus cosas, no nos habiamos de privar de la prudencia cometiendo tan mala correspondencia con una muger de tu mérito y circunstancias. Pero supuesto que estás en ánimo de marchar, por lo que á mí toca yo te concedo la licencia con condicion de que sea con agrado de la reyna.

Reyn. Yo la concedo licencia, pero con la obligacion que ha de venir con Cacaseno cada año una vez á verme. Y si no me hiciera el cargo del perjuicio que se puede seguir á tu casa estando ausente, sería mi mayor gusto el que te quedáras á vivir en la corte, pues contigo tendria una vida contenta y muy gustosa.

Marc. Piadosísima Reyna, hablo con claridad, y con verdad me puedes creer. Si yo

dejára los ayres puros de mi montaña, y me faltasen aquellas aguas sutiles, el comer de aquellas viandas tan gruesas, y me quedase en la corte con exquisito vino, viandas regaladas, y otras cosas delicadas que aquí se acostumbran, en breve tiempo pienso que me moriria; esta es mi primera dificultad. La segunda, es cierto que habitando en la corte á título de muger que procedo en un todo con claridad, y sin poder lisonjear, no habia de poder sufrir algunos preciados de cortesanos, siendo solo interesados y aduladores, cuyas complexîones son como las de los avestruces.

Rey. Los conoces tú á estos tales?

Marc. Los conozco por unos versos que he visto hechos de mi marido, que notó en el tiempo que trató la corte, que por raro modo los he visto y los tengo impresos en la memoria. — *Rey*. Pues quiero que los digas.

Reyn. Yo tambien, que discurro serán como suyos. — *Marc*. Yo los diré; pero quisiera que se quedáran impresos para siempre en vuestra memoria.

CAPÍTULO

del virtuoso cortesano y del ambicioso: pareados.

En vez de corte puso la voz *muerte*
Un poeta, y no es mucha la ignorancia;

Porque de corte á muerte, si sè advierte,
Es muy poca ó ninguna su distancia.
O ya á la muerte pues, ó ya á la corte,
Regulando á su modo trage y porte,
Concurre el virtuoso:
A éste, opuesto, le sigue un ambicioso,
De ceremonias viene prevenido,
Con su hebilla y zapato presumido:
Don Simon ser pretende al que llegare,
Pero un tonto será el que así lo usare;
Porque en su trato y en su vil porfia
No será Don Simon, sí simonía.
Al virtuoso, si á medrar se aplica,
Que es muy dificil se le significa:
Su esperanza desde hoy pasa á mañana,
Y por mucho que estudie siempre afana.
El ambicioso en todo entremetido,
Con falsa adulacion, labio fingido,
Si en la lisonja funda la alabanza,
Siempre la corte dá buena esperanza.
Corre pronto al alhago, al fingimiento,
Y es mas aleve cuando mas atento;
Pues con la risa falsa en sus razones
Corre bellaco á las sublevaciones.
Oye uno de estos á su dueño acaso,
Que tiene hambre, ya está la mesa al paso:
Si ya no tiene gana, lo mejora,
Pues le dice muy presto, no es hora.
Si á otro dia á aquel punto está presente,
Y el valedor con gana no se siente,
Le responde con mucha cortesía
No es tiempo de comer, no es mediodía.
Si el patron dice, ola; ya está listo,
Ligereza mayor jamás se ha visto;
Y bien que sea tarde ó bien temprano,
Se presenta el sombrero ya en la mano.

*

Si acaso escupe, como esté delante,
Vá y con el pie lo limpia en un instante;
Pero basta, la hoja aquí doblemos,
Y el discurso á otro punto le mudemos,
Que un útil pensamiento en estó se halla,
Y es quitar de la oreja tal canalla.

Marc. Estos son los versos que escribió Bertoldo bien enterado de lo que es la corte, y dejar de hablarles claro á éstos no fuera en mi mano, con lo que era preciso ser mal vista. — *Rey.* No hay duda que merecen atencion estos dichos, porque tienen mucha moralidad. Pero volviendo á lo que íbamos, te digo que tu conversacion nunca nos puede servir de tédio. — *Reyn.* Díme, no me has ofrecido que volverás á vernos? — *Marc.* Si la vida me lo permite, no tendré dificultad en cumplir con una obligacion tan debida.

El Rey llamó al mayordomo, y le mandó que tragese doscientos escudos para entregar á Marcolfa, disponiendo al mismo tiempo que por la mañana temprano hiciese aprontar una litera para conducirla á la montaña. El mayordomo se apartó para obedecer la órden que se le habia dado; pero de tan mala gana, echando tantos entripados y juramentos como el marinero en tempestad, haciendo muchos gestos, dando palmadas y encogiéndose de hombros, iba diciendo: Oh qué sinceridad

es la que tienen algunos señores en apoyar desatinos, proteger tontos y dar álas á bufones, como al presente se vé con este señor, que manda dar doscientos escudos á estos monos, irrisiones de la corte! Mas presto premiarán á semejantes gentes que á un hombre erudíto y aplicado, que se mata y se descalabra el entendimiento para dedicarse y perfeccionar con inmenso trabajo una obra, y despues de tanto desvelo la presentan con el fin de tener algun ascenso, y lo que sacan de su afan es que ni aun les dán las gracias. Mírese qué esperanzas pueden tener los erudítos y doctos despues de tan malos ratos y trabajosos estudios.

Mientras que fueron á tomar el dinero envió la órden al literero para que la mañana siguiente al romper el alba estuviese pronto para conducir los dos grandes personages á su tierra. En este intermedio Marcolfa hizo á los Reyes sus cumplidos de despedida en esta forma. — *Marc.* Ahora conozco que vuestras Magestades son nuestros amos y señores, y amigos ciertos. — *Rey.* Tú dices que nos reconoces por ciertos amigos. Pues dime, qué entiendes tú en esta palabra ciertos?

Marc. Señor, es que tambien hay amigos inciertos. — *Rey.* Pues declaradme esa diferencia. — *Marc.* Escucha, y atiéndelo en esta

OCTAVA.

Tanto me sirve el bien que no aprovecha
Cuanto el mal que no daña: ola, cuidado,
De amigos de promesa hay gran cosecha,
Que el bolsillo te ofrecen con agrado:
Mas si á la prueba vienes, la desecha
Que es cháchara y parola te ha mostrado.
Solo es amigo el que en grandeza alguna
Favorece al de mísera fortuna.

Rey. Pues cómo se ha de gobernar el hombre para ganarse los amigos verdaderos?

Marc. Las amistades verdaderas son las que están fundadas con las acciones de caridad y costumbres virtuosas. Pero aquellas que tienen los cimientos del vicio duran muy poco, pues estos se convierten de amigos en pérfidos enemigos. Las amistades que uno llega á conocer que son perjudiciales, se debe huir de ellas para no caer en el peligro, siguiendo despues el precipicio. Y así es práctica conocida que si un hombre dócil trata de continuo con otro que sea de malas costumbres, se apropia y gana la buena fama del compañero, y vulgarmente se suele decir: dime con quien andas te diré quien eres. Y tambien dicen que las malas compañías desnucan al hombre. Y por lo general semejantes amistades suelen ocasionar de tan grande amor, doblado, tenáz é intenso ódio; de suerte que aunque pase mucho tiempo y se hagan amigos, nunca llega

á aquella amistad tan familiar como antes, pues el vicio del ódio es de tan mala inclinacion, que el vengativo en lo exterior parece que perdona; pero es muy al contrario, que nunca se olvida, y en su interior reserva el veneno. Y así lo mejor es que ninguno se mezcle ni se oponga en lo que no le toca, pues nunca saldrá bien, y se arriesga á muchas contingencias. Y como yo no tengo tédio ni ódio con persona alguna, quiero decir á vuestras Magestades una moralidad que viene adecuada á nuestro asunto.

Rey. Refiérela, que la escucharémos con grande gusto y atencion mientras que viene el mayordomo con los doscientos escudos.

Marc. Habeis de saber que en el año que las gallinas hilaban lana para tejer paño para hacer calzones á los gallos, refiere Esopo y otros diversos autores que hablaban entonces todos los animales, y por consiguiente tenian entre ellos sus amistades, quimeras y pleitos, y así trataban y contrataban en todo aquello que les era preciso para vivir.

En el mismo año se hallaban las zorras odiadas generalmente por haber engañado á todo el mundo con sus astucias y maliciosos ladronicios. Hallándose sin amigos, y perseguidas en extremo, casualmente un dia una se en-

contró con un perro mastin, el cual así que la vió se tiró á ella para matarla. Ella con el sobresalto y sospechas de su corta vida, procuró ponerse en salvo como en efecto lo consiguió; y fué su suerte que hallando un agujero se escondió dentro de él, de modo que el perro no era posible pudiese entrar y lograr su intento. No obstante viéndose asediada, y siempre con el mismo peligro si salia de allí, ideó una nueva astucia, y fué de esta manera. Empezó á hablar al perro con unas palabritas muy dulces, diciendo: dime hermoso, querido, amado perro mio, por qué me quieres matar? Sabrás que yo venia deseosa de hallarte y conferir contigo un pensamiento y arbitrio que ha de redundar en tu favor; depon á un lado tu enojo, y te suplico que me escuches. Oyéndose alabar y tratar con tanta melosidad, y con el interes de que habia de tratar un negocio favorable á sus intereses, respondió el perro que la escucharia muy gustoso. Añadió la zorra: ya sé, perro mio, que tienes noticias de todas mis picardías en que he delinquido hasta el dia presente, pero te prometo (por vida de lo que soy) de tratar la enmienda. Ya estoy arrepentida de tal modo que desde hoy en adelante viviré sin hacer mal á nadie. Y así yo te vengo á buscar, porque estoy persuadida que entre todas las bestias del mundo tú solo tienes el nombre de fide-

lidad, en quien espero que la uses y seas piadoso conmigo, lo que yo no dudo. Y ya que tengo la fortuna de decirte mi parecer, te digo que no te puedo expresar la grande lástima que me causa un estado tan infelíz como el en que estás destinado. Tanto de dia como de noche te precisa estar vigilante en la casa de tu amo, para cumplir con tu obligacion, y vivir con la miseria del interes de aquello que te quieren dar que no sirve para nadie, y esto te ha de servir de sustento; y despues los ascensos son trabajar y no descansar de dia ni de noche, antes bien muy al contrario, pues es preciso velar y mas velar. Pobrecito mio, te aseguro que se me parte el corazon de dolor y compasion que te tengo, y así te vuelvo á decir que estoy arrepentida de todas mis iniquidades, y solo me falta para ser buena de aquí adelante una buena compañía, por lo que deseo tener amistad contigo, y de este modo, llevándome en tu compañía te aliviaré en algun modo de tanta sujecion como tienes, y haré la centinela como tú en casa de tu amo. Tú harás la guarda de dia, y yo la haré de noche, y con esto empezaré á hacer mérito, ínterin que tú te empeñas con el amo, insinuándole que me reciba para mayor seguridad y útil de su casa, teniendo guardias confederadas y de buena correspondencia.

Entonces el buen perro, cuadrándole tan sua-

vos proposiciones, sin considerar que la práctica y amistad de una bestia tan infame se le había de convertir en daño y perjuicio hasta su muerte, la dijo: sal fuera de ese agujero, que yo te daré la pesuña de bestia honrada y la palabra de no ofenderte, y de hablar á mi amo para que te reciba en mi compañía para guarda de su casa y su ganado. Salió fuera la zorra bajo su palabra honrada. Ya que juntos estaban estos dos nuevos amigos marcharon á casa del perro, el dueño así que vió la zorra tomó una estaca y fué corriendo para matarla. La zorra con grande mansedumbre no quiso huir, antes bien se tendió panza arriba con grande humildad. El perro viendo accion semejante se compadeció, y se puso en medio para que el amo no la quitase la vida, insinuándole que la recibiese en su casa para mayor gobierno y seguridad de ella. El amo condescendió á las súplicas, y prometió al perro de mantenerlos á los dos, consignándoles cuatro panes todos los dias para cada uno, una artesa de agua, huesos, y las demás regalías y emolumentos que se proporcionasen. Quedó hecho el pacto por dos ó tres dias, caminó con satisfaccion el amo del perro y de la zorra, malicioso animal, que estando acostumbrado á comer gallinas, pollos y capones hurtados por sus uñas de los gallineros, no se podia acostumbrar á co-

mer aquel pan negro mezclado de centeno y salvado que se usa hacer para los perros. Pensó una industria, y fué que hallándose un dia en conversacion con el perro, le empezó á decir: perro mio, fiel compañero, querido, amigo de mi vida, ya que estamos solos quisiera decirte cuatro palabritas, las que te aseguro redundarán á favor nuestro; pero con el pacto que me has de dar palabra y mano de no oponerte á mis arbitrios y proposiciones tan ventajosas á nuestro mayor útil. Respondió el perro, yo te doy palabra, como verdadero amigo, de escucharte, y de vivir unánimemente contigo sin que yo revele á nadie el secreto, con que en este supuesto bien puedes libremente descubrir tu pecho sin la mas mínima sospecha. Replicó la zorra, perro mio, tú ya puedes considerar nuestro miserable estado (no lo digo por el amo, pues no dudo que cumplirá con todo lo que nos ha prometido), mira de la suerte que nos hemos puesto despues que nos dan á comer este pan de mezcla, pues estamos flacos como dos linternas y negros como sartenes; y no es porque tú seas feo, antes bien eres galan y hermoso, pero la falta de carne te afea mucho, ah pobrecito! Si tú te vieras, te habias de contar las costillas! Y así quisiera que te aprovecháras ahora que es tiempo, y tomáras mi consejo. Mira que yo sé muy bien que tú eres

práctico en esta villa, pues cuando sales fuera con el amo tienes conocidas todas las casas de los vecinos, de suerte que tú no ignoras las entradas y las salidas de todas ellas; y si acaso tuvieses poca práctica de algunas, las puedes recorrer de dia y hacerte cargo de todas; y de noche, mientras que el amo duerme, podemos ir hoy á una casa y mañana á otra á buscar un par de gallinas, que enseñándome tú el gallinero te quedarás para guardarme las espaldas, y yo con gran destreza ejecutaré el tiro, y despues nos iremos á un pajar, que no falta en cada casa de estos lugares; y de este modo cada noche mudaremos de bisiesto, viviendo alegremente muchos dias sin que ninguno lo conozca, porque tú no eres persona sospechosa. De dia irás tú á descubrir terreno, y por la noche iremos despues á pegar fuego á la mina gallinesca. El perro la dió palabra consintiendo á sus malditas astucias, dejándose hacer la mamola con las falsas proposiciones de la zorra. Pusiéronlo en ejecucion, y juntos de dia y de noche se regalaron á costa de los vecinos del lugar, pues de cada uno lo pagaba su gallinero. Despues de algunos dias las mugeres del lugar estando en conversacion dijo una: amigas, no sabeis que esta noche me han hurtado un par de gallinas? Respondió otra, pues á mí me ha sucedido lo mis-

mo la noche antecedente; y así una despues de otra todas fueron refiriendo lo mismo. De esto resultó que determinaron poner una trampa en uno de los gallineros, y estar á la vista por ver si se podia descubrir el agresor.

Mientras se determinaba esto entre ellas, el perro que andaba rondando y espiando la caza, oyó los preparativos que disponian contra ellos. Fué corriendo á dar aviso á la zorra, á la cual dijo, amiga, ya que nuestra fortuna ha querido que nos hayamos puesto gordos, no volvamos mas á hurtar (sin duda el perro miraba primero por la vida que por la golosina de su gula); pero la viciosa zorra, que no podia acostumbrarse al pan de perro, halló otra nueva astucia. Iba por la noche al gallinero de su amo y se comia una gallina, perseverando en esta infamia hasta unos seis dias; y haciéndose sus cuentas de lo que podia resultar, dijo, ya no es tiempo de estarnos con las manos metidas en la faltriquera, porque si el amo hace revista de sus gallinas á mí me ha de echar la culpa, de lo que resultará gravísimo riesgo de mi vida.

Despues que se hizo sus cuentas se fué á casa del amo, y le dice: señor, es cierto que estoy muy satisfecha de los muchos favores y del buen trato que me habeis hecho, y yo como tan agradecida vengo á descubriros una infamia que se

hace todas las noches en tu gallinero. Preguntó el amo, qué infamia es la que se comete? Respondió la zorra, el pícaro de vuestro perro, de quien tú tanta confianza haces, es el ladron, y cada noche hurta una gallina; lo que hace con él hurto yo no lo sé. Replicó el amo, es verdad lo que me dices? Señor, es muy cierto, y si quieres desengañarte, vete al gallinero y haz revista de las gallinas y conocerás la falta; y para mas seguridad y desengaño tuyo, esta noche te enseñaré el perro con el hurto entre las manos.

El amo airado contra el perro quedó de acuerdo con la zorra de desengañarse viéndolo por sí mismo. Se despidió la zorra del amo, y llamó al perro, y con secreto le dice: amigo, es tanto el amor que te profeso, que no puedo estar un instante sin verte; y así te digo que esto de andar en los gallineros no es muy bueno, pues puede suceder que un dia ú otro caigamos en la trampa y lo pague nuestro pellejo. Pero no obstante, te aseguro que me hallo con buenas ganas de que nos comamos un par de gallinas. Preguntó el perro, de las del amo? Sí, de las mismas. Yo las mataré, y tú las sacarás fuera de casa y las esconderás en un barranco, que allí las comeremos despues.

El perro hizo alguna repugnancia á tan depravada proposicion, pero la zorra lo enredó de

tal modo que consintió. Quedaron determinados á hacerlo; y en efecto, por la noche hizo ver al amo la verdad, pues vió pasar al perro con las gallinas en la boca, é indignándose de ver tal infamia, al dia siguiente le halló durmiendo y le mató. Cuando vió la zorra tal castigo, se hizo la cuenta de aquel refran que dice, cuando la barba de tu vecino vieres pelar &c.; y así le pareció que no la tenia mucha cuenta el estar en semejante tierra, temblando no la sucediese á ella lo mismo que al perro. Todos estos juicios los fundaba bien, pero hallaba dificil el escaparse del lugar. No obstante halló un nuevo modo, y fué que viniendo el amo á casa la dijo, ahora ya te he quitado el perro de tu compañía siendo él el ladron de las gallinas, discurro tendrás conocida la gran confianza que yo siempre he hecho de tu persona; mi deseo es que tú sirvas de perro. La zorra con gran solapa replicó: con mucho gusto obedeceré lo que me mandas, pero quiero que desuellen el perro y cures el pellejo, y despues por parte de noche me lo pondrás al rededor del cuerpo, que de este modo creerán los ladrones que soy el perro, y tendrán miedo de mí, aunque yo no hago ánimo de ladrar, que será lo mas acertado; pues dice el proverbio: perro ladrador nunca buen cazador. Y de este modo daré color á esta invencion, y quedarán

engañados creyendo que soy tu perro, y tu casa estará guardada y libre de todo insulto.

Al amo le pareció el partido mas seguro. Compuso el pellejo como se lo habia propuesto la zorra, y se le puso al rededor fingiéndose perro; pero la infame, maldita y maliciosa bestia, cuando vió toda la casa en silencio á media noche, se fué al gallinero y se comió dos gallinas, y con el pellejo del perro encima de sus lomos se escapó disfrazada fuera del lugar á otra parte. Se levantó por la mañana el amo, y no hallando á la zorra, y viendo la falta de las gallinas, descubrió la estratagema de tal vicho, por lo que dijo en alta voz: me está muy bien empleado, y yo me lo merezco todo lo que me ha sucedido. Esto acontece á todos aquellos que lidian con gente viciosa, que éstos hacen perder á todos los que tratan. Estoy cierto que el pobre perro ha muerto inocente, y su desgracia ha dimanado de la comunicacion que ha tenido con la maliciosa zorra. Este es el fin de la fábula que he prometido contar á vuestras Magestades.

Rey. No hay duda que la fábula no solo es gustosa, pero de grandísimo útil para todos aquellos que se unen con malas compañías, y tratan con gente soez metida en el vicio, los cuales hacen verídica aquella sentencia que dice, que las malas compañías conducen al hombre al degüe-

llo. Y ahora, volviendo á lo pasado, digo que ya vendrá el mayordomo y te entregará doscientos escudos con que quiero regalarte, y te encargo que vuelvas á vernos como lo has prometido. Mañana temprano marcharás en la litera que ya tienes prevenida, que de esa suerte irás con mas conveniencia á tu casa; en donde yo creo te estarán esperando con grande ansia Bertoldino y su muger. Dejó de hablar el Rey, y la Reyna que habia callado, la dijo:

Reyn. La fábula es muy graciosa, y puede servir de mucho gobierno particularmente á la gente jóven, y solo deseo saber una cosa, y es, de qué procede que los príncipes tienen tantos amigos?

Marc. A los grandes todos se muestran amigos, unos por el interes, otros por adulacion y otros por miedo, y los mas sencillos por obligacion y respeto; y así os suplico noteis estas sentencias pastoriles.

Quien delante te alaba magestuoso,
En ausencia te vende acelerado;
Con el ánimo infiel y escandaloso
Te afecta su cariño desalmado.
Si á sus gustos triunfos dadivoso,
Te corona por hombre celebrado;
Y si de éstos te libras con bonanza,
No fundes mas en ellos tu esperanza.

Y

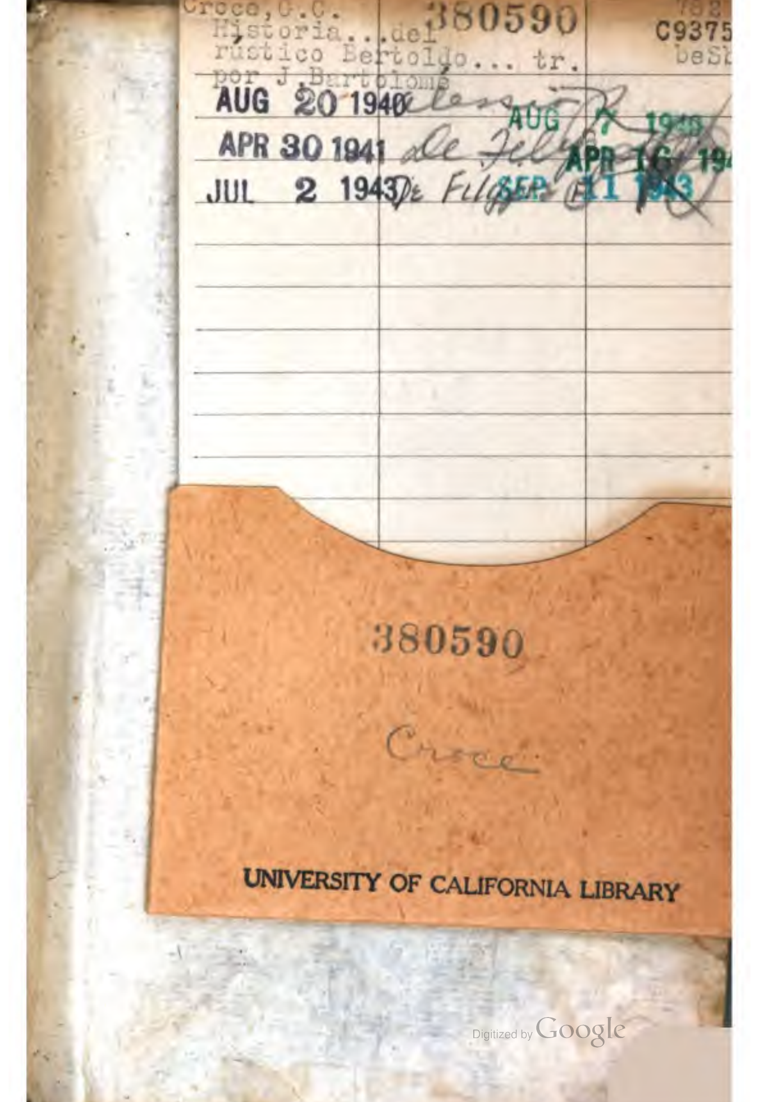
Llegó el mayordomo y entregó á Marcolfa los doscientos escudos, y la Reyna se quitó del dedo una sortija de esmeraldas y se la dió para que en su nombre regalase á Dominga, ó Menguina, que así la llamaban en su lugar. Despues que recibió todo lo expresado, la astuta Marcolfa dijo á los Reyes así:

Serenísimos y piadosísimos señores: habeis de saber, que entre las copiosas y lindas cosas que contaba mi marido, me parece adecuadísima á la presente ésta que referia. Decia de Alejandro Magno, que un dia regaló una grande porcion de oro á un filósofo, y éste rehusó admitirlo. (fué esta una accion sumamente alabada de todos: no lo fué de todos la de Alejandro; antes estas prodigalidades muchos se las desaprobaron, porque los bienes y riquezas que Dios concede á los reyes no se debe usar de ellas pródigamente, pues no han de servir mas que para las urgencias precisas; pagar lo que es de obligacion á los vasallos, y lo que sobrare de esto practicar actos de caridad, que será lo mas útil y grato á los ojos de Dios): el filósofo pues esquivándose para no admitir la dádiva, determinó injuriar á Alejandro, tomando á mejor partido el quedarse en su miseria, que recibir la oferta. No obstante esto, yo doy á vuestras Magestades las mas debidas gracias por los favores

tan grandes que os habeis servido hacerme, de lo que yo quedo siempre esclavizada y reconocida. Solo ahora espero me deis vuestras últimas órdenes, deseando tengais una larga vida, colmada de las mayores felicidades; y que siempre logre vuestro reyno de la mayor tranquilidad para sosiego de vuestros ánimos reales.

Los Reyes se quedaron maravillados de la elocuencia de Marcolfa, porque en el concepto comun no era de muger nacida entre montes; antes bien al contrario de muger tan sagáz, que podia vender discrecion á todos: sí bien bastaba el haber sido muger de Bertoldo, hombre tan celebrado en el mundo.

Por la mañana temprano marcharon en su litera, siguieron su viage hasta su casa, y á la vuelta el literero dió noticia á sus Magestades de la grande alegría que mostraron Bertoldino y Dominga de verlos. Añadió mas, que les hicieron grandes regocijos, juntándose todos aquellos montañeses inmediatos habitadores de su cortijo; pero mucha mas alegría dice que tuvo Bertoldino cuando oyó el sonido de los escudos, como tambien Dominga con el regalo de la esmeralda (que este punto que toca á recibir es una cosa tan buena, que aun á los tontos les agrada). Y con doblada alegría no se saciaba de hacer infinitos cariños á su hermoso Cacaseno.



Crocce, G.C.
380590
782
Historia...del rustico Bertoldo... tr. por J. Bartolomé
C9375
AUG 20 1940
AUG 7 1940
APR 30 1941
APR 16 194
JUL 2 1943
SEP 11 1943
380590
Crocce
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY



